

PAUL AUSTER

*Un hombre
en la oscuridad*



Lectulandia

August Brill ha sufrido un accidente de coche y se está recuperando en casa de su hija, en Vermont. No puede dormir, e inventa historias en la oscuridad. En una de ellas, Owen Brick, un joven mago, despierta en el fondo de un foso. Aparece entonces el sargento Serge, que le ayuda a salir. América está inmersa en una guerra civil. Los atentados del once de septiembre no han tenido lugar, y tampoco la guerra de Irak. Los Estados Unidos combaten desde hace tiempo, pero contra ellos mismos. Unos cuantos estados han declarado la independencia. Brick no entiende nada. Pero su misión es asesinar a un tal Blake, o Block, o Black, un hombre que no puede dormir, y que, como un dios, inventa en la noche esa guerra que no acabará nunca si él no muere. Aunque no se llama Blake ni Block ni Black, Brill es un crítico literario y puede contarnos una feroz fábula de nuestros días. Y así, en un juego fascinante, se despliegan dos novelas: una reveladora versión de la política americana actual y sus dilemas éticos, mientras que la otra es la «novela familiar» del narrador, donde Brill nos cuenta su propia vida y nos descubre amores, secretos y traiciones.

Lectulandia

Paul Auster

Un hombre en la oscuridad

ePub r1.0

Sibelius 28.08.13

Título original: *Man in the Dark*
Paul Auster, 2008
Editorial Anagrama, 2008
Traducción: Benito Gómez Ibáñez
Ilustración de portada: Lisa Fyfe

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para David Grossman
y su mujer Michal
su hijo Jonathan
su hija Ruthi
y a la memoria de Uri

Estoy solo en la oscuridad, dándole vueltas al mundo en la cabeza mientras paso otra noche de insomnio, otra noche en blanco en la gran desolación americana. Arriba, mi hija y mi nieta están cada una en su habitación, también solas: mi hija única, Miriam, de cuarenta y siete años, que se acuesta sola desde hace cinco, y Katya, de veintitrés, única hija de Miriam, que antes dormía con un joven llamado Titus Small, pero ahora Titus ha muerto, y mi nieta duerme sola con el corazón destrozado.

Luz radiante, y luego oscuridad. El sol fulgurando por todos los rincones del cielo, seguido de la negrura de la noche, el silencio de las estrellas, el viento que agita las ramas. Ésa es la monotonía diaria. Llevo viviendo más de un año en esta casa, desde que me dieron de alta en el hospital. Miriam insistió en que viniera, y al principio estábamos los dos solos, junto con la enfermera que me cuidaba durante el día cuando mi hija se iba a trabajar. Luego, tres meses después, a Katya se le cayó el mundo encima, y entonces dejó la escuela de cine en Nueva York y se vino a Vermont a vivir con su madre.

Sus padres lo llamaron como al hijo de Rembrandt, ese pequeño de los cuadros, el niño de cabellos dorados y gorro escarlata, el pupilo distraído que no comprende la lección, la criatura transformada en un joven devastado por la enfermedad que murió a los veintitantos años, igual que el Titus de Katya. Es un nombre maldito, un nombre que debería retirarse para siempre de la circulación. Pienso a menudo en el fin de Titus, la horrorosa historia de su último trance, las imágenes de su agonía, las demoledoras consecuencias de su muerte en mi atribulada nieta, pero no quiero entrar en eso ahora, no puedo caer en ello, tengo que alejarlo lo más posible de mi pensamiento. La noche aún es joven, y sin moverme de la cama, con los ojos clavados en la oscuridad, en una tiniebla tan impenetrable que no se alcanza a ver el techo, me pongo a recordar la historia que empecé anoche. Eso es lo que hago cuando no logro conciliar el sueño. Me quedo tumbado en la cama y me cuento historias. Quizá no sean gran cosa, pero siempre y cuando no me salga de ellas, me evitan pensar en cosas que prefiero olvidar. La concentración, sin embargo, puede darme problemas, y las más de las veces mis pensamientos acaban derivando de la historia que pretendo contar a las cosas en las cuales no quiero pensar. No hay nada que hacer. Fracaso una y otra vez, hay más chascos que aciertos, pero eso no quiere decir que no ponga todo mi empeño.

Lo metí en un hoyo. Parecía un buen comienzo, una prometedora manera de poner las cosas en marcha. Situar a un hombre dormido en un pozo, para luego ver lo que pasa cuando se despierte e intente salir trepando. Me refiero a una profunda concavidad en el suelo, de unos tres metros de honda, excavada en forma de círculo perfecto, con paredes verticales de tierra sólida, muy compacta, tan dura que la superficie tiene una textura de arcilla modelada, de vidrio incluso. En otras palabras, cuando el hombre abra los ojos no conseguirá salir del hoyo. A menos que disponga

de una serie de aparejos de montaña —martillo y crampones, por ejemplo, o una cuerda para echar un lazo a un árbol cercano—, pero este hombre no tiene herramientas, y una vez que recobre la conciencia, enseguida comprenderá la naturaleza del aprieto en que se encuentra.

Y así es. El hombre se despierta y descubre que está tendido de espaldas, mirando al cielo de un atardecer sin nubes. Se llama Owen Brick, y no tiene ni idea de cómo ha ido a parar allí, no guarda recuerdo alguno de cómo ha caído en ese agujero cilíndrico, que según sus cálculos tendrá aproximadamente tres metros y medio de diámetro. Se incorpora. Para su sorpresa, va vestido con un uniforme parduzco de lana áspera. Tiene la cabeza cubierta con una gorra, y lleva un par de robustas y gastadas botas de cuero negro, bien atadas por encima de los tobillos con una doble lazada. En las mangas de la chaqueta ostenta dos galones, lo que indica que el uniforme pertenece a un militar con el rango de cabo. Esa persona podría ser Owen Brick, pero el hombre del hoyo, cuyo nombre es Owen Brick, no recuerda haber servido en el ejército ni combatido en guerra alguna en ningún momento de su vida.

A falta de otra explicación, supone que ha perdido temporalmente la memoria a consecuencia de algún golpe recibido en la cabeza. Sin embargo, al pasarse la punta de los dedos por el cuero cabelludo en busca de rasguños o chichones, no encuentra indicios de bultos, ni heridas ni arañazos, nada que sugiera la existencia de ese golpe. ¿Qué ha sido, entonces? ¿Ha sufrido algún trauma que le ha mermado las facultades, haciéndole perder el uso de gran parte del cerebro? Tal vez. Pero a menos que le venga de pronto el recuerdo de ese trauma, no tendrá medio de saberlo. Seguidamente, empieza a explorar la posibilidad de que esté durmiendo en la cama, en su casa, atrapado en un sueño extrañamente lúcido, un sueño tan verosímil y absorbente que la frontera entre lo real y lo imaginario se ha difuminado hasta casi desaparecer. Si eso es cierto, entonces no tiene más que abrir los ojos, levantarse de la cama y dirigirse a la cocina a prepararse el café del desayuno. Pero ¿cómo se pueden abrir los ojos cuando ya están abiertos? Parpadea unas cuantas veces, en un intento pueril de romper el encantamiento; pero no hay hechizo alguno, y la cama mágica no llega a materializarse.

En lo alto, una bandada de estorninos atraviesa su campo de visión durante cinco o seis segundos, desapareciendo luego hacia el crepúsculo. Brick se pone en pie para inspeccionar su entorno, y entonces nota que le abulta un objeto en el bolsillo delantero izquierdo del pantalón. Resulta ser una cartera, la suya, y además de setenta y seis dólares estadounidenses, contiene un carné de conducir expedido por el estado de Nueva York a un tal Owen Brick, nacido el 12 de junio de 1977. Eso confirma lo que Brick ya sabe: que es un individuo cercano a la treintena con domicilio en Jackson Heights, en el barrio de Queens. Sabe asimismo que está casado con una mujer llamada Flora y que durante los últimos siete años ha trabajado como mago

profesional, actuando principalmente en fiestas de aniversario infantiles por toda la ciudad con el nombre artístico del Gran Zavello. Tales hechos no hacen sino ahondar el misterio. Si tan seguro está de quién es, ¿cómo ha acabado entonces en el fondo de ese pozo, vestido con uniforme de cabo, nada menos, sin documentos, ni placa ni identificación que acredite su condición militar?

No tarda mucho en comprender que escapar de allí es totalmente imposible. La pared circular es muy alta, y cuando le da un puntapié con la bota con idea de hacer una marca y crear una especie de punto de apoyo que le permita escalarla, sólo consigue hacerse daño en el dedo gordo. La noche cae rápidamente, y va haciendo frío, un frío húmedo de primavera que le va calando hasta los huesos, y aunque ha empezado a tener miedo, de momento está más confuso que asustado. Sin embargo, no puede por menos de gritar pidiendo auxilio. Hasta ahora, todo ha estado en silencio a su alrededor, señal de que se encuentra en algún lugar remoto y despoblado de la campiña, sin más ruido que el ocasional grito de un pájaro y el murmullo del viento. Como cumpliendo una orden, sin embargo, como obedeciendo a cierta lógica sesgada de causa y efecto, en el momento en que grita la palabra *socorro*, un fragor de artillería estalla a lo lejos, y el oscuro cielo se alumbra con cometas que van dejando una estela de destrucción. Brick oye ametralladoras, granadas que explotan, y bajo todo eso, sin duda a kilómetros de distancia, un apagado coro de alaridos humanos. Es la guerra, comprende entonces, y él combate en ella, pero sin arma alguna a su disposición, no podrá defenderse si lo atacan, y por primera vez desde que se despertó en el hoyo, siente verdadero pánico.

Las detonaciones se prolongan más de una hora, para luego disiparse poco a poco hasta que se hace el silencio. No mucho después, Brick oye un tenue sonido de sirenas, que atribuye a coches de bomberos que acuden velozmente a los edificios dañados durante el asalto. Luego las sirenas se apagan a su vez y la calma desciende sobre él una vez más. Además de asustado y aterido de frío, Brick está agotado, y tras pasear en torno a los confines de su cárcel cilíndrica hasta que las estrellas aparecen en el firmamento, se tiende en el suelo y logra dormir al fin.

A la mañana siguiente, muy temprano, lo despierta una voz que lo llama desde arriba del hoyo. Brick alza la cabeza y ve el rostro de un hombre asomado por el borde, y como sólo puede verle la cara, supone que está tumbado boca abajo.

Cabo, dice el desconocido. Cabo Brick, es hora de marcharse.

Brick se pone en pie, y ahora que sus ojos están sólo a un metro o metro treinta del rostro del desconocido, ve que se trata de un individuo de tez morena, mandíbula cuadrada y barba de dos días, que lleva una gorra militar idéntica a la que él tiene puesta en la cabeza. Antes de que Brick pueda protestar siquiera para decir que por mucho que desee largarse de allí no está en condiciones de hacerlo, el rostro del hombre desaparece.

No te preocupes, le oye decir. Te sacaremos de ahí en un periquete.

Unos momentos después, se oye el ruido de un martillo o un mazo golpeando sobre un objeto metálico, y como el sonido se va apagando a cada golpe sucesivo, Brick se pregunta si el desconocido está hincando una estaca de hierro en el suelo. Porque si es así, entonces puede que dentro de poco ate a la estaca una cuerda mediante la cual él podrá trepar y salir del hoyo. Cesa el ruido metálico, pasan otros treinta o cuarenta segundos, y entonces, tal como Brick suponía, cae una cuerda a sus pies.

Brick practica la magia, no el culturismo, y aunque trepar por un metro de cuerda no constituya un esfuerzo excesivamente agotador para un hombre de treinta años en buen estado de salud, a él en cambio le cuesta mucho izarse hasta arriba. La pared no le sirve de ayuda, pues la suela de las botas le resbala continuamente por la lisa superficie, y cuando intenta asegurar los pies en la cuerda, no consigue sujetarse bien, lo que supone que debe recurrir exclusivamente a la fuerza de los brazos, y como los suyos no son ni fuertes ni musculosos, y la cuerda es de un material áspero y por tanto le irrita la palma de las manos, esa sencilla operación se convierte en una verdadera batalla. Cuando por fin llega al borde del pozo y el desconocido le da la mano derecha y tira de él hasta ponerlo a nivel del suelo, Brick está sin aliento y asqueado de sí mismo. Tras una actuación tan penosa, espera que su ineptitud sea objeto de burla, pero por algún milagro el desconocido se abstiene de hacer comentario vejatorio alguno.

Mientras se pone trabajosamente en pie, Brick observa que el uniforme de su salvador es igual que el suyo, con la única excepción de que lleva tres galones en la manga, y no dos. Hay una espesa niebla en el ambiente, y le resulta difícil hacerse una idea de dónde se encuentra. En algún sitio solitario del campo, tal como suponía, pero la ciudad o el pueblo que anoche fue víctima del ataque no se ve por parte alguna. Lo único que distingue con claridad es la estaca de metal con la cuerda atada y un jeep lleno de barro estacionado a unos tres metros del hoyo.

Cabo, dice el desconocido, tendiendo la mano a Brick y estrechándosela con un apretón firme y entusiasta. Soy tu sargento, Serge Tobak. Pero me suelen llamar Sarge Serge.

Brick baja la cabeza y mira al desconocido, que por lo menos es quince centímetros más bajo que él, y repite con voz queda: Sarge Serge.

Ya lo sé, dice Tobak. Muy gracioso. Pero me quedé con ese mote, y no hay nada que hacer. Si no puedes con el enemigo, únete a él, ¿no?

¿Qué estoy haciendo aquí?, pregunta Brick, tratando de disimular la angustia de su voz.

Tranquilo, muchacho. Estás combatiendo en una guerra. ¿Qué creías que era esto? ¿Una excursión al parque de atracciones?

¿Qué guerra? ¿Significa eso que estamos en Irak?

¿Irak? ¿A quién le importa Irak?

Estados Unidos está librando una guerra en Irak. Todo el mundo lo sabe.

Que le den por culo a Irak. Esto es Norteamérica, y Norteamérica está luchando contra Norteamérica.

Pero ¿de qué habla?

De guerra civil, Brick. ¿Es que no te has enterado de nada? Éste es el cuarto año. Pero ahora que has aparecido, todo se acabará enseguida. Tú eres quien va a decidir el curso de los acontecimientos.

¿Cómo sabe mi nombre?

Estás en mi pelotón, atontado.

¿Y qué me dice del hoyo? ¿Qué hacía yo ahí abajo?

Procedimiento normal. Todos los nuevos reclutas se nos presentan así.

Pero yo no me he alistado. No me han reclutado.

Pues claro que no. Nadie se alista. Pero así son las cosas. Resulta que estás viviendo tu vida, y de pronto te encuentras metido en la guerra.

Brick está tan confuso por las informaciones de Tobak que no sabe qué decir.

La cosa es así, insiste el sargento. Tú eres el imbécil que han elegido para la gran tarea. No me preguntes por qué, pero el estado mayor considera que eres el más indicado para la misión. A lo mejor es porque nadie te conoce, o quizá porque tienes un aire de, ¿cómo decir...?, una cara de soso que a nadie se le ocurriría pensar que eres un asesino.

¿Asesino?

Eso es, asesino. Pero yo prefiero utilizar el término *liberador*. O *artífice de la paz*. Llámese como se quiera, sin ti nunca acabará la guerra.

A Brick le encantaría echar a correr en ese mismo momento, pero como está desarmado, no se le ocurre otra cosa que seguirle la corriente.

¿Y a quién tengo que eliminar?, pregunta.

Más bien sería *qué* en vez de *a quién*, contesta enigmáticamente el sargento. Ni siquiera conocemos su nombre. Podría ser Blake. Quizá sea Black. Puede que Bloch. Pero sabemos su dirección, y si todavía sigue allí, no creo que tengas problema alguno. Te proporcionaremos un contacto en la ciudad, pasarás a la clandestinidad, y en unos cuantos días todo habrá acabado.

¿Y por qué merece morir ese hombre?

Porque la guerra es cosa suya. Es un producto de su imaginación, y todo lo que ocurre o está a punto de ocurrir se encuentra en su cabeza. Si se elimina esa cabeza, cesará la guerra. Así de sencillo.

¿Sencillo? Según lo describe usted, parece Dios.

No es Dios, cabo, sólo un hombre. Se pasa el día entero sentado en una

habitación, escribiéndolo todo, y cualquier cosa que escribe se convierte en realidad. Los informes del servicio secreto dicen que vive atormentado por la culpa, pero que no lo puede remediar. Si ese cabrón tuviera cojones para volarse la tapa de los sesos, no estaríamos hablando de esto ahora.

Me está diciendo que es un relato, que alguien está escribiendo una historia de la que todos formamos parte.

Algo así.

Y cuando muera, ¿qué ocurrirá? Terminará la guerra, pero ¿qué nos pasará a nosotros?

Todo volverá a la normalidad.

O a lo mejor nos esfumamos.

Puede. Pero es un riesgo que tenemos que correr. Mata o muere, hijo. Más de trece millones han muerto ya. Si las cosas siguen más tiempo así, la mitad de la población habrá desaparecido antes de que nos demos cuenta.

Brick no tiene intención de matar a nadie, y cuanto más escucha a Tobak, más se convence de que el sargento está loco de atar. De momento, sin embargo, no le queda otro remedio que hacer que lo entienda, actuar como si estuviera impaciente por llevar a cabo la misión.

Sarge Serge se dirige al jeep, coge una abultada bolsa de plástico de la parte de atrás y se la entrega a Brick.

Tu nueva indumentaria, le dice, y allí mismo, al aire libre, ordena al mago que se quite el uniforme militar y se ponga la ropa de civil que contiene la bolsa: vaqueros negros, camisa azul oscuro, jersey rojo con cuello de pico, cinturón, cazadora de piel marrón, y zapatos de cuero negros. Seguidamente le da una mochila de nailon verde con más prendas, utensilios para afeitarse, cepillo y pasta de dientes, cepillo para el pelo, un revólver calibre treinta y ocho, y una caja de balas. Por último, Brick recibe un sobre con veinte billetes de cincuenta dólares y un papel con el nombre y la dirección de su contacto.

Lou Frisk, dice el sargento. Buen tipo. Ve a verlo en cuanto llegues a la ciudad, y él te dirá todo lo que necesitas saber.

¿De qué ciudad estamos hablando?, pregunta Brick. No tengo ni idea de dónde estoy.

De Wellington, le informa Tobak, dando media vuelta a la derecha y apuntando con el dedo a la densa niebla matinal. A unos veinte kilómetros hacia el norte. No tienes más que seguir por esta carretera, y estarás allí a media tarde.

¿Es que tengo que ir andando?

Lo siento. Te llevaría en el coche, pero es que voy en la otra dirección. Mis hombres me esperan.

¿Y el desayuno? Veinte kilómetros con el estómago vacío...

Eso también lo siento. Tenía que traerte un sándwich de huevo y un termo de café, pero se me ha olvidado.

Antes de marcharse para reunirse con sus hombres, Sarge Serge tira de la cuerda y la saca del hoyo, arranca la estaca metálica del suelo y tira ambas cosas a la parte de atrás del jeep. Se sube luego al coche, se pone al volante y arranca el motor. Dirigiendo a Brick un saludo de despedida, dice:

Aguanta firme, soldado. En mi opinión no tienes mucha pinta de asesino, pero ¿yo qué sé? Nunca acierto en nada.

Sin una palabra más, Tobak pisa el acelerador y desaparece de pronto, perdiéndose entre la niebla en cuestión de segundos. Brick no se mueve. Está hambriento y con frío, tan inquieto como asustado, y durante más de un minuto permanece inmóvil en medio de la carretera, preguntándose qué va a hacer ahora. Finalmente, empieza a tiritar bajo el frío glacial. Eso es lo que decide la situación. Ha de moverse, entrar en calor, y así, sin la menor idea de lo que le espera, da media vuelta, mete las manos en los bolsillos, y emprende la caminata hacia la ciudad.

Arriba acaba de abrirse una puerta, y oigo ruido de pasos que cruzan el pasillo. Miriam o Katya, no sé cuál de las dos será. La puerta del cuarto de baño se abre y se cierra; débil, muy tenuemente, detecto la música familiar de la orina cayendo en el agua, pero la que esté meando es lo bastante considerada como para no tirar de la cadena y correr el riesgo de despertar a toda la familia, aunque dos tercios de sus miembros ya estén despiertos. Entonces se abre la puerta del baño, se oyen de nuevo las cuidadosas pisadas por el pasillo y se cierra la puerta de una habitación. Si tuviera que decidirme, diría que era Katya. La pobre, afligida Katya, tan resistente al sueño como su inválido abuelo. Me encantaría estar en condiciones de subir las escaleras, entrar en su dormitorio y charlar un rato con ella. Contarle alguno de mis chistes malos, quizá, o si no pasarle simplemente la mano por la cabeza hasta que cerrara los ojos y se quedara dormida. Pero en silla de ruedas no se puede subir la escalera, ¿verdad? Y si cogiera la muleta, lo más probable es que me cayera en la oscuridad. Maldita sea esta pierna idiota. La única solución sería que me crecieran alas, un par de alas gigantescas del más suave y blanco plumón. Entonces subiría como una flecha.

Desde hace un par de meses, Katya y yo nos pasamos el día viendo películas. Sentados uno al lado del otro en el sofá de la sala de estar, sin quitar la vista del televisor, tragándonos dos, tres y hasta cuatro películas seguidas, haciendo luego un descanso para cenar con Miriam, y una vez terminada la cena, de vuelta al sofá a ver una o dos más antes de irnos a la cama. Debería estar trabajando en mi libro, las memorias que prometí escribir a Miriam cuando me jubilé hace tres años, la historia de mi vida, los anales de la familia, la crónica de un mundo desaparecido, pero lo

cierto es que prefiero estar sentado en el sofá con Katya, su mano en la mía, su cabeza en mi hombro, sintiendo cómo se me entumece el cerebro con la interminable procesión de imágenes que desfila por la pantalla. Trabajé en él durante más de un año, acumulando un considerable montón de páginas, la mitad de la historia, calculo, puede que algo más, pero por lo visto se me han quitado las ganas. Tal vez fue cuando murió Sonia, no sé, el final de la vida de casado, el abandono, la puta soledad de estar sin ella, aunque el hecho de estrellarme luego con aquel coche alquilado, destrozándome la pierna y estando en un tris de haberme matado, puede que influyera también: la indiferencia, la impresión de que al cabo de setenta y dos años en este mundo, ¿a quién le importa que yo me ponga a escribir sobre mi vida? Nunca fue algo que suscitara mi interés, ni siquiera cuando era joven, y desde luego jamás he tenido aspiraciones literarias. Me gustaba leer, eso sí, leer libros y escribir luego algún comentario, pero siempre he sido un velocista, nunca un corredor de fondo, un galgo que trabajó cuarenta años contra reloj, un experto redactando artículos de setecientas palabras, crónicas de quinientas, columnas bisemanales o encargos ocasionales para alguna revista, y ni sé los miles de recensiones que habré vomitado. Decenios de gacetillas, montañas de papel de periódico quemado y reciclado, y a diferencia de la mayoría de mis colegas, nunca he sentido inclinación por coleccionar las buenas, suponiendo que hubiera alguna, para volver a publicarlas en forma de libros que ninguna persona en su sano juicio se molestaría en leer. Dejemos que mis memorias a medio terminar acumulen un poco de polvo, de momento. A punto de acabar su biografía de Rose Hawthorne, Miriam trabaja con afán, robando horas al sueño, dedicándole los fines de semana, los días en que no tiene que coger el coche para ir a Hampton a sus cursos, y de momento quizá sea suficiente con una escritora en la casa.

¿Dónde estaba? Con Owen Brick... Owen Brick caminando por la carretera hacia la ciudad. El aire frío, la confusión, una segunda guerra civil en Norteamérica. Un prelude de algo, pero antes de que resuelva qué hacer con mi aturdido mago, necesito unos momentos para reflexionar sobre Katya y las películas, puesto que aún estoy por decidir si es buena o mala cosa. Cuando empezó a encargar los DVD por Internet, lo consideré una señal de progreso, un pequeño paso hacia delante. Aunque no fuera más que eso, me indicaba que estaba dispuesta a distraerse, a pensar en algo distinto de su Titus muerto. Estudia cinematografía, al fin y al cabo, se está preparando para ser montadora, y cuando la avalancha de DVD empezó a inundar la casa, me pregunté si estaría pensando en volver a la escuela o, en todo caso, a proseguir su formación por sí sola. Al cabo de un tiempo, sin embargo, empecé a considerar esa verdadera obsesión de ver películas como una forma de automedicación, un remedio homeopático para anesthesiarse contra la necesidad de pensar en su futuro. No es lo mismo evadirse en una película que en un libro. Los

libros obligan a dar algo a cambio, a utilizar la inteligencia y la imaginación, mientras que una película puede verse —e incluso disfrutarse— en un estado de irreflexiva pasividad. Dicho lo cual, no pretendo sugerir que Katya se haya hecho de piedra. Sonríe y a veces hasta emite una risita durante las escenas graciosas de las comedias, y sus conductos lacrimales se han activado con frecuencia ante las escenas emotivas de los dramas. Tiene algo más que ver con la postura, creo yo, con la manera en que se recuesta en el sofá con las piernas estiradas sobre la mesa auxiliar, sin moverse durante horas y horas, sin molestarse siquiera en coger el teléfono, apenas dando señales de vida salvo cuando la abraza o le cojo la mano. Probablemente sea culpa mía. La he animado a llevar esa existencia apagada, y puede que deba ponerle fin; aunque dudo que me escuche si lo intento.

Por otro lado, hay días mejores que otros. Siempre que terminamos una película, charlamos un poco sobre ella antes de que Katya ponga la siguiente. Normalmente me gusta discutir la historia y la calidad de la interpretación, pero sus observaciones tienden a centrarse en los aspectos técnicos de la película: la posición de la cámara, el montaje, la iluminación, el sonido, y esas cosas. Sólo que esta noche, sin embargo, después de ver tres películas extranjeras seguidas —*La gran ilusión*, *Ladrón de bicicletas* y *El mundo de Apu*—, Katya ha hecho unos comentarios sagaces e incisivos, esbozando una teoría de la realización cinematográfica que me ha impresionado por su perspicacia y originalidad.

Objetos inanimados, enunció.

¿Qué pasa con ellos?, pregunté yo.

Objetos inanimados como medio de expresar emociones humanas. En eso consiste el lenguaje cinematográfico. Sólo los buenos directores saben cómo hacerlo, pero Renoir, De Sica, y Ray son tres de los mejores, ¿verdad?

Sin duda.

Piensa en las primeras escenas de *Ladrón de bicicletas*. El protagonista encuentra trabajo, pero para llevarlo a cabo necesita desempeñar la bicicleta. Se va a casa sintiendo lástima de sí mismo. Y allí está su mujer, en la calle, cargando con dos pesados cubos de agua. Toda su pobreza, todos los esfuerzos de esa mujer y su familia están contenidos en esos cubos. El marido está tan enfrascado en sus propios problemas, que ni se molesta en ayudarla hasta que casi están dentro de la casa. E incluso entonces, sólo le coge un cubo, dejando que ella cargue con el otro. Todo lo que nos hace falta saber sobre su matrimonio se nos muestra en esos pocos segundos. Luego suben las escaleras hasta su piso, y a la mujer se le ocurre la idea de empeñar la ropa de cama para recuperar la bicicleta. Recuerda la violencia con que da una patada al cubo en la cocina, la agresividad con que abre el cajón de la mesa. Objetos inanimados, emociones humanas. Luego pasamos a la casa de empeños, que no es una casa, realmente, sino un sitio enorme, una especie de almacén de objetos

superfluos. La mujer vende las sábanas, y seguidamente vemos a uno de los empleados que lleva el pequeño paquete a los estantes donde se depositan los artículos empeñados. Al principio, las estanterías no parecen muy altas, pero entonces la cámara retrocede, y mientras el empleado empieza a subir, vemos que se alargan hacia arriba cada vez más, hasta llegar al techo, y cada estante y casillero rebosa de paquetes idénticos al que ahora está guardando, y de pronto parece que todas las familias de Roma han vendido la ropa de cama, que toda la ciudad se encuentra en la misma situación de miseria que el protagonista y su mujer. En una sola toma, abuelo. En una sola toma se nos ofrece el retrato de toda una sociedad que vive al borde del desastre.

No está mal, Katya. La cabeza te sigue funcionando...

Se me ha ocurrido esta misma noche. Pero creo que he dado con algo interesante, porque he visto ejemplos de lo mismo en esas tres películas. ¿Recuerdas los platos de *La gran ilusión*? ¿Los platos?

Casi justo al final. Gabin dice a la alemana que la quiere, que cuando acabe la guerra volverá por ella y por su hija, pero las tropas ya se están acercando, y Dalia y él deben cruzar la frontera y pasar a Suiza antes de que sea demasiado tarde. Cenan juntos los cuatro por última vez, y llega entonces el momento de la despedida. Todo resulta muy conmovedor, claro está. Gabin y la mujer parados en el umbral, la posibilidad de que no vuelvan a verse más, las lágrimas de ella mientras los hombres desaparecen en la noche. Renoir corta entonces la escena y pasa a Gabin y Dalia, que van corriendo por el bosque, y me apuesto lo que quieras a que cualquier otro director del mundo habría acabado la película con ese plano. Pero Renoir, no. Tiene el genio —y cuando digo *genio*, me refiero a la comprensión, la hondura de corazón, la humanidad— de volver a la mujer y a su hijita, a esa joven viuda que ya ha perdido a su marido por la locura de la guerra, ¿y qué es lo que la espera? Entrar de nuevo en casa y enfrentarse a la mesa del comedor con los platos vacíos de la cena que acaban de compartir. Los hombres ya se han ido, y como ya no están, esos platos se han convertido en la señal de su ausencia, en el solitario sufrimiento de las mujeres cuando los hombres se van a la guerra, y uno por uno, sin decir palabra, los recoge y quita la mesa. ¿Cuánto dura la escena? ¿Diez segundos? ¿Quince? Muy poco, pero te corta el aliento, ¿verdad? Simplemente te deja para el arrastre.

Eres una chica valiente, le dije, pensando de pronto en Titus.

Déjalo, abuelo. No quiero hablar de él. En otro momento, pero no ahora. ¿De acuerdo?

Vale. Sigamos con el cine. Todavía queda una película. La india. Creo que es la que más me ha gustado.

Será porque trata de un escritor, dice Katya, esbozando una breve e irónica sonrisa.

Puede. Pero eso no quiere decir que no sea buena.

De no ser buena no la habría escogido. Nada de basura. Ésa es la norma, ¿recuerdas? Toda clase de películas, desde lo estrafalario a lo sublime, pero nada de basura.

Estamos de acuerdo. Pero ¿dónde está el objeto inanimado en *Apu*?

Piensa.

No quiero pensar. Esa teoría es tuya, así que explícamelo tú.

Las cortinas y la horquilla del pelo. La transición de una vida a otra, el momento crucial de la historia. Apu se ha ido al campo a asistir a la boda de la prima de un amigo suyo. Un matrimonio convenido según la tradición, y cuando aparece el novio, resulta que es tonto, un profundo idiota. Se suspende la boda, y a los padres de la prima del amigo empieza a entrarles el pánico, temerosos de que a su hija le caiga una maldición de por vida si no se casa esa misma tarde. Libre de preocupaciones, Apu se ha dormido entre los árboles, contento de pasar unos días fuera de la ciudad. Se le acerca la familia de la chica. Le explican que es el único soltero disponible, que sólo él puede resolverles el problema. Apu se queda horrorizado. Piensa que están locos, que son un hatajo de palurdos supersticiosos, y se niega a hacerlo. Pero luego lo piensa mejor y decide aceptar. Lo considera como una buena acción, como un gesto altruista, pero no tiene intención alguna de volver a Calcuta con la chica. Después de la ceremonia nupcial, cuando se encuentran finalmente solos por primera vez, Apu descubre que la sumisa muchacha es mucho más fuerte de lo que él creía. Soy pobre, le explica él, quiero ser escritor, no tengo nada que ofrecerte. Lo sé, contesta ella, pero le da lo mismo, porque está resuelta a ir con él. Molesto, desconcertado, pero conmovido a la vez por su determinación, Apu cede de mala gana. La escena cambia a la ciudad. Un carruaje se detiene frente al destartalado edificio donde vive Apu, y se bajan su mujer y él. Todos los vecinos se acercan y miran boquiabiertos a la guapa muchacha mientras Apu la conduce escaleras arriba hacia su pequeña y sórdida buhardilla. Un momento después, lo llaman y se va. La cámara enfoca a la chica, sola en esa habitación extraña, en una ciudad desconocida, casada con un hombre al que apenas ha visto. Finalmente, se acerca a la ventana, sobre la que en vez de cortina cuelga un asqueroso trozo de arpillera. Hay un agujero en el tejido, y por ahí mira hacia el patio, donde un niño en pañales avanza con pasos inseguros entre el polvo y la basura. La cámara invierte el ángulo, y vemos su ojo a través del agujero. Fluyen lágrimas de ese ojo, y es normal que esté nerviosa y asustada, que se sienta perdida. Apu vuelve a entrar en la habitación y le pregunta qué le pasa. Nada, contesta ella, sacudiendo la cabeza, nada en absoluto. Entonces la escena termina con un fundido en negro, y el gran interrogante es: ¿qué ocurre a continuación? ¿Qué espera a esa inverosímil pareja que ha acabado casándose por pura casualidad? Con unas cuantas pinceladas hábiles y decisivas, todo se nos revela

en menos de un minuto. Objeto número uno: la ventana. Fundido de apertura, es por la mañana temprano, y lo primero que vemos es la ventana por la que miraba la muchacha en la escena anterior. Pero la desastrada tela de saco ha desaparecido, y en su lugar hay unas limpias cortinas a cuadros. La cámara retrocede un poco, y ahí tenemos el objeto número dos: un tiesto con flores en el alféizar de la ventana. Son señales alentadoras, pero aún no podemos estar seguros de lo que significan. Vida hogareña, ambiente acogedor, un toque femenino, pero eso es lo que debe hacer una esposa, y el hecho de que la mujer de Apu haya cumplido sus tareas no demuestra por sí solo que tenga cariño a su marido. La cámara continúa retrocediendo, y los vemos durmiendo a los dos en la cama. Suena el despertador, y la mujer se levanta enseguida mientras Apu emite un gruñido y se tapa la cabeza con la almohada. Objeto número tres: el sari. Ella echa a andar nada más levantarse, pero de pronto no puede moverse: su ropa está atada con la de Apu. Qué raro. ¿Quién podría haber hecho eso, y por qué? En su rostro hay una expresión contrariada y divertida a la vez, y al instante sabemos que ha sido Apu. Vuelve a la cama, le da un suave golpecito en el trasero, y luego desata el nudo. ¿Qué me dice a mí ese momento? Que mantienen relaciones sexuales satisfactorias, que entre ellos se ha establecido un espíritu juguetón, que están realmente casados. Pero ¿y el amor? Parecen contentos, pero ¿qué solidez tienen sus recíprocos sentimientos? Entonces es cuando aparece el objeto número cuatro: la horquilla del pelo. La mujer sale de cuadro para preparar el desayuno, y la cámara hace un primer plano de Apu. Por fin logra abrir los ojos, y mientras bosteza, se estira y da vueltas en la cama, se fija en algo caído en el hueco de entre las dos almohadas. Introduce la mano y saca una horquilla de su mujer. Es el momento álgido. Alza la horquilla y la examina, y cuando vemos los ojos de Apu, la ternura y adoración que irradian, sabemos más allá de toda duda que está locamente enamorado de ella, que es la mujer de su vida. Y Ray lo consigue sin utilizar una sola palabra de diálogo.

Igual que con los platos, observé yo. Lo mismo que con el paquete de sábanas. Sin palabras.

No hay necesidad de palabras, repuso Katya. Cuando sabes lo que te traes entre manos, no hacen falta.

Hay otra cosa en esas tres escenas. No me he fijado cuando veíamos las películas, pero al oír cómo las describes ahora, he caído de pronto en la cuenta.

¿El qué?

Las tres tratan de mujeres. De que son las mujeres quienes llevan el mundo. Se ocupan de lo que verdaderamente importa mientras que los desventurados hombres van dando tumbos por ahí haciendo chapuzas. O si no, se quedan en la cama sin hacer nada. Eso es lo que pasa después de lo de la horquilla. Apu mira al otro extremo de la habitación, a su esposa, agachada sobre una tetera, preparando el desayuno, y no hace

movimiento alguno para ayudarla. Igual que el italiano, que no repara en lo que le cuesta a su mujer cargar con esos cubos de agua.

Por fin, dijo Katya, dándome un leve codazo en las costillas. Un hombre que lo entiende.

No exageremos. Sólo incorporo a tu teoría una anotación al margen. A tu muy perspicaz teoría, debo añadir.

¿Y qué clase de marido eras tú, abuelo?

Igual de distraído y perezoso que los payasos de esas películas. Tu abuela se encargaba de todo.

Eso no es cierto.

Sí que lo es. Cuando venías a casa con nosotros, yo siempre hacía gala de mi mejor manera de ser. Tendrías que habernos visto cuando estábamos solos.

Hago una pausa para cambiar de postura en la cama, ajustar la almohada, beber un trago de agua del vaso que tengo en la mesilla. No quiero ponerme a recordar a Sonia. Aún es muy pronto, y si empiezo en este preciso momento, me pasaré horas pensando en ella. Seguir con la historia. Ésa es la única solución, y luego ver lo que pasa si es que logro terminada.

Owen Brick. Owen Brick de camino a la ciudad de Wellington, de la que no sabe ni en qué estado ni en qué parte del país se encuentra, aunque a juzgar por la humedad y el frío que hace, sospecha que está en el Norte, quizá en Nueva Inglaterra, tal vez en Nueva York, puede que en la región septentrional de los estados centrales, y entonces, recordando los comentarios de Sarge Serge sobre la guerra civil, se pregunta de qué va el enfrentamiento y quién combate contra quién. ¿Es otra vez el Norte contra el Sur? ¿El Este contra el Oeste? ¿Los Rojos contra los Azules? ¿Los Blancos contra los Negros? Sea cual fuere la causa de la guerra, se dice a sí mismo, y cualesquiera que sean las cuestiones o las ideas que estén en juego, nada tiene ni pizca de sentido. ¿Cómo puede ser esto Norteamérica si Tobak no sabe nada de Irak? Enteramente confuso, Brick vuelve a su anterior suposición de que está atrapado en un sueño, de que a pesar de las pruebas materiales que abundan a su alrededor, está en la cama acostado con Flora, en su casa.

La visibilidad es escasa, pero a través de la niebla Brick percibe vagamente que tiene un bosque a ambos lados, que no hay casas ni construcción alguna a la vista, ni postes de teléfono, ni señales de tráfico, ni rastro de presencia humana salvo por la carretera misma, un tramo de asfalto y alquitrán mal pavimentado con numerosos baches y grietas, claramente sin reparar desde hace años. Recorre un kilómetro, y luego otro, y sigue sin pasar un coche, sin que un solo ser humano surja entre esa desolación. Finalmente, al cabo de unos veinte minutos, oye algo que se aproxima, un ruido metálico, suave y apresurado que se esfuerza en determinar. Entre la niebla, un

hombre en bicicleta se acerca pedaleando hacia él. Brick alza la mano para atraer su atención, dice *Hola, Por favor, Señor*, pero el hombre no le hace caso y lo deja rápidamente atrás. Al cabo de poco, empiezan a pasar más ciclistas, unos en una dirección, otros en la contraria, pero a juzgar por la atención que le prestan al pedirles que paren, Brick bien podría ser invisible.

Ocho o diez kilómetros más adelante, empiezan a aparecer signos de vida por la carretera; o más bien señales de una antigua vida: casas quemadas, mercados derrumbados, un perro muerto, varios coches reventados. De pronto surge frente a él una anciana vestida de andrajos que empuja un carro de la compra cargado con sus pertenencias.

Disculpe, dice Brick. ¿Podría decirme si ésta es la carretera de Wellington?

La mujer se detiene y se le queda mirando con expresión de no entender nada. Brick observa el mechón de pelillos que le crece en la barbilla, la boca arrugada, las nudosas y artríticas manos. ¿Wellington?, dice ella. ¿Quién se lo ha preguntado?

Nadie me lo ha preguntado, contesta Brick. Yo se lo pregunto a usted.

¿A mí? ¿Qué tengo yo que ver con eso? Ni siquiera lo conozco.

Ni yo a usted. Lo único que le pregunto es si ésta es la carretera de Wellington.

La mujer examina a Brick durante un momento y dice:

Le costará cinco dólares.

¿Cinco dólares por contestar sí o no? Debe de estar chiflada.

Todo el mundo está loco por aquí. Eso es lo que trata de decirme, ¿no?

No intento decirle nada. Sólo quiero saber dónde estoy.

Pues en una carretera, estúpido.

Sí, muy bien, voy por una carretera, pero lo que quiero saber es si esta carretera lleva a Wellington.

Diez pavos.

¿Diez dólares?

Veinte.

Olvídelo, concluye Brick, ya al límite de la paciencia. Ya lo averiguaré por mí mismo.

¿Averiguar qué?, pregunta la mujer.

En lugar de contestarle, Brick echa de nuevo a andar, y mientras se aleja a grandes zancadas entre la niebla, oye que la mujer se ríe a carcajadas, como si acabaran de contarle un buen chiste...

Las calles de Wellington. Es más de mediodía cuando entra en la ciudad, agotado y hambriento, los pies doloridos por la larga y fatigosa caminata. El sol ha disipado la niebla matinal, y mientras da vueltas sin rumbo fijo con una agradable temperatura de unos dieciséis grados, Brick siente alivio al descubrir que la ciudad sigue más o menos en pie, que no se ha convertido en una zona de guerra devastada por las

bombas, llena de escombros y cadáveres de civiles. Ve una serie de edificios destruidos, algunas calles con cráteres, unas cuantas barricadas demolidas, pero por lo demás Wellington parece una ciudad que funciona normalmente, con peatones que van de acá para allá, gente que entra y sale de las tiendas, y no se percibe amenaza alguna sobre el ambiente. Lo único que la distingue de cualquier otra metrópoli norteamericana es el hecho de que no hay coches, ni camiones ni autobuses. Casi todo el mundo se desplaza a pie, y los que no caminan van montados en bicicleta. Brick no tiene medio de saber si ello se debe a una escasez de gasolina o a determinada política municipal, pero ha de admitir que la tranquilidad produce una sensación agradable, y resulta preferible al clamor y al caos de las calles de Nueva York. Aparte de eso, sin embargo, Wellington tiene poco que ofrecer. Es un sitio venido a menos, destartado, con edificios feos, mal construidos, ni un árbol a la vista, y montones de basura sin recoger cubriendo las aceras. Una localidad sombría, sin duda, pero tampoco el asqueroso pueblucho que Brick esperaba encontrar.

La primera cuestión de que debe ocuparse es la de llenar el estómago, pero por lo visto escasean los restaurantes en Wellington, y sigue callejeando un buen rato hasta descubrir una pequeña casa de comidas en una calle lateral que arranca de una de las avenidas principales. Son casi las tres de la tarde, más que pasada la hora de almorzar, y al entrar ve que el local está desierto. A la izquierda está el mostrador, con seis taburetes libres; a la derecha, alineados a lo largo de la pared, hay cuatro estrechos reservados, también desocupados. Brick decide acomodarse en el mostrador. Segundos después de sentarse en uno de los taburetes, una joven sale de la cocina y pone el menú frente a él. Estará entre los veinticinco y treinta años, es delgada, muy rubia, con una expresión fatigada en los ojos y un indicio de sonrisa en los labios.

¿Qué hay para hoy que sea bueno?, pregunta Brick, sin molestarse en abrir la carta.

Qué hay para hoy, más bien, replica la camarera.

¡Ah! Vale, ¿qué se puede pedir?

Ensalada de atún, ensalada de pollo y huevos. La de atún es de ayer, la de pollo de anteayer, y los huevos han venido esta mañana. Los hacemos como más te guste. Fritos, revueltos, escalfados. Muy hechos, en su punto, poco hechos. Lo que sea, como sea.

¿Hay panceta o embutido? ¿Tostadas o patatas? La camarera pone los ojos en blanco con fingida incredulidad.

Tú sueñas, cariño, le contesta. Los huevos son huevos. No huevos con algo más. Sólo huevos.

De acuerdo, dice Brick con cierta decepción, pero intentando poner buena cara de todos modos, vamos por los huevos.

¿Cómo los quieres?

Vamos a ver... ¿Cómo los quiero? Revueltos.

¿Cuántos?

Tres. No, que sean cuatro.

¿Cuatro? Eso te va a costar veinte dólares, ¿sabes?

La camarera entorna los ojos, mirando a Brick como si lo viera por primera vez. Sacudiendo la cabeza, añade: ¿Qué estás haciendo en una tasca de mala muerte con veinte dólares en el bolsillo?

Estoy aquí porque quiero huevos, contesta Brick. Cuatro huevos revueltos, servidos por...

Molly, dice la camarera, dedicándole una sonrisa. Molly Wald.

... por Molly Wald. ¿Alguna objeción?

Ninguna que se me ocurra.

De manera que Brick pide sus cuatro huevos revueltos, procurando mantener un tono de broma, ligero, con la delgaducha y nada antipática Molly Wald, pero por dentro está calculando que con precios como éstos —los huevos a cinco dólares cada uno en un miserable y grasiento tugurio— no va a durarle mucho el dinero que le ha dado Tobak por la mañana. Mientras Molly da media vuelta para transmitir el pedido a la cocina, que está a su espalda, Brick no sabe si atreverse a preguntarle ya por la guerra o ir con pies de plomo y no abrir la boca. Sin llegar a decidirse, pide una taza de café.

Lo siento, no puede ser, contesta Molly, no nos queda. Té caliente. Eso puedo servírtelo, si te apetece. Vale, conviene Brick. Una tetera. Tras un momento de vacilación, hace acopio de valor y pregunta:

Sólo por curiosidad, ¿cuánto es?

Cinco pavos.

¿Cinco? Por lo visto aquí todo cuesta cinco dólares.

Visiblemente desconcertada por esa observación, Molly se inclina hacia delante, planta los brazos sobre el mostrador, y sacude la cabeza.

Eres un poco bobo, ¿verdad?

Probablemente, admite Brick.

Hace seis meses que dejamos de utilizar monedas y billetes de un dólar. ¿Dónde has estado; amigo? ¿Eres extranjero o algo así?

No sé. Vengo de Nueva York. ¿Soy por eso extranjero?

¿De la ciudad de Nueva York?

De Queens.

Molly suelta una risita aguda, que parece transmitir a la vez desprecio y compasión por su ignorante parroquiano. Ésta sí que es buena, comenta ella, muy buena. Un tío de Nueva York que no se ha enterado de nada.

Yo..., eh..., tartamudea Brick, he estado enfermo. Fuera de servicio. Ya sabes, en un hospital, y no me he mantenido al corriente de lo que pasaba.

Bueno, pues para tu información, don Estúpido, le dice Molly, estamos en guerra, y la ha empezado Nueva York.

¡Ahí!

Sí, *ah*. Secesión. A lo mejor has oído esa palabra. Cuando un estado se declara independiente del resto del país. Ahora somos dieciséis, y sabe Dios cuándo parará esto. No digo que sea mala cosa, pero ya es suficiente. Esto agota a cualquiera, y enseguida acabas hartándote de todo el asunto.

Anoche hubo muchos disparos, dice Brick, atreviéndose por fin a formular una pregunta directa. ¿Quién ganó?

Los federales lanzaron un ataque, pero nuestras tropas los rechazaron. No creo que vuelvan a intentarlo por ahora.

Lo que significa que las cosas van a estar bastante tranquilas en Wellington.

Al menos de momento, sí. O eso dicen. Pero ¿quién sabe?

Una voz anuncia desde la cocina: *Cuatro revueltos*, y un momento después aparece un plato blanco en la repisa que hay detrás de Molly. Ella se vuelve, coge la comida de Brick y se la sirve en el mostrador. Luego empieza a prepararle el té.

Los huevos están resacos y demasiado hechos, y ni siquiera una buena dosis de sal y pimienta les saca mucho sabor. Medio muerto de hambre tras su caminata de veinte kilómetros, Brick se zampa la comida llevándose una y otra vez el tenedor a la boca, masticando con diligencia los correosos huevos y regándolos con frecuentes tragos de té; que no está caliente, como le anunciaron, sino templado. No importa, dice para sí. Con la cantidad de interrogantes que hay que resolver, la calidad de la comida es la menor de sus preocupaciones. Haciendo un pequeño alto a medio camino en su combate con los huevos, Brick estudia con la mirada a Molly, que sigue tras el mostrador, viéndolo comer con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyando el peso del cuerpo ora sobre la pierna izquierda, ora sobre la derecha, los ojos verdes lanzando destellos de lo que parece una especie de alegría contenida.

¿Qué es tan gracioso?, pregunta él.

Nada, contesta ella, encogiéndose de hombros. Es que estás comiendo tan deprisa, que me recuerdas a un perro que teníamos cuando era pequeña.

Lo siento, dice Brick. Tengo hambre.

Ya me he dado cuenta.

También te habrás percatado de que soy nuevo aquí, añade él. No conozco a nadie en Wellington, y necesito un sitio en donde alojarme. Me preguntaba si podías recomendarme alguno.

¿Para cuánto tiempo?

No sé. Puede que una noche, una semana, o para siempre. Es pronto para decirlo.

No eres muy explícito, ¿verdad?

Qué se le va a hacer. Me encuentro en una situación, ya sabes, extraña, y es como si fuera dando tumbos en la oscuridad. El caso es que ni siquiera sé a qué día estamos.

A jueves, diecinueve de abril.

Diecinueve de abril. Bien. Eso es justo lo que habría dicho yo. Pero ¿de qué año?

¿Me tomas el pelo?

No, por desgracia, no. ¿En qué año estamos?

En dos mil siete.

Qué raro.

¿Por qué raro?

Porque es el año que debe ser, pero todo lo demás no concuerda. Escúchame, Molly...

Te estoy escuchando, amigo. Soy toda oídos.

Bien. Y ahora, si digo *once de septiembre*, ¿tienen esas palabras algún significado para ti?

No especialmente.

¿Y *World Trade Center*?

¿Las torres gemelas? ¿Esos rascacielos de Nueva York?

Exacto.

¿Qué les pasa?

¿Siguen aún en pie?

Pues claro que sí. Pero ¿qué te ocurre?

Nada, afirma Brick, murmurando para sí en voz apenas audible. Entonces, bajando la vista hacia los huevos a medio devorar, musita: Una pesadilla detrás de otra.

¿Cómo? No te he oído.

Alzando la cabeza y mirando a Molly directamente a los ojos, Brick le hace una última pregunta: y no hay guerra en Irak, ¿verdad?

Si ya sabes la respuesta, ¿para qué lo preguntas?

Sólo para asegurarme. Disculpa.

Oye...

Owen. Owen Brick.

Vale, Owen. No sé cuál es tu problema, y tampoco sé lo que te ha pasado en ese hospital, pero yo en tu lugar me comería esos huevos antes de que se enfríen. Voy a la cocina a hacer una llamada. Un primo mío es el gerente nocturno de un pequeño hotel que hay a la vuelta de la esquina. Puede que haya alguna habitación libre.

¿Por qué eres tan amable? Ni siquiera me conoces.

No es por amabilidad. Mi primo y yo tenemos un acuerdo. Siempre que le mando

un cliente, me da el diez por ciento de la primera noche. Es una cuestión estrictamente comercial, hombre del espacio. Si tiene una habitación libre, a mí no me debes nada.

Resulta que sí la tiene. Para cuando Brick acaba de engullir toda la comida (con ayuda de otro trago de té, ya frío), Molly ha vuelto de la cocina para darle la buena noticia. Hay tres habitaciones disponibles, le informa, dos de ellas a trescientos dólares la noche y la tercera a doscientos. Como no sabía lo que podía gastarse, ha tomado la iniciativa de reservarle la de doscientos, clara indicación, observa Brick agradecido, de que a pesar de su fría cháchara sobre *una cuestión estrictamente comercial*, Molly va a cobrar diez dólares menos de comisión por hacerle un favor. No es tan mala chica, piensa ahora, por mucho que se esfuerce en ocultarlo. Brick se siente tan solo, tan confuso por los acontecimientos de las últimas veinte horas, que desea que la muchacha deje su puesto tras el mostrador y lo acompañe al hotel, pero sabe que no puede, y es demasiado tímido para pedirle que haga una excepción con él. En cambio, Molly dibuja un croquis en una servilleta de papel, indicándole el camino que debe seguir para llegar al Exeter Hotel, que sólo está a una manzana de allí. Luego Brick paga la cuenta, insistiendo en que acepte diez dólares de propina, y se despide de ella con un apretón de manos.

Espero que volvamos a vemos, dice de pronto, absurdamente al borde de las lágrimas.

Yo siempre estoy aquí, contesta ella. De ocho a seis, de lunes a viernes. Si alguna vez te apetece comer mal, ya sabes adónde venir.

El Exeter Hotel es un edificio de piedra caliza de seis plantas en medio de una calle de zapaterías de saldo y bares tenuemente iluminados. Podría haber sido un hotel atractivo sesenta o setenta años atrás, pero nada más echar una mirada al vestíbulo, con sus sillones de terciopelo hundidos, agujereados por las polillas, y sus macetas con palmeras muertas, Brick comprende que por doscientos dólares Wellington no va a brindarle muchas comodidades. Se queda un poco perplejo cuando el empleado del mostrador de recepción insiste en que pague la noche por adelantado, pero como no conoce las costumbres de la localidad, no se molesta en protestar. El recepcionista, que podría pasar por hermano gemelo de Serge Tobak, cuenta en alta voz los cuatro billetes de cincuenta dólares, los guarda rápidamente en un cajón bajo el cuarteado mostrador de mármol, y le entrega la llave de la habitación 406. No le exige ni firma ni identificación. Cuando Brick le pregunta dónde puede encontrar el ascensor, el recepcionista le comunica que está averiado.

Un tanto jadeante tras subir los cuatro tramos de escaleras, Brick abre la puerta y entra en su habitación. Observa que la cama está hecha, que huele a pintura y las paredes blancas parecen recién pintadas, y aunque todo está relativamente limpio, en cuanto se pone a examinar la habitación en detalle se ve atenazado por una

demoledora sensación de terror. Es tan sombría y poco acogedora, que se imagina que docenas de individuos desesperados se han alojado allí a lo largo de los años con la sola idea de suicidarse. ¿De dónde le viene esa impresión? ¿Se trata de su particular estado de ánimo, se pregunta, o es algo que puede verse confirmado por los hechos? La escasez de mobiliario, por ejemplo: una sola cama y un armario desvencijado perdidos en un espacio excesivamente amplio. Ni silla, ni teléfono. La ausencia de cuadros en las paredes. El cuarto de baño, triste y desolado, con una solitaria pastillita de jabón encima del lavabo blanco, una sola toalla de manos colgada en el toallero, el enmohecido esmalte de la bañera. Paseando por la habitación de un lado para otro, en un creciente estado de nervios, Brick decide poner un viejo televisor en blanco y negro que hay junto a la ventana. Puede que eso lo tranquilice un poco, piensa él, y además, si la suerte lo acompaña, quizá emitan un telediario y se entere de algo sobre la guerra. Un sonido metálico, hueco y cavernoso surge del aparato cuando pulsa el botón. Una señal prometedora, dice para sí, pero entonces, tras una larga espera hasta que el artefacto acaba de calentarse, en la pantalla no aparece ninguna imagen. Nada sino nieve, y el silbido estridente de las interferencias. Cambia de canal. Más nieve, más interferencias. Recorre todas las emisoras, pero siempre obtiene el mismo resultado. En vez de apagar simplemente la televisión, Brick tira con fuerza del cable y lo saca del enchufe en la pared. Luego se sienta en la vieja cama, que cruje bajo el peso de su cuerpo.

Antes de que tenga oportunidad de sumirse en los miasmas de una inútil lástima de sí mismo, llaman a la puerta. Sin duda un empleado del hotel, piensa Brick, pero secretamente espera que sea Molly Wald, que de un modo u otro ha logrado escabullirse durante un par de minutos del restaurante para ir a verlo y asegurarse de que está bien. No es muy probable, desde luego, y en cuanto abre la puerta su efímera esperanza se ve truncada. Su visitante no es Molly, pero tampoco se trata de un empleado del hotel. En cambio, se encuentra frente a una mujer alta y atractiva, de pelo oscuro y ojos azules, vestida con vaqueros negros y una chaqueta de cuero marrón: ropa semejante a la que Sarge Serge le ha dado por la mañana. Mientras escudriña sus facciones, Brick llega al convencimiento de que se conocen de antes, pero su memoria se niega a evocar recuerdo alguno de dónde ni cuándo.

Qué hay, Owen, saluda la mujer, dirigiéndole una radiante y crispada sonrisa, y cuando Brick se fija en su boca, ve que lleva los labios pintados de intenso carmín.

Te conozco, ¿verdad?, contesta Brick. Esa impresión tengo, por lo menos. O a lo mejor es que me recuerdas a alguien.

Virginia Blaine, anuncia alegremente la mujer, con un tono triunfal en la voz. ¿No te acuerdas? En segundo de instituto estabas enamorado de mí.

Santo Dios, murmura Brick, ahora más perdido que nunca. Virginia Blaine. Nos sentábamos juntos en la clase de geometría de la señorita Blunt.

¿No vas a dejarme pasar?

Pues claro, naturalmente, protesta él, apartándose de la puerta y observando cómo ella traspasa el umbral.

En cuanto echa un vistazo en torno a la sombría y desolada habitación, Virginia se vuelve hacia él y dice:

Qué sitio tan horroroso. ¿Por qué demonios te has alojado aquí?

Es una larga historia, contesta Brick, sin querer entrar en detalles.

Esto no puede ser, Owen. Tendremos que buscarte algo mejor.

Quizá mañana. Ya he pagado esta noche, y dudo que vayan a devolverme el dinero ahora.

Ni siquiera hay una silla para sentarse.

Ya lo sé. Puedes sentarte en la cama, si quieres.

Gracias, dice Virginia, lanzando una mirada a la desgastada colcha verde, me parece que me quedaré de pie.

¿Qué estás haciendo aquí?, pregunta Brick, cambiando bruscamente de tema.

Te he visto entrar en el hotel, y he subido a ver...

No, no, no me refiero a eso, explica él, interrumpiéndola a mitad de la frase. Hablo de *aquí*, de Wellington, una ciudad que nunca había oído mencionar. En ninguna parte de este país, que tendría que ser Norteamérica pero que no lo es, al menos no la que yo conozco.

No te lo puedo decir. Todavía no, en cualquier caso.

Me acuesto con mi mujer en Nueva York. Hacemos el amor, nos dormimos, y al abrir los ojos me encuentro en el quinto pino, metido en un hoyo y vestido con un puñetero uniforme militar. ¿Qué coño está pasando?

Cálmate, Owen. Sé que al principio desorienta un poco, pero ya te acostumbrarás, te lo prometo.

No quiero acostumbrarme a esto. Quiero volver a la vida que llevaba antes.

Lo harás. Y mucho antes de lo que piensas.

Bueno, al menos eso me tranquiliza un poco, dice Brick, sin saber si creerlo o no. Pero si se puede volver, ¿por qué estás aquí?

Yo no quiero volver. Ya llevo aquí mucho tiempo, y me gusta más que el sitio en donde estaba.

Mucho tiempo... De modo que cuando dejaste de venir al instituto, no fue porque tus padres y tú os mudasteis.

No.

Te eché mucho de menos. Durante tres meses me estuve armando de valor para pedirte que salieras conmigo, y entonces, justo cuando me disponía a hacerla, te marchaste.

No tuve más remedio. No podía hacer otra cosa.

¿Qué te retiene aquí? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Hijos, no; pero estuve casada. A mi marido lo mataron al principio de la guerra.

Lo siento.

Y yo. Y también lamento un poco enterarme de que estás casado. No te he olvidado, Owen. Sé que fue hace mucho tiempo, pero yo quería salir contigo tanto como tú conmigo.

Ahora me lo dices.

Es la verdad. Quiero decir, ¿de quién crees que fue la idea de traerte aquí?

Estás de broma. Vamos, Virginia, ¿por qué ibas a hacerme una faena tan horrible?

Quería verte otra vez. Y también pensé que serías el hombre perfecto para la misión.

¿Qué misión?

No seas mojigato, Owen. Sabes de lo que estoy hablando.

Tobak. El payaso que se hace llamar Sarge Serge.

Y Lou Frisk. Tenías que haber ido a verlo inmediatamente, ¿recuerdas?

Estaba cansado. Me he pasado todo el día caminando con el estómago vacío, y necesitaba comer algo y dormir un poco. Me disponía a meterme en la cama cuando has llamado a la puerta.

Mala suerte. Trabajamos con márgenes de tiempo muy ajustados, y tenemos que ir a ver a Frisk ahora mismo.

No puedo. Estoy agotado, sencillamente. Déjame dormir un par de horas, y luego te acompañaré. En realidad no debería...

Por favor, Virginia. Por los viejos tiempos.

De acuerdo, conviene ella, consultando su reloj. Te doy una hora. Son las cuatro y media. Cuenta con que a las cinco y media en punto estaré llamando a la puerta.

Gracias.

Pero nada de tonterías, Owen. ¿Vale?

Por supuesto que no.

Tras dirigirle una sonrisa cálida, llena de afecto, Virginia se despide de Brick con un fuerte abrazo.

Me alegro de volver a verte, le susurra al oído.

Brick se queda mudo, los brazos a los costados, cien pensamientos atravesando como flechas su cerebro. Finalmente, Virginia lo suelta, le da una palmadita en la mejilla, y se encamina hacia la puerta, que abre tirando brusca y rápidamente del picaporte hacia abajo. Antes de marcharse, da media vuelta e insiste:

A las cinco y media.

A las cinco y media, repite Brick, y la puerta se cierra entonces de golpe, y Virginia Blaine desaparece.

Brick ya ha establecido un plan, y unas pautas de conducta. Bajo ninguna

circunstancia quiere encontrarse con Frisk ni llevar a cabo la misión que le han asignado. No va a matar a nadie, no ejecutará órdenes de nadie, procurará que no lo vean durante un tiempo prudencial. Como Virginia sabe dónde está, tendrá que marcharse del hotel enseguida y no volver más. Adónde ir es el problema más inmediato, y sólo se le ocurren tres posibles soluciones. Volver a la casa de comidas y pedir ayuda a Molly Wald. Y si no está dispuesta a prestársela, entonces ¿qué? Deambular por las calles y buscar otro hotel, o si no, esperar a que se haga de noche y entonces largarse de Wellington.

Se da diez minutos, tiempo más que suficiente para que ella baje los cuatro pisos de escaleras y salga del Exeter. Virginia podría quedarse al acecho en el vestíbulo, desde luego, o montando guardia en la acera de enfrente, vigilando la entrada del hotel, pero si no la ve abajo, hará mutis por la puerta trasera, contando con que haya una salida por la parte de atrás y sea capaz de encontrarla. ¿Y qué pasa si al final se la encuentra en recepción? Saldrá corriendo, pura y simplemente. Puede que Brick no sea el mejor velocista del mundo, pero durante su conversación ha observado que Virginia lleva botas de tacón alto, y sin duda un hombre con zapato plano es capaz de dejar atrás a una mujer calzada de esa manera sin esforzarse demasiado.

En cuanto al abrazo y la sonrisa cariñosa, así como a la declaración de sus deseos de volver a verlo y su pesar por no haber salido con él en el instituto, Brick no puede sino sentirse escéptico. Virginia Blaine, la idolatrada de sus quince años, era la chica más guapa de la clase, y todos sus compañeros se desmayaban de concupiscencia y silencioso deseo cada vez que ella pasaba por su lado. No era verdad eso de que estaba a punto de decirle que saliera con él. No cabía duda de que quería pedírselo, pero en ese momento de su vida jamás se habría atrevido a hacerlo.

Con la cremallera de la chaqueta de cuero cerrada, la mochila colgada del hombro derecho, baja Brick por la escalera de atrás, hacia la salida de emergencia, que afortunadamente le permite evitar completamente el vestíbulo y lo conduce a una puerta metálica que se abre a una calle paralela a la entrada principal del hotel. Ni rastro de Virginia por parte alguna, y alentado por su airosa fuga, nuestro rendido héroe experimenta una momentánea oleada de optimismo, presintiendo que al fin puede añadir la palabra *esperanza* al léxico de sus desgracias. Continúa andando a buen paso, adelantando a grupos de peatones, esquivando a un chico que va saltando con una especie de zanco con resortes, aflojando brevemente la marcha cuando se acercan cuatro soldados armados con fusiles, oyendo el omnipresente timbre de las bicicletas que circulan por la calzada. Dobla una esquina, luego otra, y ahí lo tenemos, frente al Pulaski Diner, el restaurante en donde trabaja Molly.

Entra, y el local continúa desierto. Ahora que está al tanto de las circunstancias, apenas lo sorprende este hecho, porque ¿quién va a molestarse en ir a un restaurante donde no hay comida? Ni un cliente a la vista, por tanto, pero más inquietante aún es

la ausencia de Molly. Preguntándose si no se habrá ido a casa antes de la hora, Brick la llama por su nombre, y cuando sigue sin aparecer, vuelve a llamarla. Tras unos momentos de inquietud, siente alivio al verla entrar, pero en cuanto ella lo reconoce, la expresión de hastío de la muchacha se torna al instante en preocupación, incluso en disgusto, quizá.

¿Va todo bien?, pregunta Molly, en tono tenso y a la defensiva.

Sí y no, contesta Brick.

¿Qué quiere decir eso? ¿Te han puesto problemas en el hotel?

Ninguno. Me estaban esperando. He pagado una noche por adelantado y he subido a la habitación.

¿Qué pasa con la habitación? ¿Hay algo que va mal?

Deja que te explique, Molly, dice Brick, incapaz de contener la sonrisa que se va esbozando en sus labios, he viajado por todo el mundo, y en lo que se refiere a alojamientos de primera clase, es decir, a la máxima comodidad y elegancia, nada se puede comparar a la habitación cuatrocientos seis del Exeter Hotel de Wellington.

Molly sonrío ampliamente ante la chistosa observación, y al punto parece una persona diferente.

Sí, lo sé, responde. Es un sitio con estilo, ¿verdad?

Al ver esa sonrisa, Brick comprende de pronto el motivo de su alarma. En un principio Molly creía que iba a quejarse, a acusarla de haberle estafado, pero al ver que no es así, ha bajado la guardia, tranquilizándose y adoptando una actitud más amistosa.

No tiene nada que ver con el hotel, prosigue Brick. Se trata de la situación que te he mencionado antes. Hay una serie de gente que anda detrás de mí. Quieren obligarme a hacer algo a lo que yo me niego, y ahora saben que estoy en el Exeter. Lo que significa que ya no puedo quedarme allí. Por eso he vuelto. Para pedirte ayuda.

¿Por qué a mí?

Porque eres la única persona que conozco.

No me conoces, dice Molly, cambiando el peso de su cuerpo de la pierna derecha a la izquierda. Te he servido unos huevos, te he buscado habitación, hemos hablado durante cinco minutos. No puede decirse que me conozcas por eso.

Tienes razón. No te conozco. Pero no se me ha ocurrido otro sitio adonde ir.

¿Por qué tendría que jugarme el tipo por ti? Probablemente andarás metido en algún lío. Con la policía, o con el ejército. O a lo mejor es que te has fugado de ese hospital. Del manicomio, diría yo. Dame una buena razón para que deba ayudarte.

No tengo. Ninguna, responde Brick, consternado por lo mal que ha juzgado a esa chica, por lo estúpido que ha sido al pensar que podía contar con ella. Pero puedo ofrecerte dinero, añade, recordando el sobre con los billetes de cincuenta que guarda en la mochila. Si sabes de un sitio en donde pueda ocultarme durante un tiempo,

tendré mucho gusto en pagarte.

Ah, bueno, eso es diferente, ¿verdad?, dice Molly claramente, sin tapujos. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

No sé. Dímelo tú.

Supongo que podrás alojarte un par de noches en mi apartamento. El sofá es bastante grande para alguien de tu tamaño, me parece. Pero nada de tonterías. Mi novio vive conmigo, y tiene mal carácter, si entiendes lo que quiero decir, así que no te hagas ilusiones.

Estoy casado. No me interesan esas cosas.

Ésa sí que es buena. No hay un casado en este mundo que deje pasar un polvo de extranjis si se le presenta la ocasión.

A lo mejor es que yo no vivo en este mundo.

Sí, a lo mejor es eso. Lo que explicaría muchas cosas, ¿verdad?

Bueno, ¿cuánto me vas a cobrar?, inquiera Brick, impaciente por concluir la transacción.

Doscientos pavos.

¿Doscientos? Se te ha ido un poco la mano, ¿no te parece?

No te enteras de nada, tío. Por aquí, eso es muy barato, lo menos que se puede pedir. Lo tomas o lo dejas.

De acuerdo, conviene Brick, inclinando la cabeza y dejando escapar un largo y pesaroso suspiro. Lo tomo.

De pronto, una urgente necesidad de vaciar la vejiga. No debería haber bebido esa última copa de vino, pero la tentación era grande, y el caso es que me gusta irme a la cama un tanto achispado. La botella de zumo de manzana está en el suelo, junto a la cama, pero al alargar la mano y buscarla a tientas en la oscuridad, no logro encontrarla. Esto de la botella ha sido idea de Miriam: para ahorrarme la molestia y la complicación de tener que levantarme de la cama e ir cojeando al baño en plena noche. Una idea excelente, pero de lo que se trata es de tener el recipiente a mano, y esta noche en concreto, por más que extendiendo mis trémulos dedos no llego a tocar el cristal. La única solución consiste en encender la lámpara de la mesilla, pero en cuanto haga eso, se esfumarán las pocas posibilidades que tengo de quedarme dormido. La bombilla es sólo de quince vatios, pero en la absoluta oscuridad de esta habitación, el hecho de encenderla sería lo mismo que exponerme a una abrasadora llamarada. Me quedaré ciego unos segundos, y luego, a medida que mis pupilas se vayan dilatando poco a poco, me iré despertando del todo, y aun después de apagar la lámpara, mi cabeza seguirá rumiándolo todo hasta el amanecer. Lo sé por larga experiencia, por haberme pasado la vida luchando conmigo mismo en las trincheras de la noche. Ah, bueno, no hay nada que hacer, coño. Enciendo. Me quedo ciego.

Parpadeo despacio mientras se me habitúan los ojos, y entonces veo la botella, que está de pie en el suelo a poco más de cinco centímetros de su sitio de costumbre. Me incorporo un poco, me inclino hacia un lado, y agarro la puñetera cosa. Entonces, echando las mantas hacia atrás, me voy sentando despacito —cautelosamente, con mucho cuidado, para no despertar la ira de mi destrozada pierna—, giro el tapón de la botella y lo quito, introduzco la pililla en el agujero, y dejo que la orina me salga a raudales. Nunca deja de procurar satisfacción, ese momento en que empieza a manar el chorro, y luego ver el burbujeante líquido amarillo que entra como una cascada en la botella mientras el vidrio se me va calentando en la mano. ¿Cuántas veces mea una persona a lo largo de setenta y dos años? Podría hacer los cálculos, pero ¿por qué molestarse ahora que ya casi he concluido la faena? Al sacar el pene del agujero, bajo la cabeza y, echando un vistazo a mi viejo camarada, me pregunto si alguna vez volveré a tener relaciones sexuales, si me encontraré con otra mujer que quiera acostarse conmigo y pasar la noche entre mis brazos. Rechazo la idea, mejor abstenerse de pensar en eso, porque por ahí se abre un camino a la locura. ¿Por qué tuviste que morir, Sonia? ¿Por qué no podía ser yo el primero en desaparecer?

Vuelvo a enroscar el tapón, a poner la botella en el suelo, en su sitio, y me arropo con las mantas. ¿Y ahora qué? ¿Apago la luz o no? Quiero volver a mi historia y averiguar lo que le ocurre a Owen Brick, pero las últimas entregas del libro de Miriam reposan en el estante inferior de la mesilla, y le he prometido leerlas y darle mi opinión. Después de ver tantas películas con Katya, voy algo retrasado, y me fastidia pensar que le he fallado. Sólo un rato, entonces, un par de capítulos: lo haré por Miriam.

Rose Hawthorne, la menor de los tres hijos de Nathaniel Hawthorne, nacida en 1851, que apenas tenía trece años a la muerte de su padre, la pelirroja Rose, llamada Rosebud en la familia, fue una mujer que vivió dos vidas, la primera triste, atormentada, fallida, la segunda extraordinaria. A menudo me he preguntado por qué decidió Miriam emprender ese proyecto, pero creo que ya empiezo a entenderlo. Su último libro fue una biografía de John Donne, el príncipe de los poetas, el genio de los genios, pero ahora se ha embarcado en una investigación sobre una mujer que durante cuarenta y cinco años anduvo a trancas y barrancas por el mundo, una persona hosca y difícil, una «desconocida para sí misma», que probó primero con la música, luego con la pintura, y como no llegó a parte alguna en ninguna de las dos ocupaciones, se dedicó a escribir poesía y relatos breves, algunos de los cuales logró publicar (sin duda gracias al nombre de su padre), aunque su obra era laboriosa y torpe, mediocre todo lo más; con la excepción de un verso de un poema citado en el manuscrito de Miriam, que me gusta enormemente: *Mientras el peregrino mundo sigue girando*.

Añádanse al retrato público las vicisitudes de su vida privada, su fuga a los veinte

años con el joven escritor George Lathrop, persona de talento que nunca plasmó las expectativas que había creado, los amargos conflictos de su matrimonio, la separación, la reconciliación, la muerte de su único hijo a los cuatro años, la ruptura definitiva, las prolongadas discusiones de Rose con sus hermanos, y uno empieza a preguntarse: ¿por qué molestarse, para qué perder el tiempo explorando el alma de una persona tan insignificante, tan desdichada? Pero entonces, en la madurez, Rose experimentó una transformación. Se convirtió al catolicismo, profesó los votos sagrados, y fundó una orden de monjas llamada Siervas Auxiliadoras del Cáncer Incurable, dedicando sus últimos treinta años al cuidado de los menesterosos desahuciados, y erigiéndose en apasionada defensora del derecho de las personas a morir con dignidad. *El peregrino mundo sigue girando*. En otras palabras, como la de Donne, la vida de Rose Hawthorne era una historia de conversión, y en eso debió de consistir la atracción, la chispa que despertó el interés de Miriam. El motivo de ese afán es otra cuestión, pero creo que procede directamente de su madre: la convicción fundamental de que la gente es capaz de cambiar. Ésa es influencia de Sonia, no mía, y Miriam probablemente sea más humana por eso, pero aunque mi hija es una persona extraordinaria, hay en ella algo ingenuo y frágil, y ojalá aprenda que los despreciables actos que los seres humanos cometen en perjuicio mutuo no son simples aberraciones, sino parte esencial de lo que somos. Así sufrirá menos. El mundo no se le caería encima cada vez que le ocurriera algo malo, y no se dormiría llorando todas las noches.

No pretendo afirmar que el divorcio no sea un asunto cruel. Sufrimiento indecible, desesperación espantosa, furia delirante, y esa perpetua nube de amargura en la cabeza, que poco a poco se va convirtiendo en una especie de duelo, como si uno estuviera llorando la muerte de alguien. Pero hace cinco años que Richard abandonó a Miriam, y habría que pensar que a estas alturas ya debería haberse adaptado a sus nuevas circunstancias, poniéndose de nuevo en circulación, tratando de reconfigurar su vida. Pero ha volcado toda su energía en enseñar y escribir, y siempre que le saco a relucir la cuestión de otros hombres, se enfada. Afortunadamente, Katya ya tenía dieciocho años y estaba en la universidad cuando se produjo la ruptura, y era lo bastante madura y fuerte para encajar el golpe sin venirse abajo. Miriam lo pasó mucho peor cuando Sonia y yo nos separamos. Sólo tenía quince años, una edad más vulnerable, y aun cuando su madre y yo volvimos a unirnos nueve años después, el daño ya estaba hecho. A los adultos ya les resulta difícil sobrevivir a un divorcio, pero para los niños es todavía peor. No pueden hacer absolutamente nada, y cargan con el mayor peso del dolor.

Miriam y Richard cometieron el mismo error que Sonia y yo: se casaron demasiado jóvenes. En cuanto a nosotros, ambos teníamos veintidós años: caso nada raro allá por 1957. Pero cuando Miriam y Richard pasaron por la vicaría veinticinco

años después, ella tenía la misma edad que su madre al contraer matrimonio. Richard era un poco mayor, veinticuatro o veinticinco, me parece, pero el mundo había cambiado para entonces, y sólo eran unas criaturas, dos excelentes muchachos que hacían un curso de posgrado en Yale, y al cabo de dos años ya eran padres a su vez. ¿No comprendió Miriam que con el tiempo Richard acabaría siéndole infiel? ¿Acaso no intuía que un profesor de cuarenta años podría extasiarse en el aula ante la contemplación de los jóvenes cuerpos de sus alumnas? Es la historia más vieja del mundo, pero la trabajadora, la leal, la nerviosa Miriam no prestaba atención. Ni siquiera cuando el drama de su propia madre la consumía por dentro: aquel horrible momento en que su padre, después de dieciocho años de matrimonio, se marchó con una mujer de veintiséis. Yo andaba por los cuarenta entonces. Cuidado con los hombres de cuarenta años.

¿Por qué me empeño en esto? ¿Por qué insisto en transitar por estos pretéritos y agotados caminos, a qué vienen estas ganas de hurgar en viejas heridas para sangrar otra vez? Sería imposible exagerar el desprecio que a veces siento por mí mismo. Debería estar leyendo el manuscrito de Miriam, pero aquí estoy, mirando una grieta en la pared y sacando a relucir vestigios del pasado, cacharros rotos que jamás podrán arreglarse. Que me den mi historia. Eso es lo único que quiero ahora: mi pequeña historia, para alejar los fantasmas. Antes de apagar la lámpara, echo un vistazo al azar a otra página del manuscrito y me encuentro con lo siguiente: los dos últimos párrafos de los recuerdos de Rose sobre su padre, escritos en 1896, con la descripción de la última vez que lo vio. Me parecía algo terrible que alguien tan especialmente enérgico, sensible y lúcido como mi padre se volviera cada vez más débil y achacoso, hasta cobrar al fin el aspecto pálido y apagado de un fantasma. Sin embargo, con su paso titubeante y apariencia de espectro, desprendía la misma dignidad que en su época de mayor arrogancia, y haciendo gala de un castrense dominio de sí mismo, iba aún más erguido que antes. No dejaba de acudir con su mejor chaqueta negra a la mesa, donde el carácter extremadamente insípido de la cena no influía para nada en la solemnidad de la ocasión. En la misma medida que odiaba la cobardía, aborrecía el fracaso, la sumisión y el desorden, el incumplimiento de las normas y el debilitamiento de la disciplina. Soy incapaz de expresar lo animoso que me parecía. La última vez que lo vi, salía de casa para emprender un viaje beneficioso para su salud que inesperadamente lo condujo al otro mundo. Mi madre iba a acompañarlo a la estación; mi madre, que en el momento en que dijeron que había muerto se tambaleó y empezó a gemir, pese a estar tan lejos de él, diciéndonos que sentía como si le minaran las fuerzas; apenas pude apartar los ojos de su encogida y doliente figura en aquel día de despedida. Mi padre desde luego sabía, y ella vagamente sospechaba, que ya no iba a volver.

Como un muñeco de nieve hecho a la imagen de un hombre inflexible, pero viejo,

muy anciano, permaneció un momento inmóvil, mirándome. Mi madre sollozaba mientras caminaba a su lado hacia el carruaje. Desde entonces, lo hemos echado en falta a la luz del día, en plena tormenta, al ponerse el sol.

Apago, y una vez más me encuentro en la oscuridad, sumido en la perpetua y balsámica sombra. Oigo a lo lejos el ruido de un camión que circula por alguna desierta carretera comarcal. Escucho el aire que entra y sale apresuradamente por las ventanas de mi nariz. Según el reloj de la mesilla de noche, que he consultado antes de apagar la lámpara, son las doce y veinte. Horas y horas hasta el amanecer, casi toda la noche por delante... A Hawthorne no le importaba. Si el Sur quiere separarse del país, decía, pues que se vayan y adiós muy buenas. El extraño, el maltrecho, el peregrino mundo que sigue girando mientras la guerra estalla a nuestro alrededor: los brazos arrancados a machetazos en África, las decapitaciones en Irak, y esa otra contienda que se libra en mi cabeza, un conflicto imaginario en territorio nacional, Norteamérica resquebrajándose, el noble experimento definitivamente acabado. Mis pensamientos me llevan de vuelta a Wellington, y de pronto veo de nuevo a Owen Brick, sentado en uno de los reservados del Pulaski Diner, viendo cómo la camarera limpia las mesas y el mostrador hasta que dan las seis. Luego salen juntos a la calle, caminan en silencio hacia el apartamento de Molly, las aceras atestadas de mujeres y hombres que vuelven a casa agotados del trabajo, soldados con rifles montando guardia en las principales bocacalles, y un crepúsculo rosáceo que se va extendiendo en lo alto. Brick ha perdido toda confianza en Molly. Al comprender que no podía fiarse de ella, que era imposible confiar en nadie, veinte minutos antes de marcharse ha ido a los lavabos del restaurante para sacar de la mochila el sobre con los billetes de cincuenta dólares y guardárselo en el bolsillo delantero derecho de los vaqueros. Más difícil que le roben así, piensa, y tiene el firme propósito de acostarse esa noche con los pantalones puestos. En los servicios de caballeros, se ha tomado finalmente la molestia de examinar el dinero, sintiéndose alentado al ver el rostro de Ulysses S. Grant grabado en el anverso de cada billete. Eso le demuestra que esa Norteamérica, esa otra Norteamérica, que no ha vivido el Once de Septiembre ni la guerra de Irak, guarda sin embargo estrechos lazos históricos con los Estados Unidos que él conoce. La cuestión es: ¿en qué momento empezaron a divergir las dos historias?

Molly, dice Brick, rompiendo el silencio a los diez minutos de su paseo, ¿te importa que te pregunte una cosa?

Depende de lo que sea, contesta ella.

¿Has oído hablar alguna vez de la Segunda Guerra Mundial?

La camarera deja escapar un gruñido brusco, malhumorado, y replica:

¿Quién te has creído que soy? ¿Una retrasada? Naturalmente que he oído hablar de esa guerra.

¿Y qué me dices de Vietnam?

Mi abuelo se contaba entre los primeros soldados que mandaron para allá.

Si te digo *Yankees de Nueva York*, ¿qué me contestarías?

Venga, eso lo sabe todo el mundo.

¿Qué me dirías?, insiste Brick.

Con un suspiro de exasperación, Molly se vuelve hacia él y le dice en tono sarcástico:

¿Los Yankees de Nueva York? ¿No son esas chicas que bailan en el Radio City Music Hall?

Muy bien. Y las Rockettes son un equipo de béisbol, ¿verdad?

Exacto.

De acuerdo. Una última pregunta, y luego me callo.

Eres un verdadero plasta, ¿sabes?

Lo siento. Sé que piensas que soy idiota, pero no es culpa mía.

No, claro que no. Sólo que has nacido así. ¿Quién es el presidente?

¿El presidente? Pero ¿qué dices? No tenemos presidente.

¿No? Entonces, ¿quién está al cargo del gobierno?

El primer ministro, cabeza de chorlito. Pero ¿de qué planeta vienes, joder?

Ya entiendo. Los estados independientes tienen un primer ministro. Pero ¿y los federales? ¿Siguen teniendo presidente?

Pues claro. ¿Cómo se llama?

Bush.

¿George W.?

Eso es. George W. Bush.

Cumpliendo su palabra, Brick se abstiene de hacer más preguntas, y de nuevo prosiguen en silencio su marcha por la ciudad. Unos minutos después, Molly señala un bloque de viviendas baratas de cuatro pisos en una calle de edificios con estructura de madera, todos ellos similares y necesitados de una mano de pintura. El 628 de la Avenida Cumberland.

Hemos llegado, anuncia la camarera, sacando una llave del bolso y abriendo el portal. Brick la sigue por dos tramos de tambaleantes escaleras hasta el apartamento que ella ocupa con su anónimo novio. Es un piso pequeño y ordenado, compuesto de dormitorio, sala de estar, cocina y cuarto de baño con ducha pero sin bañera. Tras examinarlo, Brick se sorprende de que no haya ni televisión ni radio. Se lo hace notar a Molly, y ella le explica que todas las torres de telecomunicaciones del estado fueron bombardeadas en los primeros días de la contienda, y el gobierno no cuenta con dinero suficiente para reconstruirlas.

A lo mejor cuando acabe la guerra, observa Brick.

Sí, puede ser, contesta Molly, sentándose en el sofá del cuarto de estar y

encendiendo un cigarrillo. Pero el caso es que a nadie le importa ya. Al principio fue difícil —*¡sin televisión, Dios mío!*—, pero luego se empieza uno a acostumbrar y al cabo de un par de años resulta preferible. El silencio, quiero decir. Se acabaron las voces que se pasan gritando las veinticuatro horas del día. Ahora llevamos un estilo de vida anticuado, supongo, y las cosas son como debían de ser hace cien años. Si quieres enterarte de las noticias, lees el periódico. Que quieres ver una película, te vas al cine. Se acabaron los teleadictos. Sé que ha muerto mucha gente, y que las cosas se han puesto peliagudas, pero a lo mejor ha valido la pena todo eso. *Tal vez*. Sólo quizá. Si la guerra no acaba pronto, todo se irá a la mierda.

Brick no se lo explica, pero se da cuenta de que Molly ya no le habla como si fuera un necio. ¿A qué se deberá ese inesperado cambio de tono? ¿Al hecho de que haya terminado su jornada de trabajo y esté cómodamente sentada en su apartamento fumando un cigarrillo? ¿A que haya empezado a sentir lástima por él? ¿O bien, en cambio, al hecho de que ha ganado doscientos dólares con él y ha decidido dejar de tomarle el pelo? En cualquier caso, piensa Brick, es una chica de humor cambiante, quizá no tan simple como parece, pero tampoco muy lista. Hay cien preguntas más que le gustaría hacerle, pero decide no desafiar a la suerte.

Apagando el pitillo, Molly se pone en pie y dice a Brick que dentro de una hora escasa ha quedado con su novio en el centro para ir a cenar. Se dirige a un armario que hay entre el dormitorio y la cocina, saca dos sábanas, dos mantas y una almohada, lo lleva todo a la sala de estar y lo deja caer sobre el sofá.

Ahí tienes, le dice. Ropa para tu cama, que en realidad no es una cama. Espero que no la encuentres llena de bultos.

Estoy tan cansado, contesta Brick, que me dormiría sobre un montón de piedras.

Si tienes hambre, hay algo de comer en la cocina. Una lata de sopa, una barra de pan, unas lonchas de pavo. Te puedes hacer un bocadillo.

¿Cuánto?

¿Cuánto qué?

¿Cuánto me va a costar?

Déjalo, hombre. No voy a cobrarte por un poco de comida. Ya me has pagado bastante.

¿Y qué me dices del desayuno de mañana?

Por mí, muy bien. Aunque no tenemos muchas cosas. Sólo café y tostadas.

Sin esperar contestación de Brick, Molly sale precipitadamente de la sala de estar para cambiarse de ropa. La puerta del dormitorio se cierra de golpe, y Brick empieza a hacerse la cama que en realidad no es una cama. Cuando termina, da una vuelta en busca de periódicos y revistas, esperando encontrar información sobre la guerra, una pista que le permita averiguar dónde se encuentra, algunos datos que lo ayuden a entender un poco más ese desconcertante país en donde ha aterrizado. Pero no hay

revistas ni periódicos en la sala de estar; sólo una pequeña librería atestada de novelas policiacas y de misterio, que no tiene deseo alguno de leer.

Vuelve al sofá, se sienta, apoya la cabeza en el respaldo tapizado, y se queda dormido en el acto.

Cuando abre los ojos, treinta minutos después, la puerta del dormitorio está entornada, y Molly se ha ido.

Registra la habitación, en busca de periódicos y revistas: sin éxito.

Luego va a la cocina a calentar una lata de sopa de verduras y hacerse un bocadillo de pavo. Observa que todas las marcas le resultan conocidas: Progreso, Boar's Head, Arnold's. Mientras lava los platos de la insípida cena, se fija en el teléfono blanco colgado en la pared y se pregunta qué pasaría si tratara de llamar a Flora.

Descuelga el teléfono, marca el número de su apartamento, en Jackson Heights, y enseguida se entera de la respuesta. El número está fuera de servicio.

Seca los platos y los coloca en el aparador. Luego, tras apagar la luz de la cocina, vuelve a la sala de estar y se pone a pensar en Flora, una argentina de negra melena, su compañera de lecho, su fierecilla, su mujer desde hace tres años. Lo que debe de estar pasando, dice para sí.

Apaga la luz de la sala de estar. Se desata los cordones de los zapatos. Se mete bajo las sábanas. Se queda dormido.

Unas horas después, lo despierta el ruido de una llave que entra en la cerradura de la puerta del apartamento. Sin abrir los ojos, Brick oye ruido de pasos, la voz grave y retumbante de un hombre, la más metálica voz de su acompañante femenino, Molly sin duda, sí, efectivamente, Molly, que llama Duke al desconocido, y luego se enciende una luz, percibida como un resplandor escarlata rizándose sobre la superficie de sus párpados. Parecen algo borrachos, los dos, y cuando se apaga la luz y entran trastabillando en el dormitorio —en donde se enciende inmediatamente otra luz—, Brick deduce que están discutiendo por algo. Antes de que se cierre la puerta, llega a oír palabras *no me gusta, doscientos, peligroso, inofensivo*, y comprende que el motivo de la discusión es él y que a nadie le complace mucho su presencia en esa casa.

Consiguiendo dormirse de nuevo cuando remite la disputa en el dormitorio (ruido de cópula: gruñidos de Duke, grititos de Molly, crujido de somier y colchón), Brick se sume en un complejo sueño sobre Flora. Al principio, habla con ella por teléfono. No es la voz de su mujer, sin embargo, con sus erres marcadas y vibrantes, su cantarina cadencia, sino la voz de Virginia Blaine, y Virginia/Flora le ruega que vaya volando —no a pie, sino volando— a un determinado sitio de Buffalo, en Nueva York, donde ella lo espera desnuda con un impermeable transparente, un paraguas rojo en una mano y un tulipán blanco en la otra. Brick empieza a lloriquear y confiesa

que no sabe volar, a raíz de lo cual Virginia/Flora, con gran enfado, se pone a dar gritos, declara que no quiere volverlo a ver más y cuelga el teléfono. Pasmado por su vehemencia, Brick sacude la cabeza y murmura para sí: Pero si no estoy en Buffalo, sino en Worcester, en Massachusetts. Luego va andando por una calle de Jackson Heights, vestido con su traje de Gran Zavello y la larga capa negra, buscando el bloque de apartamentos en donde vive. Pero se encuentra con que ha desaparecido, y en su lugar hay una casa de campo de una sola planta con un letrero encima de la puerta que dice: CLÍNICA DENTAL AMERICANA. Entra y allí está Flora, la verdadera Flora, vestida con uniforme blanco de enfermera. Me alegro mucho de que haya podido venir, señor Brick, le dice ella, sin dar muestras de conocerlo, y conduciéndolo seguidamente a la consulta le indica con un gesto que se siente en el sillón. Es una pena, dice ella, cogiendo unas grandes y relucientes tenazas, es una verdadera lástima, pero creo que vamos a sacarle todos los dientes. ¿Todos?, pregunta Brick, aterrizado de pronto. Sí, contesta Flora, absolutamente todos. Pero no se preocupe. Cuando hayamos terminado, el doctor le pondrá una cara nueva.

El sueño se interrumpe ahí. Alguien le está sacudiendo el hombro y hablándole a gritos, y cuando el aturdido soñador abre al fin los ojos, ve a un hombre corpulento, de hombros anchos y brazos musculosos, que se yergue imponente sobre él. Uno de esos individuos que hacen culturismo, piensa Brick, Duke, el novio, el tío del mal genio, vestido con una camiseta negra muy estrecha y calzoncillos azules, diciéndole que se vaya a tomar por culo del apartamento.

He pagado buen dinero, empieza a decir Brick. Por una noche, grita Duke. La noche se ha terminado, así que lárgate.

Un momento, espera un poco, protesta Brick, alzando la mano derecha para indicar sus pacíficas intenciones. Molly me ha prometido el desayuno. Café y tostadas. Deja que me tome un café, y luego me marcharé.

Nada de café. Ni tostadas. Nada.

¿Y si te lo pago? Aparte de lo otro, quiero decir.

¿Es que no entiendes mi idioma?

Y, con esas palabras, Duke se agacha, coge a Brick del jersey, y lo incorpora de un tirón. Una vez en pie, Brick se encuentra frente a la puerta del dormitorio, y justo en el momento en que alza la vista, sale Molly, atándose el cinturón de la bata y pasándose luego las manos por el pelo.

Ya vale, dice a Duke. No tienes que ponerte violento.

Cierra la boca, replica él. Tú has armado este lío, y ahora tengo que arreglarlo yo.

Molly se encoge de hombros, mirando a Brick con una sonrisita compungida.

Lo siento, le dice. Me parece que será mejor que te vayas ya.

Calzándose los zapatos sin molestarse en atar los cordones, cogiendo luego su chaqueta de cuero de los pies del sofá y poniéndosela, Brick responde:

No lo entiendo. Te doy todo ese dinero, y ahora me echas. No tiene sentido.

En lugar de contestarle, Molly baja la vista al suelo y vuelve a encogerse de hombros. Ese gesto apático conlleva toda la fuerza de una deserción, de una traición. Sin aliado que salga en su defensa, Brick decide marcharse sin más protestas. Se agacha a recoger la mochila del suelo, pero en cuanto se vuelve para marcharse Duke se la arranca de las manos.

¿Qué es esto?, le pregunta.

Mis cosas, contesta Brick. Está claro.

¿Tus cosas?, replica Duke. Me parece que no, rarito.

Pero ¿qué dices? Ahora son mías.

¿Tuyas? No puedes hacer eso. Todo lo que tengo está ahí dentro.

Pues intenta recuperarlas.

Brick comprende que Duke está buscando pelea, y que la mochila es un simple pretexto. Sabe también que si se enreda con el novio de Molly, acabará hecho pedazos. O eso le dicta su entendimiento en cuanto escucha el desafío que le lanza Duke, pero Brick ya no piensa de manera coherente, pues la indignación que siente le ofusca la razón, y si permite que ese camorrista se salga con la suya sin ofrecer la menor resistencia, perderá el poco respeto que aún le queda por sí mismo. De modo que decide resistir, arrebatándole de pronto la mochila, con lo que inmediatamente empieza el enfrentamiento, un asalto tan desigual y efímero que al individuo corpulento le bastan tres golpes para derribar a Brick: un puñetazo al vientre con la izquierda, un derechazo al rostro, y un rodillazo a los huevos. Una oleada de dolor recorre todo el cuerpo del mago, y mientras rueda por la desgastada alfombra dando boqueadas, agarrándose el estómago con una mano y el escroto con la otra, ve que le sale sangre de un desgarrón en la mejilla, y además, en medio de la mancha roja, que va en aumento, un fragmento de diente: la mitad de uno de los incisivos de la izquierda. Sólo vagamente percibe los gritos de Molly, que suenan como proferidos a diez calles de distancia. Un instante después, no tiene conciencia de nada.

Cuando retama el hilo de su propia historia, Brick se encuentra de pie en la escalera, bien agarrado con ambas manos a la barandilla, bajando trabajosamente, escalón tras escalón, hacia el primer piso. La mochila ha desaparecido, lo que significa que también ha perdido la pistola y las balas, por no mencionar el resto de las cosas que contenía, pero cuando se detiene e introduce la mano en el bolsillo delantero derecho de los vaqueros, el rastro de una sonrisa pasa rápidamente por sus magullados labios: la sonrisa amarga de quien no está vencido del todo. El dinero sigue ahí. Ya no son los mil que Tobak le dio ayer por la mañana, pero quinientos sesenta y cinco dólares son mejor que nada, se dice a sí mismo, más que suficiente para encontrar una habitación en algún sitio y algo que comer. Hasta ahí llegan sus planes en ese momento. Ocultarse, limpiarse la sangre de la cara, llenarse el

estómago cuando le vuelva el apetito, si es que lo recupera alguna vez.

Por simples que parezcan, esos planes se frustran en cuanto sale del edificio y pone los pies en la acera. Justo delante de él, de brazos cruzados y la espalda apoyada en la puerta de un jeep del ejército, Virginia Blaine le clava los ojos con una expresión de fastidio en el rostro.

Nada de tonterías, dice ella. Me lo prometiste.

Virginia, contesta Brick, tratando de hacerse el tonto, ¿qué estás haciendo aquí?

Sin hacer caso de sus palabras, la antigua reina de la clase de geometría de la señorita Blunt sacude la cabeza y responde bruscamente:

Habíamos quedado ayer por la tarde a las cinco y media. Me diste plantón.

Pasó algo, y tuve que irme en el último momento.

Quieres decir que pasé yo, y entonces te largaste.

Sin que se le ocurra nada que contestar, Brick guarda silencio.

No tienes muy buen aspecto, Owen, prosigue Virginia.

No, supongo que no. Me acaban de moler a palos.

Deberías tener cuidado con quién andas. Ese Rothstein es un tipo peligroso.

¿Quién es Rothstein?

Duke. El novio de Molly.

¿Lo conoces?

Trabaja con nosotros. Es uno de nuestros mejores hombres.

Es un animal. Un sádico asqueroso.

Ha sido puro teatro, Owen. Para darte una lección.

¡Ah!, exclama Brick, sintiendo una oleada de indignación. ¿Y qué lección es ésa? El hijo de puta me ha roto un diente.

Alégrate de que no fueran todos.

Muy bonito, murmura Brick, con un deje de sarcasmo en la voz, y entonces, el último capítulo del sueño le viene como una avalancha a la memoria: la Clínica Dental Americana, Flora y las tenazas, la cara nueva. Vaya, piensa Brick, tocándose la herida de la mejilla, ya tengo una cara nueva, ¿verdad? Gracias al puño de Rothstein.

No lo conseguirás, le advierte Virginia. Adondequiera que vayas, alguien te estará vigilando. Nunca podrás huir de nosotros.

Eso lo dices tú, replica Brick, que aún no está dispuesto a ceder, pero consciente en el fondo de que Virginia tiene razón.

Por tanto, mi querido Owen, se ha acabado eso de perder el tiempo y jugar al escondite. Sube corriendo al jeep. Es hora de que veas a Frisk.

Ni hablar, Virginia. Ahora no puedo subir corriendo al coche, ni escapar ni marcharme a parte alguna. Me sangra la cara, me arden los cojones, y tengo hecho polvo hasta el último músculo del estómago. Primero tengo que arreglarme un poco.

Luego hablaré con tu agente. Pero déjame tomar un baño al menos.

Por primera vez desde que empezó la conversación, Virginia sonrío. Pobrecito, dice, con una afectada sonrisa de compasión, y para Brick no está claro si esa nueva preocupación por él es verdadera o falsa.

¿Me entiendes o no?, le pregunta.

Sube, contesta ella, dando unas palmaditas a la puerta del jeep. Pues claro que te entiendo. Te llevaré a mi casa, y allí te curaremos. Todavía es pronto. Lou puede esperar un poco. No hay problema, con tal de que lo veas antes de anochecer.

Con estas palabras tranquilizadoras, Brick se acerca cojeando al jeep e instala con dificultad sus molidos huesos en el asiento del pasajero mientras Virginia sube ágilmente y se pone al volante. En cuanto arranca el motor, se enfrasca en un largo y sinuoso relato de la guerra civil, sintiendo sin duda la obligación de ponerle al corriente del trasfondo del conflicto, pero el problema es que Brick no se encuentra en condiciones de comprender lo que le dicen, y mientras dan bandazos por las calles llenas de baches de Wellington, con cada sacudida y topetazo siente una nueva andanada de dolor por todo el cuerpo. Para agravar el asunto, el ruido del motor es tan insoportable que casi apaga la voz de Virginia, y si quiere oír algo, Brick se ve obligado a estirarse hasta el límite de sus fuerzas, menguadas en el mejor de los casos, si no enteramente extinguidas. Agarrándose con ambas manos a la parte de abajo del asiento, haciendo presión en el suelo con la planta de los pies para sujetarse en el siguiente brinco del chasis, va con los ojos firmemente cerrados durante los veinte minutos del trayecto, y entre el aluvión de datos que se precipita sobre él entre el apartamento de Molly y la casa de Virginia, logra retener lo siguiente:

Las elecciones de 2000... justo después de la decisión del Tribunal Supremo... manifestaciones... tumultos en las principales ciudades... un movimiento para suprimir la Junta Electoral... derrota del proyecto de ley en el Congreso... otro movimiento... dirigido por el alcalde y los regidores de los distritos municipales de la ciudad de Nueva York... secesión... aprobada por la asamblea legislativa en 2003... ataque de las tropas federales... Albany, Buffalo, Siracusa, Rochester... la ciudad de Nueva York bombardeada, ochenta mil muertos... pero el movimiento crece... En 2004, Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Connecticut, Nueva Jersey y Pensilvania se unen a Nueva York para formar los Estados Independientes de América... Ese mismo año, California, Oregón y Washington se separan para formar su propia república, Pacífica... En 2005, Ohio, Michigan, Illinois, Wisconsin y Minnesota se incorporan a los Estados Independientes... La Unión Europea reconoce la existencia del nuevo país... se establecen relaciones diplomáticas... luego México... después los países de América Central y del Sur... sigue Rusia, después Japón... Entretanto, la lucha continúa, horrenda muchas veces, el número de víctimas creciendo sin parar... Resoluciones de las Naciones Unidas desoídas por los

federales, pero hasta ahora no se ha hecho uso de armas nucleares, lo que significaría la muerte para la población de ambos bandos... Política exterior: no injerencia... Política interior: seguridad social para todos, no más petróleo, no más coches ni aviones, un incremento del cuatrocientos por cien en el salario del profesorado (para atraer a la profesión a los estudiantes más dotados), estricto control de armamento, educación gratuita y formación profesional para los pobres... todo en el reino de la fantasía por el momento, un sueño para el futuro, puesto que la guerra va para largo, y el estado de emergencia sigue en vigor.

El jeep reduce la velocidad y va deteniéndose poco a poco. Cuando Virginia apaga el motor, Brick abre los ojos y descubre que ya no está en el centro de Wellington. Han llegado a una calle de un próspero barrio residencial de grandes mansiones estilo Tudor con jardines de césped immaculado, macizos de tulipanes, arbustos de forsitias y rododendros, la infinidad de atributos de la buena vida. Al bajarse del jeep, sin embargo, echa un vistazo alrededor y observa que varias casas de la misma calle se encuentran en estado ruinoso: ventanas rotas, muros calcinados, boquetes abiertos en la fachada, espacios abandonados en donde antes vivía gente. Brick supone que han bombardeado el vecindario en algún momento de la guerra, pero no hace preguntas sobre eso. En cambio, señalando a la casa en la que se disponen a entrar, observa en tono amable:

Es un sitio impresionante, Virginia. Tiene que haberte ido muy bien.

Mi marido era abogado de una empresa importante, contesta ella sin entusiasmo, indicando que no le apetece hablar del pasado. Ganaba mucho dinero.

Virginia abre la puerta con una llave, y entran en la casa...

Un baño caliente, sumergido hasta el cuello en el agua durante veinte, treinta minutos, inerte, tranquilo, solo. Después de lo cual se pone el albornoz blanco del difunto marido de Virginia, pasa a la habitación, y se sienta en una butaca mientras Virginia le aplica pacientemente un astringente antibacteriano en el profundo desgarrón de la mejilla y luego le cubre la herida con un apósito. Brick empieza a sentirse algo mejor. El milagro del agua, dice para sí, notando que el estómago y las partes pudendas apenas le duelen ya. La mejilla le sigue escociendo, pero esa molestia también acabará desapareciendo. En cuanto al diente roto, no hay nada que hacer hasta que pueda ir al dentista y le pongan una funda, pero duda de que pueda ser pronto. De momento (tal como confirmó al examinarse el rostro en el espejo del cuarto de baño), el efecto es enteramente repulsivo. Unos milímetros menos de esmalte le han dado el aspecto de un averiado vagabundo, uno de esos mostrencos con cerebro de mosquito. Afortunadamente, la mella sólo se le ve si se le ocurre sonreír, y en su estado actual, eso es lo último que le apetece. A menos que concluya la pesadilla, piensa que lo más probable es que no vuelva a sonreír en lo que le queda de vida.

Veinte minutos después, ya vestido y sentado en la cocina con Virginia —que le ha preparado café y tostadas, el desayuno mínimo que ha estado a punto de costarle la vida esa misma mañana—, Brick contesta la décima pregunta que ella le ha formulado sobre Flora. Lo desconcierta su curiosidad. Si es la persona responsable de que lo hayan traído a ese lugar, lo lógico sería que ya conociera todos los detalles de su vida, incluido lo de su matrimonio. Pero Virginia es insaciable, y ahora Brick empieza a preguntarse si todo ese interrogatorio no es más que una estratagema para retenerlo en la casa, para hacer que pierda la noción del tiempo y no se le ocurra escaparse de nuevo antes de que aparezca Frisk. Quiere huir, eso seguro, pero después del largo remojón en la bañera y el albornoz y la suavidad de sus dedos mientras le colocaba el apósito en la cara, en cierto modo ha empezado a ablandarse respecto a Virginia, y siente que el viejo amor de su adolescencia va resurgiendo poco a poco.

La conocí en Manhattan, cuenta él. Hace tres años y medio. Una lujosa fiesta de cumpleaños para un niño en el Upper East Side. Yo era el mago, y ella una camarera.

¿Es guapa, Owen?

Para mí, sí. No guapa en el sentido en que tú lo eres, Virginia, con ese rostro increíble y ese cuerpo esbelto. Flora es bajita, no llega a uno sesenta y cinco, parece una chiquilla, en realidad, pero tiene unos ojos grandes y ardientes, una maraña de pelo negro y la risa más fresca que haya oído jamás.

¿La quieres?

Por supuesto.

¿Y ella te quiere a ti?

Sí. La mayoría de las veces, en todo caso. Flora tiene mucho temperamento, ya veces se pone a gritar como una loca. Cuando nos peleamos, me da por pensar que sólo se casó conmigo porque quería la ciudadanía estadounidense. Pero eso no ocurre muy a menudo. Nueve de cada diez días estamos muy bien juntos. De verdad.

¿Y de niños qué me dices?

Están en el orden del día. Empezamos a intentarlo hace un par de meses.

No os deis por vencidos. Ése fue mi error. Esperé demasiado tiempo, y fíjate ahora en mí. Ni marido, ni hijos, nada.

Aún eres joven. Sigues siendo la chica más guapa del barrio. Ya aparecerá alguien más, estoy seguro.

Antes de que ella pueda contestarle, llaman al timbre. Virginia se pone en pie, exclamando *Joder* en voz baja, como si de verdad lo sintiera, como si le molestara gravemente la intrusión, pero Brick sabe que ya está acorralado, y que se ha esfumado toda posibilidad de fuga. Antes de salir de la cocina, Virginia se vuelve hacia él y le dice:

Lo he llamado cuando te estabas bañando. Le dije que viniera entre las cuatro y

las cinco, pero por lo visto no podía esperar. Lo siento, Owen. Quería haber pasado contigo unas horas para seducirte y llevarte a la cama. En serio. Quería matarte a polvos. Acuérdate cuando vuelvas.

¿Cuándo vuelva? ¿Quieres decir que vaya volver?

Lou te explicará. Ésa es su misión. Yo sólo soy jefa de personal, un pequeño engranaje de una gran maquinaria.

Lou Frisk resulta ser un hombre severo de cincuenta y pocos años, tirando a bajo, de hombros estrechos, gafas con montura metálica, y la piel desfigurada de quien ha padecido de acné en una época remota. Va vestido con un jersey verde de pico, camisa blanca y corbata a cuadros, y en la mano izquierda lleva una cartera negra que parece un maletín de médico. En el momento en que entra en la cocina, deja la cartera en el suelo y declara:

Ha estado usted evitándome, cabo.

No soy cabo, replica Brick. Y usted lo sabe. Nunca en la vida he estado en el ejército.

En su mundo, no, responde Frisk, pero en éste es usted cabo del Séptimo de Massachusetts, miembro de las fuerzas armadas de los Estados Independientes de América.

Llevándose las manos a la cabeza, Brick gime quedamente mientras le vuelve a la memoria otro elemento del sueño: Worcester, Massachusetts. Alza la vista, observa cómo se sienta Frisk a la mesa frente a él, y dice:

Entonces, estoy en Massachusetts. ¿Es eso lo que me está diciendo?

En Wellington, estado de Massachusetts, contesta Frisk, asintiendo con la cabeza. Antiguamente llamada Worcester.

Brick da un puñetazo en la mesa, descargando finalmente la rabia que ha ido creciendo en su interior.

¡No me gusta esto!, grita. Hay alguien en mi cabeza. Ni siquiera mis sueños son míos. Me han robado la vida entera. Entonces, volviendo la cabeza hacia Frisk y mirándolo directamente a los ojos, grita a pleno pulmón: ¿Quién me está haciendo esto?

Tranquilícese, le recomienda Frisk, dándole una palmadita en la mano. Tiene todo el derecho a estar confuso. Por eso estoy aquí. Mi misión es explicarle las cosas, ponerlas en claro. No queremos que sufra. Si hubiera venido a verme cuando debía haberlo hecho, nunca habría tenido ese sueño. ¿Entiende lo que le quiero decir?

No del todo, confiesa Brick, en voz más baja.

A través de los muros de la casa, percibe el leve rumor de un motor que se pone en marcha, y seguidamente el lejano chirrido del cambio de velocidades mientras Virginia se aleja en el jeep.

¿Y Virginia?, pregunta.

¿Qué quiere de ella?

Acaba de marcharse, ¿verdad?

Tiene mucho trabajo que hacer, y nuestro asunto no la concierne.

Ni siquiera se ha despedido, añade Brick, reacio a dejar la cuestión. Habla en tono dolido, como si no llegara a creer que lo ha dejado tirado de esa manera tan brusca.

Olvídese de Virginia, ordena Frisk. Tenemos cosas más importantes de que hablar.

Me ha dicho que voy a volver. ¿Es cierto?

Sí. Pero antes he de decirle por qué. Escuche con atención, Brick, y luego respóndame francamente.

Apoyando los brazos sobre la mesa, Frisk se inclina hacia delante e inquiere: ¿Estamos en el mundo real o no?

¿Cómo puedo saberlo? Todo parece real. Estoy aquí sentado, metido en mi propio cuerpo, pero al mismo tiempo no es posible que me encuentre en este lugar, ¿verdad? Mi sitio es otro.

Está usted aquí, no cabe duda. Y es de otro sitio. Las dos cosas no puede ser. O lo uno, o lo otro. ¿Le resulta familiar el nombre de Giordano Bruno?

No. Nunca he oído hablar de él.

Un filósofo italiano del siglo dieciséis. Sostenía que si Dios es infinito, y sus poderes son infinitos, entonces debe haber un número infinito de mundos.

Me parece que tiene sentido. Suponiendo que uno crea en Dios.

Lo quemaron en la hoguera por esa idea. Pero eso no significa que estuviera equivocado, ¿verdad?

¿Por qué me lo pregunta? No tengo la menor idea de esas cosas. ¿Cómo vaya darle una opinión de algo que no comprendo?

Hasta que no se despertó el otro día en aquel hoyo, había vivido toda su vida en otro mundo. Pero ¿cómo podía estar seguro de que sólo existía ese mundo?

Porque... porque era el único mundo que yo conocía.

Pero ahora conoce otro mundo diferente. ¿Qué le sugiere eso, Brick?

No lo entiendo.

No hay una sola realidad, cabo. Existen múltiples realidades. No hay un único mundo. Sino muchos mundos, y todos discurren en paralelo, mundos y antimundos, mundos y sombras de mundos, y cada uno de ellos lo sueña, lo imagina o lo escribe alguien en otro mundo. Cada mundo es la creación mental de un individuo.

Empieza usted a parecerse a Tobak. Él me dijo que la guerra estaba en la cabeza de un hombre, y que si se eliminaba a ese hombre, se acabaría la guerra. Es la cosa más absurda que he oído jamás.

Tobak podría no ser el soldado más inteligente del ejército, pero le estaba diciéndole la verdad.

Si quiere que me crea una estupidez como ésa, antes tendrá que demostrármelo.

De acuerdo, contesta Frisk, golpeando la mesa con la palma de las manos, ¿qué le parece esto? Sin añadir palabra, se introduce la mano bajo el jersey y se saca del bolsillo de la camisa una fotografía de siete por doce. Éste es el culpable, anuncia, pasándole la foto a Brick por la superficie de la mesa.

Brick se limita a echar un vistazo a la foto. Se trata de una instantánea en color de un hombre de unos setenta años sentado en una silla de ruedas frente a una casa de campo blanca. Tiene un aspecto muy simpático, observa Brick, con el pelo entrecano de punta y un rostro erosionado por el tiempo.

Esto no demuestra nada, afirma, devolviendo la foto a Frisk con gesto brusco. No es más que un hombre. Uno cualquiera. Por lo que a mí respecta, podría ser su tío.

Se llama August Brill, empieza a explicar Frisk, pero Brick le interrumpe antes de que pueda decir algo más.

Según Tobak no es así. Me dijo que se llamaba Blake.

Blank.

Lo que sea.

Tobak no está al corriente de los últimos informes del servicio secreto. Durante mucho tiempo, Blank fue nuestro principal sospechoso, pero luego lo tachamos de la lista. Es Brill. Ahora estamos seguros.

Entonces enséñeme la narración. Rebusque en esa cartera suya, saque su manuscrito y muéstreme una frase donde aparezca mi nombre.

Ése es el problema. Brill no escribe nada. Se cuenta la historia en su cabeza.

¿Y cómo lo sabe usted?

Secreto militar. Pero lo sabemos, cabo. Créame.

Chorradas.

Quiere volver, ¿verdad? Bueno, pues ésa es la única manera. Si no acepta la misión, nunca podrá salir de aquí.

Vale. Bueno, pongamos por caso que mato a ese hombre..., a ese tal Brill, imagínese. ¿Qué pasa entonces? Si él es el creador de este mundo, en cuanto él muera usted dejará de existir.

Brill no ha inventado este mundo. Sólo ha urdido la guerra. Y también lo ha imaginado a usted. ¿Es que no lo entiende? Ésta es su historia, Brick, no la nuestra. Ese anciano lo ha creado para que usted lo mate a él.

Así que ahora es un suicidio.

Indirectamente, sí.

Una vez más, Brick se lleva las manos a la cabeza y gime en voz baja. Sencillamente no puede con todo eso, y tras intentar mantenerse firme frente a las demenciales explicaciones de Frisk, siente que se le debilita la capacidad de raciocinio, que sus pensamientos giran vertiginosamente a través de un universo de

ideas inconexas y horrores sin forma. Sólo tiene clara una cosa: quiere volver. Quiere estar de nuevo con Flora y reanudar su antigua vida. Para lograrlo, debe acatar la orden de matar a alguien a quien no ha visto nunca, a un completo desconocido. Ahora no tiene más remedio que aceptar la misión, pero una vez que llegue al otro lado, ¿quién podrá obligarlo a cumplirla?

Sin levantar la vista de la mesa, logra decir entre dientes: Cuénteme algo sobre ese hombre.

Ah, eso está mejor, observa Frisk. Por fin entramos en razón.

No me trate con condescendencia, Frisk. Límitese a decirme lo que debo saber.

Es un crítico literario jubilado, de setenta y dos años, que vive a las afueras de Brattleboro, en Vermont, con una hija de cuarenta y siete años y una nieta de veintitrés. Su mujer murió el año pasado. Su yerno abandonó a su hija hace cinco años. Al novio de su nieta lo mataron. Son una familia apenada, seres afligidos, y todas las noches Brill se queda despierto en la oscuridad, tratando de no pensar en su pasado, inventando historias sobre otros mundos.

¿Por qué está en silla de ruedas?

Un accidente de coche. Se quedó con la pierna izquierda destrozada. Casi tuvieron que amputársela.

Y si convengo en matar a ese hombre, me enviarán de vuelta.

Ése es el trato. Pero no intente escurrir el bulto, Brick. Si rompe su promesa, lo perseguiremos. Dos balas. Una para usted y otra para Flora. Pam, pam. Todo habrá terminado para usted. Y para ella.

Pero si me matan, la guerra continuará.

No necesariamente. Sólo sigue siendo una hipótesis en estos momentos, pero algunos pensamos que si lo eliminamos a usted obtendríamos el mismo resultado que acabando con Brill. La narración concluiría, y la guerra habría terminado. No crea que no estaríamos dispuestos a correr el riesgo.

¿Cómo vuelvo?

Mientras duerme.

Pero ya he dormido aquí. En dos ocasiones. Y las dos veces me he despertado en el mismo sitio.

Porque ha dormido normalmente. Yo me refiero a un sueño inducido mediante fármacos. Le pondrán una inyección. El efecto es similar a la anestesia: cuando duermen a alguien antes de operarlo. El negro vacío del olvido, la nada, tan honda y oscura como la muerte.

Parece divertido, dice Brick, tan nervioso por lo que acaba de oír que le resulta imposible no hacer un comentario sin gracia.

¿Está dispuesto a intentado, cabo?

¿Es que puedo hacer otra cosa?

Noto en el pecho algo que va a hacerme toser, un tenue crujido de flemas muy dentro de los bronquios, y antes de que pueda evitarlo, me sale por la garganta como una carga explosiva. Pero he de expectorar, propulsar hacia arriba la repugnante sustancia, desalojar los viscosos residuos atascados en las tuberías, porque un intento no es suficiente, ni dos, ni tres, y ahí me veo en medio de un espasmo con todas las de la ley, el cuerpo entero convulso por la violenta arremetida. Es culpa mía. Dejé de fumar hace quince años, pero ahora que Katya está en la casa con sus omnipresentes American Spirits, he empezado a recaer en los viejos y sucios placeres, gorroneando sus colillas mientras nos zambullimos en el corpus total de la cinematografía planetaria, sentados juntos en el sofá, soltando humo en tándem, dos resoplantes locomotoras alejándose de este mundo asqueroso e insufrible, pero sin pesar, cabría añadir, sin vacilaciones, sin una sola punzada de remordimiento. Lo que cuenta es la compañía, el vínculo cómplice, esa solidaridad del a la mierda todo de los condenados.

Pensando de nuevo en las películas, me doy cuenta de que tengo otro ejemplo que añadir a la lista de Katya. Debo acordarme de decírselo mañana por la mañana — mientras desayunamos en el comedor—, porque seguro que le gustará, y si logro que en sus abatidas facciones brote una sonrisa, lo consideraré un esfuerzo meritorio.

El reloj al final de *Cuentos de Tokio*. Hemos visto la película hace unos días, aunque ya la conocíamos los dos, yo la había visto unos treinta años atrás, a finales de los sesenta o principios de los setenta, y aparte de acordarme de que me había gustado, la mayor parte de la historia se había esfumado de mi memoria. Ozu, 1953, ocho años después de la derrota japonesa. Un film lento, majestuoso, que cuenta una historia de lo más sencilla, pero realizada con tal elegancia y hondura de sentimientos que al final se me saltaban las lágrimas. Hay películas que son tan buenas como los libros, como los mejores libros (sí, Katya, te lo concedo), y ésta es una de ellas, no cabe duda, una obra tan sutil y conmovedora como una novela corta de Tolstói.

Una pareja de ancianos va a Tokio a ver a sus hijos, ya adultos: un médico en apuros económicos casado y con hijos, una peluquera casada que tiene un salón de belleza, y una nuera que estuvo casada con otro hijo muerto en la guerra, una joven viuda que vive sola y trabaja en una oficina. Desde el principio, está claro que el hijo y su mujer consideran la presencia de sus ancianos padres como una contrariedad, una verdadera carga. Están dedicados a su trabajo, a su familia, y no tienen tiempo para ocuparse adecuadamente de ellos. Únicamente la nuera se molesta en mostrarse un poco amable con ellos. Finalmente, los padres se van de Tokio y vuelven al sitio en donde viven (que nunca se menciona, creo, a menos que pestañeara y se me escapara), y unas semanas después, sin previo aviso, sin enfermedad premonitoria ni nada, la madre muere. La acción de la película pasa entonces a la casa familiar de esa

anónima ciudad o población. Los hijos adultos de Tokio acuden al entierro, junto con la nuera, Norika o Noriko, no recuerdo bien, pero pongamos que es Noriko y llamémosla así. Entonces se presenta otro hijo que vive en un sitio diferente, y por último tenemos al vástago menor del grupo, una mujer de veintipocos años que es maestra de escuela y sigue viviendo en la casa paterna. Pronto salta a la vista que no sólo adora y admira a Noriko, sino que la prefiere a sus propios hermanos. Después del funeral, la familia se sienta a comer a la mesa, y los hijos de Tokio tienen mucho, mucho que hacer, están demasiado centrados en sus propias preocupaciones para ofrecer consuelo a su padre. Empiezan a mirar el reloj y deciden volver a Tokio en el expreso nocturno. El segundo hermano también opta por marcharse. No se advierte crueldad alguna en su conducta: eso hay que recalcarlo, en realidad es precisamente lo que Ozu pretende mostrar. Sólo están distraídos, atrapados en su peripecia vital, y se sienten llamados por otras responsabilidades. Pero la tierna Noriko se queda, no quiere abandonar a su afligido suegro (un dolor amurallado, impávido, desde luego, pero no por eso un sufrimiento menor), y en la última mañana de su prolongada visita, la maestra y ella desayunan juntas.

La muchacha está molesta por la apresurada marcha de sus hermanos. Afirma que deberían haberse quedado más tiempo y los llama egoístas, pero Noriko defiende su comportamiento (aunque ella jamás haría algo semejante), explicando que los hijos tienen que ocuparse de su propia vida y siempre acaban separándose de los padres. La muchacha insiste en que ella nunca será así. ¿Qué sentido tiene la familia si uno se comporta de esa manera?, pregunta. Noriko reitera su anterior observación, tratando de consolar a la muchacha y asegurando que eso es lo que pasa con los hijos, no puede remediarse. Se produce un largo silencio, y luego la muchacha mira a su cuñada y dice: La vida es decepcionante, ¿verdad? Noriko sostiene la mirada a la muchacha, y con una expresión ausente en las facciones, contesta: Sí, lo es.

La maestra se va a trabajar, y Noriko se pone a arreglar la casa (recordándome a las mujeres de las otras películas de las que Katya ha hablado esta noche), y entonces viene la escena del reloj, el momento para el que toda la película nos ha estado preparando. El anciano entra en la casa desde el jardín, y Noriko le anuncia que se va en el tren de la tarde. Se sientan a charlar, y si más o menos me acuerdo de las líneas generales de su conversación, es porque cuando acabó la película le pedí a Katya que volviera a pasar la escena. Me había causado mucha impresión, y quería examinar el diálogo con más detalle con objeto de ver cómo se las arreglaba Ozu para conseguirlo.

El anciano empieza dándole las gracias por todo lo que ha hecho, pero Noriko sacude la cabeza y asegura que ella no ha hecho nada. El anciano insiste, diciéndole que ha sido de gran ayuda y que su mujer le había comentado lo amable que había sido con ella. Una vez más, Noriko se resiste al elogio, quitando importancia a sus

actos y diciendo que son insignificantes, que no tienen nada de particular. Sin desistir en su propósito, el anciano añade que su mujer le dijo que los momentos que estuvo en compañía de Noriko fueron los más felices que pasó en Tokio. Estaba muy preocupada por tu futuro, prosigue el suegro. No puedes seguir así. Tienes que volver a casarte. Olvídate de X (su hijo, el marido de ella). Está muerto.

Noriko se encuentra demasiado afectada para responder, pero el anciano no está dispuesto a dejar el asunto ni a dar por terminada la conversación. Refiriéndose de nuevo a su mujer, concluye: Me dijo que eras la mujer más buena que había conocido. Noriko se mantiene firme, manifestando que su suegra exageraba sus virtudes, pero el suegro le replica sin rodeos que se equivoca. Noriko empieza a desquiciarse. Yo no soy la buena mujer por la que usted me toma, le dice. En realidad, soy bastante egoísta. Y entonces le explica que no está siempre pensando en su hijo, que transcurren días enteros sin acordarse una sola vez de su marido. Tras una pequeña pausa, le confiesa lo sola que se encuentra, y que cuando no puede dormir por la noche, se pasa las horas pensando en lo que va a ser de ella. Parece que mi corazón está esperando algo, le explica. Soy egoísta.

ANCIANO: No, no eres egoísta.

NORIKO: Sí, lo soy.

ANCIANO: Eres una buena mujer. Una mujer decente.

NORIKO: No, en absoluto.

En ese punto, Noriko acaba derrumbándose y rompe a llorar, cubriéndose la cara con las manos y dando rienda suelta a las lágrimas: una mujer joven que ha sufrido en silencio durante tanto tiempo, una buena persona que se niega a creer que lo es, porque sólo los buenos dudan de su propia bondad, y eso es precisamente lo que los hace así. Los malos sí saben que son buenos, pero ellos lo ignoran. Se pasan la vida disculpando a los demás, pero no son capaces de perdonarse a sí mismos.

El anciano se pone en pie, y unos segundos después vuelve con el reloj, un anticuado cronómetro con una tapa metálica para proteger la esfera. Era de su mujer, dice a Noriko, y quiere que se quede con él. Acéptalo sólo por ella, le pide. Estoy seguro de que se habría alegrado.

Conmovida por el gesto, Noriko se lo agradece mientras las lágrimas le siguen corriendo por las mejillas. El anciano la observa con aire pensativo, pero sus designios nos resultan impenetrables, puesto que sus emociones quedan ocultas bajo una máscara de sombría neutralidad. Viendo llorar a Noriko, formula entonces una simple declaración, pronunciando las palabras con un tono tan directo y poco sentimental que producen en ella un nuevo acceso de llanto: sollozos interminables, arrebatados, lágrimas de una tristeza tan honda y dolorosa, que es como si se hubiera roto el núcleo más íntimo de su ser.

Quiero que seas feliz, dice el anciano.

Sólo una breve frase, y Noriko se derrumba, aplastada por el peso de su propia vida. Quiero que seas feliz. Mientras sigue llorando, el suegro hace una observación más antes de que concluya la escena. Qué raro, dice, casi con incredulidad. Tenemos hijos propios, y sin embargo tú eres la que más ha hecho por nosotros.

La acción pasa al colegio. Oímos cantar a los niños, y un momento después nos encontramos en el aula de la hija. Se oye a lo lejos el ruido del tren. La joven mira el reloj y se acerca entonces a la ventana. Pasa un tren con gran estruendo: el expreso de la tarde, que lleva a su querida cuñada de vuelta a Tokio.

Corte al tren propiamente dicho, y al ensordecedor ruido de las ruedas mientras giran vertiginosas a lo largo de las vías. Nos vemos precipitados hacia el futuro.

Momentos después, nos encontramos en el interior de uno de los vagones. Noriko va sola, con la mirada perdida en el vado, pensando en algo. Transcurren unos segundos, y entonces coge del regazo el reloj de su suegra. Abre la tapa, y de pronto oímos la manecilla pequeña haciendo tictac en torno a la esfera. Noriko examina el reloj, la expresión de su rostro a la vez triste y contemplativa, y mientras la vemos con el reloj en la palma de la mano, tenemos la impresión de contemplar el tiempo mismo, el tiempo que se acelera al ritmo del tren, impulsándonos hacia una vida más plena, pero también el tiempo como pasado, el pasado de la suegra muerta, el de Noriko, el pasado que vive en el presente, el que trasladamos con nosotros al futuro.

Resuena en nuestros oídos el estridente silbido del tren, un ruido cruel y desgarrador. *La vida es decepcionante, ¿verdad?*

Quiero que seas feliz.

Y entonces la escena concluye bruscamente.

Viudas. Mujeres solas. Una imagen de la sollozante Noriko en mi memoria. Imposible no pensar ahora en mi hermana, y la desdichada suerte que le tocó al casarse con un hombre que murió joven. Se ha ido abriendo paso en mi interior desde que empecé a pensar en mi guerra civil: el hecho de que nunca en la vida he tenido nada que ver con el ejército. Un accidente de nacimiento, la chiripa de haber venido al mundo en 1935, lo que me hizo demasiado joven para Corea y demasiado viejo para Vietnam, y luego la fortuna añadida de que me rechazaran en el ejército cuando me llamaron a filas en 1957. Dijeron que tenía un soplo en el corazón, lo que resultó incierto, y me declararon inútil para el servicio. Nada de guerras, pero la vez que más cerca me encontré con algo parecido a una, ocurrió cuando estaba con Betty y su segundo marido, Gilbert Ross. Era en 1967, el verano pasado hizo exactamente cuarenta años, y estábamos cenando los tres en el Upper East Side, por la avenida Lexington creo que era, en la calle Sesenta y seis o Sesenta y siete, en un restaurante chino hace tiempo desaparecido que se llamaba Sun Luck. Sonia estaba en Francia, en los alrededores de Lyon, visitando a sus padres con Miriam, que entonces tenía

siete años. Yo debía reunirme con ellas más adelante, pero de momento andaba enclaustrado en nuestro apartamento de Riverside Drive, parecido a una caja de zapatos, sudando la gota gorda con un artículo para *Harper's* sobre las últimas manifestaciones de poesía y narrativa norteamericanas inspiradas en la guerra de Vietnam: sin aire acondicionado, sólo un ventilador de plástico barato, venga a hacer notas y a escribir a máquina en calzoncillos mientras aguantaba otra ola de calor neoyorquina chorreando por todos los poros. No ganábamos mucho dinero por entonces, pero Betty era siete años mayor que yo y vivía holgadamente, como suele decirse, y por tanto se encontraba en condiciones de invitar a cenar de vez en cuando a su hermano menor. Después del fracaso de su primer matrimonio, que había durado demasiado, se había casado con Gil unos tres años antes. Una sabia elección, pensaba yo; o al menos eso parecía en aquella época. Gil se ganaba la vida como abogado laboralista y mediador de conflictos, pero además, a principios de los sesenta había entrado a formar parte de la corporación municipal de Newark en calidad de asesor jurídico, y cuando mi hermana y él vinieron a Nueva York aquella noche de hace cuarenta años, él iba al volante de un coche con matrícula oficial, provisto de un aparato de radio emisor-receptor. No guardo recuerdo alguno de la cena propiamente dicha, pero cuando volvimos al coche y Gil puso el motor en marcha para llevarme a casa, un raudal de frenéticas voces salió por la radio: comunicaciones policiales, supongo, que informaban de que el núcleo central del distrito de Newark era un auténtico pandemónium. Sin molestarse en ir a la parte alta de la ciudad para dejarme en casa, Gil enfiló derecho hacia el túnel de Lincoln, y así fue como puedo dar testimonio de uno de los peores disturbios raciales de la historia norteamericana. Más de veinte personas muertas, setecientos heridos, mil quinientos detenidos, y más de diez millones de dólares de daños a la propiedad. Recuerdo las cifras porque cuando Katya iba al instituto hace unos años, escribió un trabajo sobre racismo para su clase de Historia de América, y me hizo una entrevista sobre aquellos disturbios. Qué raro que se me hayan quedado esas cifras en la memoria, pero con tantas otras cosas que ya se me van escapando, me aferro a ellas como prueba de que no estoy acabado del todo.

Entrar en Newark aquella noche fue como internarse en uno de los círculos inferiores del infierno. Hordas enloquecidas corriendo por las calles, estrépito de cristales rotos mientras las vitrinas de las tiendas se hacían añicos una tras otra, edificios en llamas, aullido de sirenas, ruido de disparos. Gil se dirigió al Ayuntamiento, y nada más entrar nos dirigimos los tres al despacho del alcalde. Hugh Addonizio, un individuo calvo y voluminoso, con cuerpo en forma de pera, de cincuenta y tantos años, antiguo héroe de guerra, seis veces congresista, ya en su segundo mandato como alcalde, estaba sentado frente a su escritorio, completamente perdido, con lágrimas corriéndole por las mejillas. ¿Qué voy a hacer?, imploraba,

alzando la cabeza y mirando a Gil. ¿Qué coño voy a hacer?

Una imagen indeleble, nítida después de tantos años: la visión de aquella patética figura inmovilizada por la presión de los acontecimientos, un hombre paralizado por la desesperación mientras la ciudad estallaba a su alrededor. Entretanto, Gil se dedicó tranquilamente a sus gestiones, llamando al jefe de policía, hablando con el gobernador en Trenton, haciendo lo posible por entender la situación. En un momento dado, él y yo salimos del despacho y bajamos a la cárcel, situada en el sótano del edificio. Los calabozos estaban atestados de prisioneros, todos negros, y la mitad de ellos con la ropa desgarrada, sangre corriéndoles por la cabeza, el rostro tumefacto. No era difícil adivinar la causa de tales lesiones, pero Gil lo preguntó de todos modos. Uno por uno, la respuesta nunca variaba: del primero al último habían sido apaleados por la policía.

No mucho después volvimos al despacho del alcalde, en donde apareció un miembro de la policía estatal de Nueva Jersey, un tal coronel Brand o Brandt, individuo de unos cuarenta años con un estricto corte de pelo al rape, mentón cuadrado, mandíbulas apretadas, y la dura mirada de un infante de Marina a punto de embarcarse para una operación en territorio enemigo. Estrechó la mano a Addonizio, se sentó en una silla, y entonces pronunció estas palabras: Vamos a dar caza hasta el último negro de mierda de esta ciudad. Probablemente no debería haberme escandalizado, pero así fue. No por la declaración, quizá, sino por el escalofriante desprecio de la voz que la formuló. Gil le dijo que no utilizara ese tipo de lenguaje, pero el coronel se limitó a suspirar y sacudir la cabeza, desechando la recomendación de mi cuñado como si lo considerase un estúpido ignorante.

Aquella fue mi guerra. No una de verdad, quizá, pero cuando se es testigo de una violencia a esa escala, no es difícil vislumbrar algo peor, y una vez que la mente es capaz de representarse algo así, se comprende que el terreno que se pisa está abonado con las peores posibilidades de la imaginación. Si puede pensarse, es fácil que ocurra.

Aquel otoño, cuando se encontraba en la insostenible situación de tener que defender al Ayuntamiento de Newark en montones de juicios entablados por comerciantes con negocios destruidos durante los disturbios, Gil renunció a su puesto y nunca más volvió a trabajar para un organismo oficial. Quince años después, dos meses antes de cumplir los cincuenta y tres, murió.

Quiero evocar a Betty, pero para ello primero tengo que acordarme de Gil, y para pensar en mi cuñado tengo que remontarme a sus orígenes. Y, sin embargo, ¿cuánto sé? No mucho, en definitiva, nada más que unos cuantos hechos sustanciales, recabados de historias que Betty y él me contaron. Era el mayor de tres hermanos, hijo de un tabernero de Newark que, según decían, podía haber pasado por el doble de Babe Ruth. En determinado momento, Dutch Schultz arrebató con malas artes el negocio al padre de Gil, no sé bien cómo ni por qué, y unos años después su padre

murió de un ataque al corazón. Gil tenía once años por entonces, y como su padre había muerto en la ruina, lo único que heredó de él fue una hipertensión crónica y una enfermedad del corazón: diagnosticada por primera vez a los dieciocho años, se le presentó nada más cumplir los treinta y cuatro en forma de trombosis coronaria en toda regla, a la que siguió otra un par de años después. Gil era un hombre alto y enérgico, pero se pasó la vida entera con una sentencia de muerte circulando por sus venas.

Su madre volvió a casarse cuando él tenía trece años, y aunque su padrastro no tuvo inconveniente alguno en hacerse cargo de los dos chicos más jóvenes, no quiso saber nada de Gil, a quien puso de patitas en la calle con el consentimiento de la madre. Hablando de lo inconcebible: que tu propia madre te envíe al exilio, a Florida, a vivir con unos parientes durante el resto de tu infancia.

Después del instituto, volvió al Norte y empezó a estudiar en la Universidad de Nueva York, pero como andaba corto de dinero, se vio obligado a trabajar aquí y allá a tiempo parcial para salir a flote. Una vez, rememorando lo difíciles que fueron aquellos tiempos, me contó que solía ir a Ratner's, la antigua cafetería judía del Lower East Side, donde tras sentarse a una mesa decía al camarero que esperaría a su novia, que no tardaría en llegar. Uno de los principales atractivos de aquel local eran sus famosos panecillos. En cuanto uno tomaba asiento, aparecía un camarero y ponía sobre la mesa una cesta de panecillos, acompañada de una amplia provisión de mantequilla. Uno a uno, bien untados de mantequilla, Gil se comía hasta el último panecillo de la cesta, echando miradas al reloj de cuando en cuando, haciendo como si estuviera preocupado por la tardanza de su inexistente novia. Cuando la cesta se quedaba vacía, era automáticamente sustituida por otra llena, y luego la segunda por una tercera. Finalmente, la novia no aparecía, y Gil se marchaba de la cafetería con una expresión desengañada en las facciones. Al cabo de un tiempo, los camareros le pillaron el truco, pero no antes de que Gil alcanzara una marca personal de veintisiete panecillos gratis consumidos en una sola sentada.

La Facultad de Derecho, seguida de un airoso ejercicio de la abogacía y un creciente compromiso con el Partido Demócrata. Liberal de izquierdas, idealista, partidario de Stevenson para la candidatura a la presidencia de 1960, acompañante de Eleanor Roosevelt en la convención de Atlantic City, y después de John F. Kennedy, con quien tiene una fotografía (que obra en mi poder desde la muerte de Betty) en la que le estrecha la mano durante una visita que el presidente hizo a Newark en 1962 o 1963, momento en el cual Kennedy le dijo: Me han contado grandes cosas de usted. Pero todo eso se echó a perder después del desastre de Newark, y cuando dejó la política, Betty y él hicieron las maletas y se mudaron a California. Después de eso ya no los vi mucho, pero durante los seis o siete años siguientes supuse que todo iba bien. Gil intensificó la práctica de la abogacía, mi hermana abrió una tienda en

Laguna Beach (utensilios de cocina, manteles, molinillos y otros artículos domésticos de primera calidad), y aun cuando Gil tenía que tomar más de veinte pastillas al día para seguir viviendo, siempre que venía a casa en visita familiar, parecía estar en buena forma. Luego su salud empeoró. A mediados de los setenta, una serie de paradas cardíacas y otros quebrantos le hicieron casi imposible seguir en activo. Yo les enviaba lo que podía siempre que tenía oportunidad, y con Betty trabajando a tiempo completo para que pudieran salir adelante, Gil se pasaba entonces la mayor parte del día solo en casa, leyendo libros. Mi hermana mayor y su marido moribundo, a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia. Durante esos últimos años, me contó Betty, Gil le dejaba notas amorosas en los cajones de la cómoda, escondiéndoselas entre los sostenes, las bragas y las medias, y todas las mañanas cuando se despertaba y se vestía, encontraba un nuevo billet-doux en donde se declaraba que era la mujer más bella del mundo. Nada mal, en el fondo. Teniendo en cuenta las dificultades a que se enfrentaban, no estaba nada mal.

No me apetece pensar en el final: el cáncer, la definitiva estancia en el hospital, la indecente luz del sol que inundaba el cementerio la mañana del entierro. Ya he hurgado bastante en el pasado, pero aun así no puedo dejar de reseñar un postrer detalle, un último y desagradable revés. Cuando Gil murió, Betty tenía tantas deudas que pasó verdaderos apuros para pagar el entierro. Yo estaba dispuesto a ayudarla, pero ya me había pedido dinero en tantas ocasiones que no se atrevió a hacerla otra vez. En lugar de dirigirse a mí, recurrió a su suegra, la infame mujer que había consentido que echaran de casa a Gil cuando apenas era un muchacho. No recuerdo su nombre (probablemente porque era objeto del mayor de mis desprecios), pero hacia 1980 ya se había casado por tercera vez, con un hombre de negocios jubilado que, mire usted por dónde, era inmensamente rico. En cuanto a su segundo marido, no sé si su salida de escena se debió a la muerte o al divorcio; pero no importa. El marido rico número tres poseía una amplia parcela familiar en el cementerio de una localidad del sur de Florida, y mi hermana logró convencerlo para que permitiera que Gil fuera enterrado allí. Menos de un año después murió el tercer marido, y estalló una guerra encarnizada, balzaquiana, por la herencia entre sus hijos y la madre de Gil. La llevaron a juicio, lo ganaron, y si quería salir del trance con algo de dinero, una de las condiciones del arreglo era que los restos de Gil fueran sacados de la parcela familiar. Hay que imaginárselo. La mujer echa de casa a su hijo menor de edad, y luego, por un puñado de dinero, lo saca de la tumba donde descansa en paz. Cuando Betty me llamó para contarme lo que había pasado, estaba llorando. En la muerte de Gil había aguantado el tipo con una especie de elegancia sombría, estoica, pero no pudo con aquello, y se derrumbó, perdiendo completamente el dominio de sí misma. Para cuando Gil fue exhumado y enterrado de nuevo, mi hermana ya no era la misma.

Duró cuatro años más. Viviendo sola en un pequeño apartamento a las afueras de

Nueva Jersey, empezó a ganar peso, se puso muy gruesa, contrajo diabetes al poco tiempo, se le obstruyeron las arterias, y acumuló un abultado historial de otras dolencias. Me dio ánimos cuando Oona me dejó y acabó nuestro catastrófico matrimonio de cinco años, se alegró de que Sonia y yo volviéramos a estar juntos, veía a su hijo cuando su mujer y él iban en avión desde Chicago, asistía a celebraciones familiares, se pasaba todo el día apoltronada frente al televisor, seguía siendo capaz de contar un chiste bueno siempre que se sentía inspirada, y se convirtió en la persona más triste que he conocido. En la primavera de 1987, su asistente me llamó una mañana en un estado cercano a la histeria. Acababa de entrar en el apartamento de Betty, sirviéndose de la llave que le habían entregado para que pudiera cumplir sus tareas de limpieza semanal, y había encontrado a mi hermana tendida en la cama. Pedí el coche prestado al vecino, me fui a Nueva Jersey, e identifiqué su cadáver ante la policía. La conmoción de verla así: tan quieta, tan lejana, tan tremenda, horrorosamente muerta. Cuando me preguntaron si queda que le hicieran la autopsia en el hospital, les dije que no se molestaran. Sólo cabían dos posibilidades. O bien su organismo no había dado más de sí o había tomado pastillas, y yo no quería saber la respuesta, porque ninguna de las dos perspectivas habría explicado lo que le había pasado en realidad. Betty murió de tristeza. Algunos se ríen al oír esta frase, pero eso es porque no saben nada de las cosas de la vida. La gente se muere de pena. Ocurre todos los días, y seguirá sucediendo hasta el fin de los tiempos.

No, no me he olvidado. La tos me ha mandado dando tumbos hacia otra zona, pero ya estoy de vuelta, y Brick sigue conmigo. Contra viento y marea, a pesar de esa lúgubre excursión al pasado, pero ¿cómo impedir que la mente salga por pies en la dirección que más le apetezca? La mente tiene mentalidad propia. ¿Quién dijo eso? Alguien, a menos que se me acabe de ocurrir, aunque no importa mucho. Acuñando frases, inventando historias en plena noche: vamos avanzando, pequeñas mías, y por doloroso que sea este desastre, no le falta poesía, tampoco, siempre y cuando se encuentren palabras para expresarlo, y suponiendo que existan tales palabras. Sí, Miriam, la vida es decepcionante. Pero yo también quiero que seas feliz.

No hay que apurarse. Voy con cautela porque veo que la historia puede tomar un camino u otro, y todavía no he decidido el sentido que quiero darle. ¿Esperanza o desaliento? Existen ambas posibilidades, y ninguna de las dos me satisface plenamente. ¿Podemos tirar por el camino de en medio después de semejante comienzo, después de dejar estupefacto al pobre Brick y arrojarlo a los lobos? Probablemente no. Concita, entonces, pensamientos oscuros, y ve al fondo de la cuestión, sigue hasta el final.

Ya le han puesto la inyección. Brick se precipita en la negrura sin fondo de la

inconsciencia, y horas más tarde abre los ojos y descubre que está en la cama con Flora. Es por la mañana temprano, las siete y media o las ocho, y mientras Brick contempla la desnuda espalda de su mujer dormida, se pregunta si no ha estado todo el tiempo en lo cierto, si las horas que ha pasado en Wellington no han formado parte de un mal sueño, vívido y repugnante. Pero entonces, al mover la cabeza sobre la almohada, siente que el apósito de Virginia le tira en la cara, y cuando se pasa la lengua por el borde del incisivo astillado, no tiene más remedio que afrontar los hechos: ha estado allí, y todo lo que le ha pasado en ese sitio ha sido real. De momento, sólo puede aferrarse desesperadamente a un improbable clavo ardiendo: ¿y si los dos días transcurridos en Wellington no fueran sino un abrir y cerrar de ojos en este mundo? ¿Y si Flora no se ha enterado de que se ha movido de ahí? Eso resolvería el problema de tener que explicar dónde ha estado, porque Brick es consciente de que la verdad es difícil de asimilar, sobre todo para una mujer celosa como Flora, y aunque la verdad suene a mentira, le falta energía o fuerza de voluntad para inventar una historia que parezca más plausible, algo que aplaque sus sospechas y le haga comprender que sus dos días de ausencia no tienen nada que ver con otra mujer.

Lamentablemente para él, el reloj de ambos mundos marca la misma hora. Ella es consciente de su desaparición, y cuando se da la vuelta en la cama y se topa inesperadamente con él, al instante se despierta sobresaltada. La zozobra de Brick se calma ante la alegría que desbordan los intensos ojos castaños de Flora, y de pronto se avergüenza de sí mismo, abochornado por haber dudado alguna vez del amor que su mujer siente hacia él.

¿Owen?, inquiera ella, atreviéndose apenas a creer lo que ha sucedido. ¿Eres tú, de verdad?

Sí, Flora, contesta él. He vuelto.

Ella le echa los brazos al cuello, apretándolo fuertemente contra su piel suave y desnuda. Casi me vuelvo loca *de remate*, dice, haciendo vibrar la erre con una enérgica trepidación de la lengua. *Loca perdida*. Entonces, cuando le ve el apósito en la mejilla y los cardenales en torno a la boca, su expresión se transforma en alarma. ¿Qué te ha pasado?, le pregunta. Te han dado una paliza, cariño.

Brick tarda una hora en darle plena cuenta de su misterioso viaje a la otra Norteamérica. Lo único que no menciona es la última observación de Virginia sobre seducirlo, llevárselo a la cama y matarlo a polvos, pero se trata de un detalle sin importancia, y no ve razón para poner furiosa a Flora con asuntos que tienen poco que ver con la historia. Lo más asombroso viene hacia el final, cuando intenta recapitular su conversación con Frisk. En el momento en que se produjo apenas tuvo sentido para él, y ahora que está en su casa, sentado en la cocina y tomando café con su mujer, toda esa cháchara de diversas realidades y múltiples mundos soñados e

imaginados por otras mentes le parece un hatajo de sandeces. Sacude la cabeza, como disculpándose por la chapuza de su relato. Pero la inyección era de verdad, afirma. Y la orden de matar a August Brill era real. Y si no lleva a cabo la misión, Flora y él vivirán en constante peligro.

Hasta ahora, Flora ha escuchado en silencio, pacientemente, viendo cómo su marido le cuenta esa historia absurda y ridícula, que ella considera como el montón de chorradas más grande que mente humana haya parido jamás. En circunstancias normales, se habría puesto hecha una furia y lo habría acusado de ponerle los cuernos, pero no se trata de una situación corriente, y Flora, que conoce hasta el último de los defectos de Brick, que lo ha criticado centenares de veces durante sus tres años de matrimonio, en ninguna ocasión lo ha llamado mentiroso, y ante el despropósito que acaba de contarle, se queda pasmada, sin saber qué decir.

Sé que parece increíble, observa Brick. Pero es absolutamente cierto, hasta el último detalle.

¿Y esperas que me lo crea, Owen?

Casi no me lo creo yo mismo. Pero todo ocurrió de verdad, Flora, exactamente como te lo he contado.

¿Me tomas por idiota?

Pero ¿qué dices?

O crees que soy idiota o te has vuelto loco.

No creo que seas idiota, y no me he vuelto loco.

Pareces uno de esos chiflados. Ya sabes, uno de esos tíos secuestrados por extraterrestres. ¿Qué aspecto tenían los marcianos, Owen? ¿Salieron de una nave muy grande?

Déjalo ya, Flora. No tiene gracia.

¿Gracia? ¿Quién trata de hacerse el gracioso? Yo sólo quiero saber dónde has estado.

Ya te lo he dicho. No creas que no he estado tentado de inventarme otra historia. Alguna estupidez sobre sufrir un atraco y perder la memoria durante dos días. O ser atropellado por un coche. O caerme por las escaleras del metro. Alguna bobada por el estilo. Pero decidí contarte la verdad.

A lo mejor es cierto. En realidad, te han dado una paliza. Puede que te hayas pasado dos días tirado en un callejón, y has soñado todo este asunto.

Entonces, ¿por qué tengo esto en el brazo? Me lo puso una enfermera después de que me pincharan. Es lo último de que me acuerdo antes de abrir los ojos esta mañana.

Brick se remanga el brazo izquierdo, se señala un pequeño apósito de color carne, y se lo arranca con la mano derecha.

Fíjate, le dice. ¿Ves esa costrita? Es el sitio por donde me entró la aguja.

Eso no significa nada, responde Flora, desechando la única prueba evidente que Brick puede aportar. Esa costra te puede haber salido por infinidad de causas diferentes.

Cierto. Pero el caso es que ha pasado de una sola manera, del modo en que te lo he contado. Es de la aguja de Frisk.

De acuerdo, Owen, concluye Flora, tratando de no perder los estribos, quizá debamos dejar de hablar de eso ahora. Estás en casa. Eso es lo único que me importa. Por Dios, cariño, no sabes por lo que he pasado estos dos días. Me he vuelto loca, pero loca de verdad, quiero decir. Creí que habías muerto. Pensé que me habías abandonado. Me imaginé que estabas con otra chica. Y ahora has vuelto. Es como un milagro, y si quieres saber la verdad, en realidad no me importa lo que haya pasado. Te has ido, y has vuelto. Y se acabó, ¿vale?

No, Flora, no vale. He vuelto, pero la historia no se ha acabado. Tengo que ir a Vermont y matar a Brill. No sé el plazo que me habrán concedido, pero no puedo quedarme de brazos cruzados y esperar mucho tiempo. Si no lo hago, vendrán por nosotros. Una bala para ti y otra para mí. Eso es lo que dijo Frisk, y no estaba de broma.

Brill, gruñe Flora, pronunciando ese nombre como si fuera un insulto en una lengua extranjera. Apuesto a que ni siquiera existe.

He visto su foto, ¿recuerdas?

Una foto no prueba nada.

Eso es exactamente lo que dije a Frisk cuando me la enseñó.

Bueno, hay una forma de averiguarlo, ¿no? Si es un escritor célebre, tendrá que estar en Internet. Vamos a buscarlo en mi ordenador.

Frisk me dijo que había ganado el Pulitzer hace unos veinte años. Si su nombre no figura en la lista de premios, entonces estamos salvados. Y si viene, entonces cuidado, pequeña Flora. Andamos metidos en un buen lío.

No vendrá, Owen. Descuida. Brill no existe, de manera que su nombre no puede aparecer.

Pero ahí está. August Brill, ganador del Pulitzer de crítica en 1984. Siguen mirando, y al cabo de unos minutos han descubierto grandes cantidades de información, incluidos datos biográficos del *Quién es Quién en Norteamérica* (nacido en 1935, ciudad de Nueva York; casado con Sonia Weil en 1957, divorciado en 1975; casado con Oona McNally en 1976, divorciado en 1981; una hija, Miriam, nacida en 1960; licenciado en Filosofía y Letras por Columbia, en 1957; doctor honoris causa por el Williams College y el Pratt Institute; miembro de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias; autor de más de mil quinientos artículos, críticas y columnas para revistas y periódicos; redactor jefe del suplemento literario del *Boston Globe*, 1972-1991), una página web que contiene más de cuatrocientos artículos suyos

escritos entre 1962 y 2003, así como una serie de fotografías de Brill a los treinta, cuarenta y cincuenta y tantos años, que no arrojan duda de que sean versiones más jóvenes del anciano en la silla de ruedas colocada frente a la casa de madera blanca de Vermont.

Brick y Flora están sentados uno junto a otro frente a un pequeño escritorio en la alcoba, los ojos fijos en la pantalla que tienen delante, demasiado asustados para dirigirse la mirada mientras ven cómo se pulverizan sus esperanzas. Finalmente, Flora apaga el portátil y, con voz trémula, dice en un susurro: Supongo que estaba equivocada, ¿no?

Brick se pone en pie y empieza a deambular por la habitación.

¿Me crees ahora?, pregunta. Ese Brill, ese puñetero August Brill... No había oído hablar de él hasta ayer. ¿Cómo podría habérmelo inventado? No soy lo bastante listo para que se me haya ocurrido la mitad de las cosas que te he contado, Flora. No soy más que un tío que hace trucos de magia para críos pequeños. No leo libros, no sé nada de crítica literaria, y no me interesa la política. No me preguntes cómo, pero acabo de venir de un sitio que está envuelto en una guerra civil. Y ahora tengo que matar a un hombre.

Se sienta al borde de la cama, abrumado por la crudeza de su situación, por la tremenda injusticia de lo que le ha sucedido. Observando a Brick con aire de preocupación, Flora va hacia él y se sienta a su lado. Lo rodea con los brazos, apoya la cabeza en su hombro, y declara:

Tú no vas a matar a nadie.

Tengo que hacerlo, contesta Brick, con la vista fija en el suelo.

No sé lo que debo o no debo pensar, Owen, pero te digo ahora que no vas a matar a nadie. Vas a dejar en paz a ese hombre.

No puedo.

¿Por qué crees que me casé contigo? Porque eres buena persona, amor mío, un hombre afable y honrado. No me casé con un asesino. Me he casado contigo, mi divertido Owen Brick, y no voy a quedarme quieta dejando que mates a alguien y te pases el resto de la vida en la cárcel.

No estoy diciendo que me apetezca hacerlo. Sólo que no tengo otro remedio.

No hables así. Todo el mundo puede elegir. Y, además, ¿qué te hace pensar que tienes condiciones para eso? ¿Acaso te figuras entrando en casa de ese hombre, apuntándole con una pistola a la cabeza y disparándole un tiro a sangre fría? Ni por lo más remoto, Owen. Tú no eres capaz de algo así. Gracias a Dios.

Brick sabe que Flora tiene razón. Jamás podría matar a un inocente desconocido, ni aunque le fuera la vida en ello: y sin duda se la juega. Deja escapar un largo y estremecido suspiro, acaricia luego la cabeza de Flora y dice:

¿Qué tengo que hacer entonces?

Nada.

¿Qué quieres decir con nada?

Empezamos a vivir otra vez. Tú te dedicas a tu trabajo, yo al mío. Comemos, dormimos y pagamos los recibos. Fregamos los cacharros y pasamos la aspiradora. Hacemos un niño juntos. Me metes en la bañera y me lavas el pelo. Yo te froto la espalda. Aprendes nuevos trucos. Vamos a ver a tus padres y escuchamos a tu madre mientras se queja de su salud. Seguimos adelante, cariño, viviendo nuestra modesta vida. Eso es lo que estoy diciendo. Nada.

Pasa un mes. Durante la semana siguiente a la vuelta de Brick, a Flora no le viene el periodo, y una prueba de embarazo casera les da la noticia de que si todo va bien, serán padres para el próximo mes de enero. Celebran el resultado positivo de la prueba yendo a un restaurante de moda en Manhattan que está mucho más allá de sus posibilidades económicas, se toman una botella entera de champán francés antes de pedir la comida, y luego se dan un hartazgo con un descomunal filete de costillar para dos, que según afirma Flora es de una carne casi tan buena como la de Argentina. Al día siguiente, en su segunda visita, el dentista coloca a Brick una funda en el incisivo izquierdo, y el mago reanuda luego su carrera como el Gran Zavello. Corriendo de un lado para otro de la ciudad en su destartado Mazda amarillo, se pone la capa y actúa en colegios, asilos de ancianos, centros comunitarios y fiestas privadas, sacándose palomas y conejos de la chistera, haciendo desaparecer pañuelos de seda, sacando huevos del aire, y transformando aburridos periódicos en vistosos ramos de pensamientos, tulipanes y rosas. Flora, que dejó el servicio de banquetes dos años antes y trabaja ahora de recepcionista en la consulta de un médico de Park Avenue, pide un aumento de sueldo de veinte dólares y su jefe se lo niega. Estalla en una rabieta de orgullo herido y sale del edificio hecha un basilisco, pero cuando se lo cuenta a su marido por la noche, Brick la convence de que vuelva al día siguiente y pida disculpas al doctor Sontag, cosa que hace, y como el doctor no quiere perder a una empleada tan trabajadora y competente, recompensa a Flora con un aumento de diez dólares, que es lo que ella esperaba en un principio. El dinero es, sin embargo, un problema que hay que resolver, y con un hijo de camino, Brick y Flora se preguntan si estarán en condiciones de alimentar a esa tercera boca con lo que ganan ahora. En un sombrío domingo por la tarde hacia finales de mes, incluso discuten la posibilidad de que Brick vaya a trabajar con su primo Ralph, dueño de una acreditada inmobiliaria de Park Slope. La magia tendría que pasar a ser una ocupación a tiempo parcial, poco más que una afición practicada en sus días libres, y Brick es reacio a adoptar medida tan drástica, jurando encontrar actuaciones mejor pagadas que les faciliten el respiro económico que necesitan. Entretanto, no ha olvidado su visita a la otra Norteamérica. Wellington aún le quema en su interior, y no pasa un día sin pensar en Tobak, Molly Wald, Duke Rothstein, Frisk, y, lo más inquietante de todo,

en Virginia Blaine. No puede evitarlo. Flora ha estado de lo más cariñosa con él desde su vuelta, transformándose en la amante compañera que él siempre había soñado, y aunque no hay duda de que él la corresponde, Virginia siempre está ahí, acechando en un rincón de su mente, poniéndole el apósito en la cara con suma delicadeza y diciéndole cuánto desea seducirlo y llevárselo a la cama. Como compensación, quizá, empieza a leer los artículos antiguos de Brill en Internet — siempre en secreto, desde luego, porque no quiere que Flora sepa que sigue pensando en el hombre a quien le han ordenado matar— y cuando se topa con alguna reseña sobre un libro que parece interesante, lo examina en la biblioteca. Antes solía pasar la velada viendo la televisión con Flora en el sofá del cuarto de estar. Ahora se tumba en la cama a leer libros. Hasta el momento, sus descubrimientos más importantes son Chéjov, Calvino y Camus.

De ese modo prosiguen Brick y Flora el ritmo de su insignificante vida conyugal, esa vida insignificante a la que ella lo ha atraído de nuevo con el sentido común de una mujer que no cree en otros mundos, que sabe que sólo existe la realidad presente de la que forman parte esencial la anestesiante rutina, las breves trifulcas y las preocupaciones económicas, que intuye que a pesar de los dolores, el tedio y las decepciones, nunca estaremos más cerca del paraíso de lo que estamos en este mundo. Tras las horribles horas pasadas en Wellington, eso es también lo único que quiere Brick, la ajetreada inercia de Nueva York, el cuerpo desnudo de su pequeña Floratina, su trabajo de Gran Zavello, su hijo nonato creciendo de manera invisible a medida que pasan los días, y sin embargo, en lo más hondo de su ser, sabe que está condenado por su visita al otro mundo y que antes o después todo llegará a su fin. Piensa en coger el coche y marcharse a Vermont para hablar con Brill. ¿Sería posible convencer al anciano para que dejara de pensar en su historia? Intenta imaginarse la conversación, trata de invocar las palabras que utilizaría para exponer su argumentación, pero lo único que llega a ver es a Brill mofándose de él, con la incrédula risa de un desconocido que le toma por imbécil, por retrasado mental, y que rápidamente lo echa de su casa. Así que Brick no hace nada, y justo un mes después de su regreso de Wellington, al anochecer del 21 de mayo, cuando está sentado con Flora en el cuarto de estar, mostrando un nuevo truco de cartas a su risueña esposa, llaman a la puerta. Sin necesidad de pensarlo, Brick ya sabe lo que pasa. Dice a Flora que no abra la puerta, que se meta corriendo en la habitación y salga por la escalera de incendios tan rápidamente como pueda, pero la obstinada, independiente Flora, ignorante de la apurada situación en que se encuentran, se burla de sus nerviosas instrucciones y hace exactamente lo contrario de lo que le dice su marido. Levantándose de un salto del sofá, antes de que él pueda cogerla del brazo, se dirige a la puerta haciendo una pirueta burlona y la abre de par en par. Hay dos hombres inmóviles en el umbral, Lou Frisk y Duke Rothstein, y como cada uno de ellos

empuña un revólver con el que apuntan a Flora, Brick no se mueve de su sitio en el sofá. Teóricamente, aún puede intentar la huida, pero en cuanto se ponga en pie, la madre de su hijo estará muerta.

¿Quién coño sois vosotros?, inquiera Flora con voz chillona, llena de furia.

Siéntate junto a tu marido, replica Frisk, haciendo un gesto con la pistola hacia el sofá. Tenemos que hablar con él de cierto asunto.

Volviéndose a Brick con una expresión de angustia en el rostro, Flora pregunta:

¿Qué es lo que pasa, cariño?

Ven aquí, contesta Brick, dando una palmada en el asiento del sofá con la mano derecha. Esas pistolas no son de juguete, tienes que hacer lo que te dicen.

Por una vez, Flora no se resiste, y mientras los dos hombres entran en el apartamento y cierran la puerta, vuelve al sofá y se sienta al lado de su marido.

Éstos son mis amigos, le dice Brick. Duke Rothstein y Lou Frisk. ¿Recuerdas que te he hablado de ellos? Bueno, pues ahí los tienes.

La leche puta, murmura Flora, pero ya medio muerta de miedo.

Frisk y Rothstein se sientan en dos sillones frente al sofá. Los naipes que antes servían para ilustrar el truco de magia están esparcidos a lo largo y ancho de la mesita baja que hay entre ellos. Cogiendo una carta y volviéndola del revés, Frisk declara:

Me alegro de que te acuerdes de nosotros, Owen. Empezábamos a tener nuestras dudas.

No te preocupes, le recomienda Brick. Nunca se me olvida una cara.

¿Cómo va tu diente?, pregunta Rothstein, esbozando lo que parece una mezcla de mueca y sonrisa.

Mucho mejor, gracias, contesta Brick. He ido al dentista, y me han puesto una funda.

Siento haberte sacudido tan fuerte, pero órdenes son órdenes, y tenía que cumplir con mi obligación. Tácticas de ablandamiento. Me parece que no han dado muy buen resultado, ¿verdad?

¿Te han apuntado alguna vez con una pistola?, quiere saber Frisk.

Lo creas o no, contesta Brick, ésta es la primera vez. Parece que te lo tomas bastante bien.

Lo he ensayado tantas veces en mi imaginación, que tengo la impresión de que ya me ha pasado antes.

Lo que significa que nos estabas esperando.

Pues claro que os esperaba. La única sorpresa es que no os hayáis presentado antes.

Pensamos en darte un mes. Es una misión difícil, y nos pareció justo darte un poco de tiempo para que te fueras preparando. Pero ya han pasado treinta días, y seguimos sin ver resultado alguno. ¿Quieres explicarte?

No puedo hacerlo. Eso es todo. Sencillamente soy incapaz.

Mientras tú andabas holgazaneando en Jackson Heights, la guerra ha ido de mal en peor. Los federales han lanzado una ofensiva de primavera, y casi todas las ciudades de la Costa Este han sufrido algún ataque. Operación Unidad, la llaman. Un millón y medio más de muertos mientras tú estabas aquí sentado, luchando con tu conciencia. Hace tres semanas invadieron las ciudades de Saint Paul y Minneapolis, y la mitad de Minnesota está otra vez bajo control federal. Grandes extensiones de Idaho, Wyoming y Nebraska se han convertido en campos de prisioneros. ¿Quieres que siga?

No, no, me hago una idea.

Tienes que hacerlo, Brick.

Lo siento. No puedo.

Recuerdas las consecuencias, ¿no es así?

¿Es que no habéis venido a eso?

Todavía no. Vamos a darte un plazo límite. Una semana a partir de hoy. Si a medianoche del veintiocho aún no te has encargado de Brill, Duke y yo volveremos, y la próxima vez nuestras pistolas estarán cargadas. ¿Me oyes, cabo? De hoy en ocho días, de otro modo tu mujer y tú moriréis por nada.

No sé qué hora es. Las manecillas del reloj despertador no están iluminadas, y no me apetece volver a encender la lámpara y someterme a los cegadores rayos de la bombilla. Siempre pienso en decir a Miriam que me compre uno de esos artilugios que relucen en la oscuridad, pero cuando me levanto por la mañana se me olvida. La luz borra los pensamientos, y no vuelvo a acordarme hasta que estoy otra vez en la cama, despierto como ahora, mirando al techo invisible de mi nebulosa habitación. No estoy seguro, pero calculo que serán entre la una y media y las dos. La noche avanza despacio, paso a paso...

Lo de la página web fue idea de Miriam. De haber sabido lo que tramaba, le habría recomendado que no perdiera el tiempo, pero lo mantuvo en secreto (en connivencia con su madre, que había ido guardando hasta el último extracto de todo lo que yo publicaba), y cuando vino a Nueva York a la cena de mi septuagésimo cumpleaños, me llevó a mi despacho, encendió mi portátil, y me enseñó lo que había hecho. Los artículos casi no valían la pena, pero la idea de mi hija pasándose horas y horas tecleando todos esos viejos artículos míos —*para la posteridad*, según dijo— me desarmó por completo, y no supe qué decir. En general, mi reacción ante las escenas emotivas consiste en desmontarlas con una sarcástica ocurrencia o alguna observación sabihonda, pero aquella noche sencillamente estreché a Miriam entre mis brazos y no dije nada. Sonia rompió a llorar, claro está. Siempre lloraba cuando se sentía feliz, pero en aquella ocasión sus lágrimas fueron especialmente tremendas y

penosas para mí, porque acababan de detectarle el cáncer sólo tres días antes y el pronóstico era poco claro, nada seguro en el mejor de los casos. Nadie dijo una palabra sobre ello, pero los tres sabíamos que quizá no estaría con nosotros para mi próximo aniversario. Según resultó, un año era albergar demasiadas esperanzas.

No debería hacer esto. Me he prometido no caer en la trampa de pensar en Sonia ni evocar recuerdos de ella: no dejarme llevar. No puedo derrumbarme ahora y sumirme en el abatimiento, llenándome de amargura y reproches hacia mí mismo. Podría empezar a aullar y despertar a las chicas, que duermen en la planta superior; o si no, pasarme unas cuantas horas pensando en formas más refinadas y tortuosas de matarme. Esa tarea ha quedado reservada para Brick, el protagonista de la historia de esta noche. Quizá explique eso la razón por la cual Flora y él encienden el ordenador y consultan la página web de Miriam. Parece importante que el protagonista de mi historia llegue a conocerme un poco, a enterarse de la clase de persona con quien se las tiene que ver, y ahora que se ha zambullido en algunos de los libros que he recomendado, finalmente hemos empezado a establecer un vínculo. Esto se está convirtiendo en una broma más bien complicada, supongo, pero el caso es que el personaje Brill no entraba en mis planes originales. La mente que fraguó la guerra iba a ser la de otro, un personaje inventado, tan quimérico como Brick, Flora, Tobak y todos los demás, pero cuanto más avanzo, más comprendo lo mucho que me estaba engañando a mí mismo. La historia trata de un hombre que debe matar a la persona que lo ha creado, ¿y por qué fingir que no soy yo esa persona? Incluyéndome en la narración, la historia se hace real. O lo contrario, yo me vuelvo irreal: un producto más de mi propia imaginación. En cualquier caso, el efecto es más satisfactorio, está más en armonía con mi estado de ánimo: sombrío, pequeñas mías, tan oscuro como la noche de obsidiana que me rodea.

No hago más que decir tonterías, dejando que mis pensamientos fluyan atropelladamente para mantener a Sonia dentro de ciertos límites, pero a pesar de mis esfuerzos, sigue ahí, la omnipresente ausente, que tantas noches pasó en esta cama conmigo, y que ahora yace en una fosa del Cimetière Montparnasse, mi mujer francesa durante dieciocho años, de la que pasé nueve separado, para estar luego otros veintiuno a su lado, treinta y nueve años juntos en total, cuarenta y uno si contamos los dos años que tardamos en casarnos, más de la mitad de mi vida, y nada me queda de ella salvo unas cajas de fotografías y siete elepés rayados, los discos que grabó en los sesenta y setenta, Schubert, Mozart, Bach, y la suerte de oír su voz de nuevo, esa menuda pero preciosa voz, tan empapada de sentimiento, tan característica de su personalidad. Fotografías... y música... y Miriam. Me dejó a nuestra hija, también, que no debe pasarse por alto, la niña que ya ha dejado de serlo, y qué extraño pensar que ahora me encontraría perdido sin ella, borracho todas las noches, sin duda, si no muerto o con la vida prolongada artificialmente en algún hospital.

Cuando me dijo que viniera a vivir con ella después del accidente, rechacé cortésmente su invitación, explicándole que ya tenía ella demasiadas tribulaciones sin añadirme a mí a la lista. Me cogió de la mano y me dijo: No, papá, no lo entiendes. Me haces falta. Estoy tan puñeteramente sola en esta casa que no sé cuánto tiempo más podré aguantar. Necesito a alguien con quien hablar. Alguien a quien mirar, que esté presente a la hora de cenar, que me abrace de vez en cuando y me diga que no soy una persona horrible.

Lo de *persona horrible* debe ser de Richard, un epíteto que salió disparado de su boca durante una desagradable pelea al término de su matrimonio. La gente dice las cosas más tremendas en un arrebato de ira, y me duele que a Miriam se le quedaran grabadas esas palabras, considerándolas como un juicio definitivo sobre su carácter, una condena de quién es y de lo que es. Esa chica posee en su interior una insondable bondad, de la clase que se mortifica a sí misma, como la que Noriko encarna en la película, y precisamente por eso, casi de forma inevitable, aunque fue Richard quien abandonó el barco, ella sigue echándose la culpa de lo que pasó. No sé si le habré servido de mucha ayuda, pero por lo menos no está sola. Antes de que mataran a Titus ya habíamos conseguido cierta normalidad, y sólo quiero que recuerdes esto, Miriam: cuando Katya tuvo problemas, no acudió a su padre, sino a ti.

Frisk y Rothstein ya se han marchado del apartamento. En el momento en que se cierra la puerta a su espalda, Flora empieza a blasfemar en español, soltando de corrido todo un torrente de improperios que Brick es incapaz de comprender, pues su conocimiento de ese idioma se limita únicamente a unas cuantas palabras, principalmente *hola* y *adiós*, y sin embargo no la interrumpe, encerrándose en sí mismo durante esos treinta segundos de incompreensión para ponderar el dilema al que se enfrenta y pensar lo que debe hacer. Le parece raro, pero por lo visto se ha liberado del miedo que lo atenazaba, y aunque sólo unos minutos antes tenía el convencimiento de que iban a matarlos a Flora y a él, en lugar de verse presa de temblores y estremecimientos tras el inesperado indulto, siente que lo invade una gran calma. Ha visto la muerte en la forma del revólver de Frisk, y aunque ya no tiene delante la pistola, la muerte sigue con él: como si fuera lo único que poseyera en este momento, como si la vida que le quedara por vivir se la hubiera robado ya esa muerte. Y si Brick está condenado, entonces lo primero que debe hacer es proteger a Flora enviándola lo más lejos posible de él.

Brick se encuentra tranquilo, pero eso no parece tener efecto alguno en su mujer, que se muestra cada vez más desasosegada.

¿Qué vamos a hacer?, pregunta. Por Dios, Owen, no podemos quedarnos aquí cruzados de brazos, esperando que vuelvan. No quiero morir. Es muy absurdo morir a los veintisiete años. No sé..., a lo mejor podemos huir y escondernos en alguna parte.

No serviría de nada. Adondequiera que fuéramos, acabarían encontrándonos.

Entonces, quizá debieras matar a ese anciano, después de todo.

Ya hemos hablado de eso. Tú estabas en contra, ¿recuerdas?

En aquel momento no sabía nada. Ahora sí.

No sé qué diferencia hay. Soy incapaz de hacerlo, y aunque pudiera, iría a parar a la cárcel.

¿Quién dice que fueran a cogerte? Si concibes un buen plan, a lo mejor sales bien librado.

Déjalo ya, Flora. Tú no quieres que yo haga eso, ni yo tampoco.

De acuerdo. Entonces vamos a contratar a alguien que lo haga por ti.

Ya vale. No vamos a matar a nadie. ¿Me entiendes?

Entonces, ¿qué? Si no hacemos algo, de hoy en ocho días estaremos muertos.

Voy a mandarte fuera. Ése es el primer paso. Te vuelves con tu madre a Buenos Aires.

Pero si acabas de decir que vayamos adonde vayamos terminarán encontrándonos.

Tú no les interesas. A quien persiguen es a mí, y una vez que estemos separados, no van a molestarse contigo.

Pero ¿qué estás diciendo, Owen?

Sólo que quiero que estés a salvo.

¿Y qué hay de ti?

No te preocupes. Ya se me ocurrirá algo. No voy a dejar que me maten esos dos fanáticos, te lo prometo. Vas a visitar a tu madre una temporada, y cuando vuelvas te estaré esperando en este apartamento. ¿Entendido?

No me gusta esto, Owen.

No tiene que gustarte. Sólo tienes que hacerlo. Por mí.

Esa noche reservan un vuelo de ida y vuelta a Buenos Aires, y a la mañana siguiente Brick lleva a Flora al aeropuerto. Es consciente de que es la última vez que la ve, pero lucha por mantener la compostura y no revela el menor indicio de la angustia que lo consume por dentro. Cuando se despide de ella dándole un beso frente a la entrada de seguridad, en medio de una multitud de viajeros y personal uniformado del aeropuerto, Flora rompe de pronto a llorar. Brick la estrecha en sus brazos y le acaricia la cabeza, pero ahora que siente su cuerpo convulso contra el suyo, y que sus lágrimas le empapan la camisa y le humedecen la piel, ya no sabe qué decir.

No me obligues a marcharme, suplica Flora.

Nada de lágrimas, le susurra. Sólo son diez días. Para cuando vuelvas a casa, todo habrá terminado.

Y de qué manera, piensa él mientras sube al coche y sale del aeropuerto en

dirección a su casa de Jackson Heights. En ese momento, está firmemente decidido a cumplir su palabra: evitar otro encuentro con Rothstein y Frisk, quedarse en el piso hasta que vuelva Flora: pero eso no significa que piense seguir con vida.

Así que ahora es un suicidio, recuerda haberle dicho a Frisk.

Indirectamente, sí.

Brick se acerca a su trigésimo cumpleaños, y ni una sola vez en la vida ha pensado en suicidarse. Ahora se ha convertido en su única preocupación, y se pasa los dos días siguientes sentado en el apartamento tratando de encontrar el método más indoloro y eficaz de abandonar este mundo. Piensa en comprar una pistola y darse un tiro en la cabeza. Da vueltas a la idea del veneno. Sopesa la posibilidad de cortarse las venas. Sí, dice para sus adentros, eso es lo más clásico, ¿verdad? Te bebes una botella de vodka, te tragas veinte o treinta pastillas para dormir, te metes en una bañera de agua caliente, y luego te cortas las venas con un cuchillo de trinchar. Se rumorea que apenas se siente nada.

El problema está en que aún quedan cinco días, y con cada uno que pasa, la calma y la certidumbre que se adueñaron de su mente mientras miraba el cañón de la pistola de Frisk se van debilitando poco a poco. La muerte era entonces un resultado inevitable, una mera formalidad dadas las circunstancias, pero a medida que la calma se trueca en inquietud, y que su certidumbre se funde en la duda, intenta imaginarse el vodka y las pastillas, el baño caliente y la hoja del cuchillo, hasta que de pronto le vuelven todos los miedos, y una vez que ocurre eso, comprende que su determinación ha desaparecido, que nunca encontrará valor para poner en práctica su plan.

¿Cuánto tiempo ha pasado para entonces? Cuatro días; no, cinco: lo que significa que sólo quedan cuarenta y ocho horas. Brick sigue sin moverse del piso, sin atreverse a salir. Ha cancelado todas las actuaciones del Gran Zavello previstas para la semana, alegando que tiene la gripe, y ha desconectado el teléfono. Sospecha que Flora ha intentado ponerse en comunicación con él, pero no se atreve a hablar con ella ahora mismo, consciente de que el sonido de su voz lo afectaría tanto que podría perder el dominio de sí mismo y empezar a decir incoherencias o, peor aún, prorrumpir en llanto, con lo que sólo conseguiría agravar su alarma. No obstante, el 27 de mayo por la mañana, se afeita finalmente, se ducha, y se pone ropa limpia. El sol entra a raudales por las ventanas, con esa atractiva refulgencia de la primavera neoyorquina, y decide que le sentaría bien tomar el aire y dar un paseo. Si con el cerebro no resuelve los problemas, quizá encuentre la respuesta con los pies.

En cuanto pisa la acera, sin embargo, oye que pronuncian su nombre. Es una mujer, pero como en ese momento no pasan peatones, Brick es incapaz de determinar de dónde viene la voz. Mira alrededor, la voz vuelve a llamado, y ahí la tiene: Virginia Blaine, sentada al volante de un coche aparcado justo en la acera de enfrente. A pesar suyo, Brick se alegra mucho de verla, pero mientras baja el bordillo de la

acera y echa a andar hacia la mujer que lo tiene obsesionado desde hace un mes, una oleada de aprensión se agita en su interior. Para cuando llega al Mercedes blanco, siente en la cabeza el martilleo de su corazón.

Buenos días, Owen, lo saluda Virginia. ¿Tienes un momento?

No esperaba volver a verte, contesta Brick, contemplando detenidamente su precioso rostro, aún más bello de lo que recordaba, y su pelo castaño oscuro, más corto que la última vez que la vio, sus delicados labios pintados de carmín, sus ojos azules de largas pestañas, y sus finas y elegantes manos, apoyadas en el volante del coche.

Espero no molestarte, se disculpa ella.

En absoluto. Sólo iba a dar un paseo.

Bien. Entonces lo daremos en coche, ¿te parece?

¿Adónde?

Te lo diré después. Primero tenemos mucho de que hablar. Para cuando lleguemos a donde vamos, entenderás por qué te he llevado allí.

Brick vacila, aún inseguro de confiar o no en Virginia, pero entonces comprende que no le importa, que con toda probabilidad es hombre muerto haga lo que haga. Si éstas son las últimas horas de su vida, dice para sí, entonces mejor pasarlas con ella que esperar solo.

De manera que allá van, en la radiante mañana de mayo, dejando Nueva York atrás y circulando a lo largo de la frontera meridional de Connecticut por la Nacional 95, torciendo luego a la 395 un poco antes de New London y lanzándose en dirección norte a cien kilómetros por hora. Brick presta poca atención al paisaje que discurre ante sus ojos, pues prefiere no apartar la vista de Virginia, que lleva un jersey de cachemir de color azul pálido y pantalones blancos de lino, y va erguida en su asiento de cuero marrón con tal aire de confianza y autosuficiencia que le recuerda a la muchacha de entonces, aquella que solía dejarlo tartamudeando siempre que intentaba abordarla. Ahora las cosas son diferentes, se dice a sí mismo. Él ya es un adulto, y su presencia no le resulta intimidante. Quizá se sienta un poco receloso, pero no hacia Virginia como mujer, sino más bien hacia el *pequeño engranaje de la gran maquinaria*, hacia la persona conchabada con Frisk.

Tienes mucho mejor aspecto, Owen, empieza ella. Ni rastro de heridas, ni esparadrapos. Y veo que te has arreglado el diente. Los milagros de la odontología, ¿eh? De boxeador molido a golpes a don Guaperas otra vez.

Esa cuestión no interesa para nada a Brick, y en vez de ponerse a charlar de cosas triviales como el estado de su cara, va derecho al grano.

¿Te ha puesto Frisk una inyección?, pregunta.

Da igual cómo haya venido, responde ella. Lo importante es por qué estoy aquí.

Para acabar conmigo, supongo.

Te equivocas. He venido porque me sentía culpable. Te he metido en este lío, y ahora voy a intentar sacarte de él.

Pero tú eres agente de Frisk. Si trabajas para él, entonces es que eres parte de todo este asunto.

Pero yo no trabajo para él. Es sólo una tapadera.

¿Qué significa eso?

¿Es que tengo que deletreado?

¿Eres una agente doble?

Algo así.

No irás a decirme que estás con los federales.

Claro que no. Odio a esos cabrones asesinos.

¿Con quién, entonces?

Paciencia, Owen. Tienes que darme tiempo. Lo primero es lo primero, ¿de acuerdo?

Muy bien. Te escucho.

Sí, fui yo quien te recomendó para la misión. Pero no sabía de qué se trataba. Algo importante, dijeron, algo crucial para el resultado de la guerra, pero nunca me dieron detalles. No me lo explicaron hasta que tú ya estabas en el otro lado. Lo juro, no tenía la menor idea de que iban a darte la orden de acabar con alguien. Y entonces, incluso después de averiguarlo, no sabía que Frisk tuviera intención de matarte si no llevabas a cabo la misión. No me he enterado hasta anoche. Por eso he venido. Porque quería ayudarte.

No creo una palabra de lo que me estás diciendo.

¿Por qué habrías de creerlo? Si yo estuviera en tu lugar, tampoco me fiaría. Pero es la verdad.

Lo curioso, Virginia, es que ya no me preocupa. Que mientas, quiero decir. Me gustas demasiado para hacerme mala sangre. Podrías ser una farsante, hasta quizá seas la persona que acabará matándome, pero nunca dejarás de gustarme.

Tú también me gustas, Owen.

Eres una persona extraña. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Continuamente. Desde que era pequeña.

¿Cuánto tiempo hace que no venías a este lado?

Quince años. Éste es mi primer viaje. Esto no era posible hace tres meses. Tú has sido el primero en ir y volver. ¿Lo sabías?

Nadie me ha dicho nunca nada.

Es como aterrizar en un sueño, ¿verdad? El mismo lugar, pero enteramente diferente. Norteamérica sin guerra. Es difícil de asimilar. Llegas a acostumbrarte tanto a la lucha, se te mete hasta tal punto en los huesos, que al cabo de un tiempo ya no te imaginas el mundo sin ella.

Norteamérica está en guerra, desde luego. Sólo que no la libramos aquí. Todavía no, en cualquier caso.

¿Cómo está tu mujer, Owen? Soy una estúpida, pero no recuerdo su nombre.
Flora.

Eso es, Flora. ¿Quieres llamarla y decirle que estarás fuera un par de días?

No está en Nueva York. La he mandado con su madre, a Argentina.

Bien pensado. Has hecho lo que debías hacer.

Está embarazada, por cierto. Creí que te gustaría saberlo.

Bien hecho, chico. Enhorabuena.

Flora está embarazada, la quiero más que nunca, antes me cortarían el brazo derecho que hacerle daño alguno, y sin embargo lo único que quiero de verdad ahora mismo es irme a la cama contigo. ¿Tiene eso sentido?

Desde luego que sí.

Un último revolcón.

No hables así. No vas a morir, Owen.

Bueno, ¿qué te parece? ¿Te atrae la idea?

¿Recuerdas lo que te dije la última vez que me viste?

¿Cómo podría olvidarlo?

Entonces ya sabes la respuesta, ¿no?

Cruzan la frontera de Massachusetts, y unos minutos después se detienen a llenar el depósito de gasolina, pasan, respectivamente, al servicio de señoras y al de caballeros, y comen un par de horribles salchichas, hechas en microondas y metidas en unos panecillos blanduchos, que trasiegan con agua mineral. Cuando se dirigen de vuelta al coche, Brick toma a Virginia en sus brazos y la besa, introduciéndole profundamente la lengua en la boca. Es un delicioso momento para él, que hace realidad el sueño de media vida, pero que también está marcado por la culpa y el arrepentimiento, pues ese pequeño preludio de otros placeres con su enamorada de otro tiempo le recuerda que es la primera vez que toca a otra mujer desde que está casado con Flora. Pero Brick, que ahora es soldado, nada menos, un combatiente enzarzado en una guerra, justifica su infidelidad pensando que mañana bien podría estar muerto.

Una vez que salen de nuevo a la autopista, se vuelve hacia Virginia y le formula la pregunta que ha estado aplazando durante más de dos horas: ¿adónde van?

A dos sitios, contesta ella. El primero, hoy; el siguiente, mañana.

Bueno, para empezar no está mal. Pero ¿te importaría ser un poco más concreta?

No puedo hablarte de la primera parada, porque quiero que sea una sorpresa. Pero mañana vamos a Vermont.

Vermont... Eso significa Brill. Me llevas a ver a Brill.

Las coges al vuelo, Owen.

No servirá de nada, Virginia. He pensado en ir a verlo docenas de veces, pero no sé qué decirle.

Dile simplemente que lo deje.

No me hará caso.

¿Cómo lo sabes si no lo has intentado?

Porque lo sé, y nada más.

Te olvidas de que estaré contigo.

¿Y qué más da?

Ya te he dicho que en realidad no trabajo para Frisk. ¿De quién crees que recibo órdenes?

¿Cómo quieres que sepa yo eso?

Vamos, cabo. Piensa.

No será de Brill.

Sí, de Brill.

Eso es imposible. Él está a este lado, y tú en el otro. No hay forma de que podáis comunicaros.

¿Has oído hablar alguna vez del teléfono?

El teléfono no sirve. Ya intenté llamar cuando estaba en Wellington. Marqué el número de mi apartamento de Queens, y me dijeron que estaba fuera de servicio.

Hay teléfonos y teléfonos, amigo mío. Teniendo en cuenta el papel que ese aparato desempeña en todo esto, ¿crees que Brill tendría uno que no funcionara?

Así que hablas con él.

Continuamente.

Pero nunca os veis.

No. Mañana es el gran día.

¿Y por qué no ahora? ¿Por qué no vamos a verlo ahora mismo?

Porque la cita es para mañana. Y hasta entonces tú y yo tenemos otros planes.

Tu sorpresa...

Exactamente.

¿Cuánto tiempo vamos a tardar en llegar?

Menos de media hora. Dentro de un momento voy a pedirte que cierres los ojos. Cuando llegemos podrás abrirlos de nuevo.

Brick le sigue la corriente, sometiéndose con mucho gusto a sus pueriles caprichos, y durante los últimos minutos del viaje permanece en el asiento sin decir palabra, tratando de adivinar la jugarreta que le tiene reservada. Si estuviera mejor versado en geografía, podría haber encontrado una solución mucho antes de llegar, pero Brick sólo entiende vagamente de mapas, y como nunca ha puesto realmente los pies en Worcester, en Massachusetts (sólo se ha imaginado allí en sueños), cuando el coche se detiene y Virginia le dice que abra los ojos, está convencido de que han

vuelto a Wellington. El coche ha parado frente a la casa de las afueras en donde entraron el mes pasado, la misma mansión de ladrillo y estuco con el exuberante jardín, los macizos de flores, y los altos arbustos en flor. Cuando echa una mirada a la calle, sin embargo, todas las casas del vecindario están intactas. Ni muros carbonizados, ni techos derruidos, ni ventanas rotas. La guerra no ha llegado a ese barrio, y mientras Brick se da la vuelta despacio, tratando de asimilar el conocido pero cambiado escenario, la ilusión se rompe finalmente, y ahora sabe dónde se encuentra. No en Wellington, sino en Worcester, el antiguo nombre de la ciudad en el otro mundo.

¿No es maravilloso?, observa Virginia, alzando los brazos y señalando con un gesto hacia las casas intactas. Se le han iluminado los ojos, y una sonrisa se extiende sobre sus facciones. Así es como eran las cosas, Owen. Antes de los cañones..., antes de los ataques..., antes de que Brill empezara a destrozarlo todo. Nunca pensé que volvería a verlo.

Dejemos que Virginia Blaine tenga su breve momento de alegría. Permitamos que Owen Brick olvide a su pequeña Flora y encuentre consuelo en los brazos de Virginia Blaine. Que el hombre y la mujer que se conocieron de niños hallen mutuo placer en sus cuerpos de adultos. Que se vayan juntos a la cama y hagan lo que deseen hacer. Dejemos que coman. Que beban. Permitamos que vuelvan a acostarse y hagan lo que quieran con cada centímetro y orificio de sus cuerpos de adultos. La vida sigue, después de todo, incluso en las más penosas circunstancias, continúa hasta el final, y entonces se para. Y su vida concluirá porque debe terminar, porque ninguno de los dos puede ir a Vermont a hablar con Brill, porque Brill podría ablandarse y acabar cediendo, y Brill no puede permitirselo, pues su tarea consiste en seguir contando su historia, la historia de la guerra en ese otro mundo, que también es éste, y no puede consentir que nadie ni nada se interponga.

Nos encontramos en plena noche. Virginia está dormida bajo las sábanas, su cuerpo satisfecho dilatándose y contrayéndose a medida que el aire fresco entra y sale de sus pulmones, soñando Dios sabe qué bajo la tenue luz de luna que se filtra por la ventana entreabierta. Brick está de costado, con el cuerpo pegado al contorno de ella, una mano sobre su pecho izquierdo, la otra puesta en la redondeada zona donde se funden la cadera y la nalga, pero el cabo se siente inquieto, incomprensiblemente despierto, y tras luchar por quedarse dormido durante casi una hora, se levanta de la cama y baja a ponerse una copa, preguntándose si un trago de whisky podrá disipar los temores que surgen en su interior mientras piensa en la reunión que mañana debe mantener con el anciano. Vestido con el albornoz del difunto marido de Virginia, se dirige a la cocina y enciende la luz. Frente al esplendor de ese elegante espacio, con sus relucientes superficies y costosos electrodomésticos, se pone a pensar en el matrimonio de Virginia. Su marido debía de ser mucho mayor que ella, se figura

Brick, un hombre perspicaz para los negocios con medios suficientes para comprar una casa como ésta, y teniendo en cuenta que Virginia no le ha dicho una palabra sobre él (aparte de mencionar que era rico), el no tan acaudalado mago de Queens se pregunta si quería a su difunto esposo o si simplemente se casó por dinero. Los ociosos pensamientos del insomne, mientras busca en los armarios un vaso y una botella de whisky: las interminables trivialidades que pasan fugazmente por la cabeza a medida que una idea se va transformando en la siguiente. Así nos ocurre a todos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, hasta que un acontecimiento inesperado cae sobre nosotros para sacarnos de golpe de nuestra modorra.

Brick oye a lo lejos unos aviones que vuelan bajo, luego el ruido del motor de un helicóptero, y un momento después, el estridente fragor de una explosión. Las ventanas de la cocina saltan en añicos, el suelo se estremece bajo la planta de sus pies descalzos y luego empieza a inclinarse, como si los cimientos de la casa estuvieran cambiando de lugar, y cuando Brick corre hacia el vestíbulo para subir la escalera y prevenir a Virginia, se encuentra con grandes y estremecidas llamaradas. Astillas y fragmentos de tejas llueven del techo. Brick dirige la mirada hacia arriba, y tras unos segundos de confusión comprende que está mirando al cielo nocturno a través de una espesa nube de humo. La mitad superior de la casa se ha esfumado, lo que significa que Virginia también ha desaparecido, y aunque sabe que no servirá de nada, siente unos desesperados deseos de subir la escalera y buscar su cuerpo. Pero los escalones están ardiendo, y morirá quemado si se acerca un poco más.

Escapa corriendo al jardín, y por todos lados salen vecinos aullando de sus casas en plena noche. Un contingente de tropas federales se ha concentrado en medio de la calle, cincuenta o sesenta hombres con casco, todos ellos armados con metralletas. Brick levanta las manos en un gesto de rendición, pero no le sirve de nada. La primera bala le alcanza en la pierna, y cae al suelo, apretándose la herida con la mano mientras la sangre le brota entre los dedos. Antes de que pueda examinarse la herida y comprobar la gravedad del percance, una segunda bala le atraviesa el ojo derecho y le sale por la parte de atrás de la cabeza. Y ése es el fin de Owen Brick, que abandona el mundo en silencio, sin ocasión de decir unas últimas palabras ni de tener un postrer pensamiento.

Entretanto, a cien kilómetros al noroeste, en una casa blanca de madera al sur de Vermont, August Brill está despierto en la cama, con la mirada perdida en la oscuridad. Y la guerra sigue.

¿Ha de terminar de ese modo? Sí, probablemente sí, aunque no sería difícil pensar en un final menos atroz. Pero ¿qué sentido tendría? Mi tema de esta noche es la guerra, y ahora que la guerra ha entrado en esta casa, creo que sería un insulto para Titus y Katya si suavizara el golpe. Paz en el mundo, buena voluntad entre los hombres. A la

mierda el mundo, nada de benevolencia. Éste es el punto central, el negro núcleo de la noche, con sus buenas cuatro horas aún por quemar y toda esperanza de dormir enteramente perdida. La única solución es olvidarme de Brick, asegurarme de que tenga un entierro decente, y luego inventar otra historia. Algo más a ras del suelo esta vez, un contrapeso para el fantástico artefacto que acabo de construir. Giordano Bruno y la teoría de los mundos infinitos. Un tema atractivo, sí, pero también hay otras cuestiones que sacar a la luz.

Historias de guerra. En cuanto bajas la guardia un momento, se te viene una avalancha encima, una tras otra y otra...

La última vez que Sonia y yo fuimos juntos a Europa, pasamos un par de días en Bruselas para asistir a una reunión de una rama lejana de su familia. Un día, comimos con un primo segundo suyo, un anciano caballero que rondaba los ochenta años, antiguo editor criado en Bélgica y afincado luego en Francia, una persona afable, culta, que hablaba en párrafos complejos, muy estructurados: un libro ambulante en forma de hombre. El restaurante se encontraba en un angosto pasaje por alguna parte del centro de la ciudad, y antes de que entráramos a comer, nos condujo a un pequeño patio al fondo de la galería para enseñarnos una fuente con la estatua de bronce de una ninfa del agua sentada en el medio. No era una obra especialmente genial —la representación a un tamaño inferior al natural de una muchacha desnuda entre los quince y los dieciocho años—, pero, a pesar de su tosquedad, poseía ciertas cualidades conmovedoras, algo en la curvatura de la espalda, creo, o sus pechos minúsculos y la estrechez de sus caderas, o sencillamente la pequeña escala de la estatua en general. Mientras la contemplábamos, Jean-Luc nos contó que, de mayor, la modelo fue su profesora de literatura en el instituto, y que cuando posó para el artista sólo tenía diecisiete años. Dimos la vuelta y entramos en el restaurante, y mientras comíamos siguió contándonos cosas sobre su relación con aquella mujer. Fue quien le hizo enamorarse de los libros, afirmó, porque cuando era alumno suyo estaba completamente chiflado por ella, y ese amor acabó cambiando la dirección de su vida. Cuando los alemanes ocuparon Bélgica en 1940, Jean-Luc sólo tenía quince años, pero se incorporó a la resistencia clandestina, en la que actuó de mensajero, asistiendo al instituto durante el día y llevando mensajes de noche. Su profesora también se había unido a la resistencia, y una mañana de 1942 los alemanes invadieron el lycée y la detuvieron. Poco después, a causa de un infiltrado, cayó la célula de Jean-Luc. Tuvo que esconderse, según nos contó, y durante los últimos dieciocho meses de la guerra vivió solo en una buhardilla y no hizo nada sino leer libros —todos los libros, del primero al último, desde los antiguos griegos al siglo xx

pasando por el Renacimiento—, devorando novelas y obras dramáticas, poesía y filosofía, comprendiendo que nunca podría haber hecho algo así sin el estímulo de su profesora, a quien habían detenido delante de sus ojos y por quien rezaba todas las noches. Cuando la guerra acabó finalmente, se enteró de que no había sobrevivido al campo, pero nadie supo decirle cómo ni cuándo había muerto. La habían suprimido, borrado de la faz de la tierra, y absolutamente nadie sabía lo que le había pasado.

Unos años después (¿a últimos de los cuarenta, principios de los cincuenta?), estaba comiendo solo en un restaurante de Bruselas y oyó la conversación de dos hombres en la mesa de al lado. Uno de ellos había pasado una temporada en un campo de concentración durante la guerra, y a medida que iba contando al otro la historia de una compañera suya de internamiento, Jean-Luc estaba cada vez más convencido de que se refería a su profesora, la pequeña ninfa del agua sentada en la fuente al fondo del pasaje. Todos los detalles parecían cuadrar: una joven belga de veintitantos años, pelirroja, cuerpo menudo, sumamente agraciada, una izquierdista alborotadora que no había cumplido una orden de uno de los guardias del campo. Para dar ejemplo a los demás prisioneros y demostrar lo que le pasaba a la gente que desobedecía a los guardias, el comandante decidió ejecutarla en público, con toda la población del campo presenciando su muerte. Jean-Luc esperaba que el desconocido dijera que la habían ahorcado o fusilado de espaldas contra un muro, pero resultó que el comandante había pensado en algo más tradicional, en un método ya pasado de moda varios siglos atrás. Jean-Luc era incapaz de mirarnos cuando pronunció aquellas palabras. Volvió la cabeza y dirigió la vista a la ventana, como si la ejecución se estuviera realizando frente al restaurante, y con voz queda, bruscamente llena de emoción, dijo: Tiraron de ella y la descuartizaron. Con largas cadenas atadas a las muñecas y los tobillos, la sacaron a la explanada, hicieron que permaneciera en posición de firmes mientras enganchaban las cadenas a cuatro jeeps mirando en cuatro direcciones diferentes, y luego el comandante dio orden a los conductores de poner en marcha los motores. Según el hombre de la mesa de al lado, la mujer no gritó, no profirió sonido alguno mientras le iban arrancando los miembros del cuerpo. ¿Es posible semejante cosa? Jean-Luc estuvo tentado de hablar con el desconocido, según nos dijo, pero entonces se dio cuenta de que se había quedado sin habla. Luchando por contener las lágrimas, se puso en pie, dejó algún dinero sobre la mesa, y se marchó del restaurante.

Sonia y yo volvimos a París, y en el espacio de cuarenta y ocho horas escuché otras dos historias que me afectaron profundamente: no tanto como la historia de Jean-Luc, con su escalofriante violencia, pero sí lo suficiente para causarme una impresión duradera. La primera me la contó Alec Foyle, un periodista que vino a cenar una noche con nosotros. Alec, que entonces rondaba la cincuentena, había sido novio de

Miriam, y aunque todo era ya agua pasada, Sonia y yo estábamos sorprendidos de que nuestra hija hubiera preferido a Richard en vez de a él. Habíamos perdido el contacto durante unos años, y había muchas cosas que contar, lo que condujo a una de esas frenéticas conversaciones que pasan bruscamente de un tema a otro. En cierto momento empezamos a hablar de la familia en general, y Alec nos contó una conversación que había mantenido recientemente con una amiga, periodista encargada de la crítica de arte del *Independent* o el *Guardian*, no recuerdo cuál. Nuestro amigo le dijo a ella: En uno u otro momento, toda familia vive acontecimientos extraordinarios: crímenes horribles, inundaciones y terremotos, accidentes extraños, milagrosos golpes de suerte, y no hay una familia en el mundo sin secretos ni esqueletos, baúles llenos de hechos ocultos que dejarían boquiabierto a cualquiera en caso de que se levantara la tapa. Su amiga no estaba de acuerdo con él. Eso es cierto en muchas familias, repuso ella, quizá en la mayoría, pero no en todas. En la suya, por ejemplo. No podía pensar en una sola cosa interesante que hubiera ocurrido a alguno de sus miembros, ni un solo acontecimiento excepcional. Imposible, objetó Alec. Sólo concéntrate un momento, y seguro que te acuerdas de algo. Así que su amiga se quedó pensando un rato, y al cabo dijo: Bueno, a lo mejor hay algo. Mi abuela me lo contó no mucho antes de morir, y supongo que es bastante insólito.

Alec nos sonrió desde el otro lado de la mesa. Insólito, dijo. Mi amiga no habría nacido si ese hecho no se hubiera producido, y ella lo calificaba de *insólito*. Por lo que a mí respecta, es tremendamente asombroso.

La abuela de su amiga nació en Berlín a principios de los años veinte, y cuando los nazis tomaron el poder en 1933, su familia, judía, tuvo la misma reacción que muchas otras: tenía el convencimiento de que Hitler no era más que un arribista pasajero y no hicieron intento alguno de marcharse de Alemania. Incluso cuando empeoraron las condiciones, siguieron esperando que la suerte los acompañara y se negaron a moverse. Un día, cuando la abuela tenía diecisiete o dieciocho años, sus padres recibieron una carta firmada por alguien que aseguraba ser capitán de las SS. Alec no nos mencionó el año que era, pero 1938 parece una fecha razonable, calculo yo, quizá un poco antes. Según la amiga de Alec, la carta decía lo siguiente: Ustedes no me conocen, pero estoy muy al tanto de su vida y de la de sus hijos. Podrían someterme a consejo de guerra por escribir esto, pero creo mi deber advertirles de que corren un gran peligro. Si no actúan pronto, serán detenidos y enviados a un campo de concentración. Créanme, no se trata de una conjetura sin fundamento. Estoy dispuesto a facilitarles visados de salida que les permitirán escapar a otro país, pero a cambio de mi ayuda, deben ustedes hacerme un importante favor. Estoy enamorado de su hija. Hace ya algún tiempo que vengo observándola, y aunque nunca hemos cruzado palabra, se trata de un amor incondicional. Es la persona con

quien he soñado toda la vida, y si viviéramos en un mundo diferente y nos rigiéramos por otras leyes, mañana mismo le propondría matrimonio. Esto es todo lo que pido: el próximo miércoles, a las diez de la mañana, su hija irá al parque de enfrente de su casa, se sentará en su banco preferido, y allí se quedará dos horas. Prometo no tocarla, ni acercarme a ella, ni decirle nada. Yo permaneceré oculto durante esas dos horas. A mediodía, podrá levantarse y volver a casa. El motivo de esta petición les resultará sin duda evidente a estas alturas. Necesito ver a mi querida niña por última vez antes de perderla para siempre...

Ni que decir tiene que la muchacha lo hizo. No había más remedio, aun cuando la familia temía un engaño, sin mencionar las posibilidades más funestas de abusos sexuales, secuestro, y violación. La abuela de la amiga de Alec era una chica sin experiencia, y el hecho de que se hubiera convertido en la adorada Beatrice de un desconocido Dante de las SS, de que un extraño la hubiera estado espionando durante varios meses, escuchando sus conversaciones y siguiéndola por toda la ciudad, la sumió en un creciente estado de pánico mientras esperaba a que llegara el miércoles. Sin embargo, cuando sonó la hora señalada hizo lo que tenía que hacer y se dirigió al parque con su estrella amarilla cosida en torno a la manga del jersey, se sentó en un banco, y abrió el libro que llevaba consigo como apoyo para calmar los nervios. Durante dos horas seguidas, no alzó la vista una sola vez. Así de asustada estaba, le contó a su nieta, e hizo de la lectura fingida su única defensa, lo único que le impedía ponerse en pie de un salto y echar a correr. Imposible calcular lo largas que debieron parecerle aquellas dos horas, pero al fin, lentamente, dieron las doce, y se marchó a casa. Al día siguiente, según lo prometido, los visados de salida aparecieron por debajo de la puerta, y la familia salió para Inglaterra.

Conocimos la última historia a través de un sobrino de Sonia, Bertrand, el primogénito del mayor de sus tres hermanos, único miembro de la familia que también era músico, y por tanto alguien especial para ella: violinista de la orquesta de la Ópera de París, colega y compinche. Al día siguiente de nuestra cena con Alec, quedamos con él para comer en Allard, y a mitad del almuerzo se puso a hablar de una violonchelista de la orquesta que estaba pensando en jubilarse al término de la temporada. Todo el mundo conocía su historia, nos dijo Bertrand, ella la comentaba abiertamente, de manera que no creía ser indiscreto si nos la contaba. Françoise Duclos. No entiendo por qué se me ha quedado su nombre en la memoria, pero ahí está: Françoise Duclos, la violonchelista. Se había casado a mediados de los años sesenta, nos dijo el sobrino, dando a luz a una hija a primeros de los setenta, y dos años después su marido desapareció. No era algo tan infrecuente, según le explicó la policía cuando fue a denunciar su desaparición, pero Françoise sabía que su marido la quería, que estaba loco por su pequeña hija, y, a menos que ella fuera la mujer más

ciega y más obtusa de la tierra, estaba segura de que no tenía relaciones con otra mujer. Ganaba un buen sueldo, lo que significaba que no era cuestión de dinero, le gustaba su trabajo, y nunca había dado muestras de inclinación alguna hacia el juego ni las inversiones de riesgo. ¿Qué le había pasado, entonces, y por qué había desaparecido? Nadie lo sabía.

Pasaron quince años. El marido fue declarado oficialmente muerto, pero Françoise nunca volvió a casarse ni a vivir con otro hombre. Crio a su hija ella sola (con ayuda de sus padres), logró que la contrataran en la orquesta, dio clases particulares en su casa, y eso era todo: una existencia disminuida, con un puñado de amigos, veraneos en el campo con la familia de su hermano, y un misterio sin esclarecer como constante compañía. Entonces, al cabo de todos esos años de silencio, suena un día el teléfono, y le piden que vaya al depósito de cadáveres a identificar un cuerpo. La persona que la acompañó a la estancia donde la esperaba el cadáver la advirtió de que iba a enfrentarse a una dura experiencia: el difunto había muerto al estrellarse contra el suelo tras ser arrojado por la ventana de un sexto piso. Destrozado como estaba el cuerpo, Françoise lo reconoció enseguida. Pesaba diez kilos más que antes, tenía menos pelo, que se le había vuelto gris, pero no cabía duda de que estaba mirando el cadáver de su marido desaparecido.

Antes de que pudiera marcharse, entró un hombre en la estancia, cogió a Françoise del brazo, y le dijo: Venga conmigo, por favor, Madame Duclos. Tengo algo que decirle.

La condujo fuera, la llevó hasta su coche, aparcado frente a una panadería en una calle adyacente, y le pidió que subiera. En vez de introducir la llave en el contacto, el desconocido bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Entonces, a lo largo de una hora, le contó a Françoise la historia de los últimos quince años mientras ella escuchaba a su lado en el pequeño coche azul, viendo salir a la gente de la panadería provista de barras de pan. Ése era un detalle que Bertrand recordaba —las barras de pan—, pero no supo decirnos nada del hombre. Su nombre, su edad, su aspecto: todo en blanco, pero a fin de cuentas todo eso tiene escasa importancia.

Duclos era agente de la DGSE, explicó a Françoise. Ella no podía saberlo, por supuesto, porque los agentes tienen órdenes estrictas de no hablar de sus actividades, y durante todo el tiempo en que ella creyó que su marido elaboraba estudios económicos para el Ministerio de Asuntos Exteriores, en realidad estaba prestando servicio como espía en la Direction Générale de la Sécurité Extérieure. Poco después del nacimiento de su hija, hacía diecisiete años, le encomendaron una misión que acabó convirtiéndolo en agente doble: aparentemente trabajando a favor de los soviéticos pero en realidad pasando información a los franceses. Al cabo de dos años, los rusos descubrieron lo que se traía entre manos e intentaron matarlo. Duclos logró escapar, pero desde ese momento la vuelta a casa ya no era posible. Los rusos

mantendrían vigiladas a Françoise y a su hija, el teléfono de su casa estaba intervenido, y si Duclos trataba de llamar o ir a verlas, los tres serían asesinados al instante.

De manera que, para protegerla, no se acercó a su familia, y pasó quince años escondido en París con ayuda de los franceses, cambiando continuamente de domicilio, llevando la vida de un hombre perseguido, acosado, que se aventuraba a salir de vez en cuando para ver a su hija desde lejos, observando cómo crecía, sin conocerla ni poder hablar con ella, advirtiendo los cambios en su mujer, que poco a poco iba perdiendo su aspecto juvenil y entrando en la edad madura, y entonces, por falta de precaución, porque alguien informó sobre él, o por pura mala suerte, los rusos descubrieron finalmente a Duclos. La captura..., la venda en los ojos..., las ligaduras en las muñecas..., los puñetazos en la cara y en el cuerpo..., y luego la caída por la ventana del sexto piso. Muerte por defenestración. Otro método clásico, la ejecución preferida entre espías y policías durante cientos de años.

En el relato había numerosas lagunas, y Bertrand fue incapaz de responder a ninguna de las preguntas que Sonia y yo le formulamos. ¿A qué se había dedicado Duclos durante todos aquellos años? ¿Había vivido con un nombre falso? ¿Siguió trabajando de algún modo en la DGSE? ¿Con qué frecuencia podía salir a la calle? Bertrand sacudía la cabeza. Sencillamente no lo sabía.

¿En qué año murió Duclos?, le pregunté yo. De eso sí debes acordarte.

Mil novecientos ochenta y nueve. En la primavera del ochenta y nueve. Estoy seguro, porque fue entonces cuando me incorporé a la orquesta, y lo de Françoise ocurrió sólo unas semanas después.

La primavera del ochenta y nueve, concluí yo. El Muro de Berlín cayó en noviembre. El bloque oriental derribó a sus respectivos gobiernos, y seguidamente la Unión Soviética se desmoronó. Eso convierte a Duclos en una de las últimas víctimas de la guerra fría, ¿no es verdad?

Carraspeo, y un momento después estoy tosiendo otra vez, sintiendo cómo me sube por el pecho una masa de esputos mientras me tapo la boca para amortiguar el ruido. Quiero escupir en el pañuelo, pero cuando alargo la mano para buscarlo con los dedos en la mesilla de noche, rozo el despertador, que cae al suelo con estrépito. Sigo sin pañuelo. Entonces me acuerdo de que todos mis pañuelos se están lavando, de manera que trago con fuerza y dejo que toda esa porquería me baje por la garganta, diciéndome por quincuagésima vez en los últimos cincuenta días que debo dejar de fumar, cosa que nunca sucederá, estoy seguro, pero lo digo de todos modos, sólo para torturarme con mi propia hipocresía.

Me pongo a pensar de nuevo en Duclos, preguntándome si no sería capaz de sacar una historia de ese horroroso asunto, no necesariamente con Duclos y Françoise, no con los quince años de ocultamiento y espera, no con lo que ya sé, sino con algo que

me vaya inventando sobre la marcha. La hija, por ejemplo, trasladada de 1989 a 2007. ¿Y si de mayor es periodista o novelista, escritora de alguna clase, y después de la muerte de su madre decide escribir un libro sobre sus progenitores? Pero el hombre que traicionó a su padre y lo denunció a los rusos sigue vivo, y cuando se entera de lo que ella se propone, intenta impedirselo, o incluso matarla...

Sólo llego hasta ahí. Un momento después, vuelvo a oír pasos en la planta de arriba, pero esta vez no se encaminan al cuarto de baño, sino que bajan las escaleras, y mientras imagino que Miriam o Katya va a la cocina a comer o beber algo de la nevera o fumar un cigarrillo, me doy cuenta de que los pasos vienen en esta dirección, de que alguien se acerca a mi dormitorio. Oigo que llaman a la puerta —no, no es que llamen exactamente, sino que rascan con las uñas en la madera—, y seguidamente Katya dice en un susurro: ¿Estás despierto?

Le digo que entre, y mientras se abre la puerta distingo su silueta contra el tenue y azulado resplandor que la ilumina por detrás. Parece que lleva su camiseta de los Red Sox y unos pantalones grises de chándal, y se ha recogido la larga melena en una cola de caballo.

He oído que se caía algo al suelo, y luego una tos espantosa, me dice: ¿Estás bien?

Como si tal cosa, le contesto. Signifique eso lo que signifique.

¿Has dormido algo?

No he pegado ojo. ¿Y tú?

No mucho, me dormía y me despertaba.

¿Por qué no cierras la puerta? Aquí dentro se está mejor completamente a oscuras. Échate a mi lado, te daré una de mis almohadas.

Se cierra la puerta, extendiendo una almohada en el antiguo sitio de Sonia, y unos momentos después Katya está tumbada de espaldas a mi lado.

Esto me recuerda a cuando eras pequeña, le digo. Cuando tu abuela y yo veníamos a veros, siempre te metías en la cama con nosotros.

La echo tremendamente de menos, ¿sabes? Todavía no me entra en la cabeza que ya no esté entre nosotros.

Tú y todo el mundo.

¿Por qué has dejado de escribir tu libro, abuelo?

Me pareció más divertido ver películas contigo.

Eso es reciente. Dejaste de escribir hace mucho.

Se volvió una ocupación muy triste. Disfruté elaborando la parte del principio, pero cuando llegué a los malos tiempos, empezó a costarme trabajo. He cometido tantas estupideces en la vida, que no tenía valor para revivirlas de nuevo. Y después Sonia cayó enferma. Después de su muerte, la idea de volver al libro me revolvía el estómago.

No deberías ser tan duro contigo mismo.

No lo soy. Soy sincero, simplemente.

El libro iba a ser para mí, ¿recuerdas?

Para ti y para tu madre.

Pero ella ya lo sabe todo. Yo no. Por eso estaba tan ansiosa de leerlo.

Probablemente te habrías aburrido.

A veces pareces un verdadero estúpido, abuelo. ¿Lo sabías?

¿Por qué sigues llamándome *abuelo*? Hace años que dejaste de llamar *mamá* a tu madre. Sólo hizo falta que fueras al instituto para que de pronto *mamá* pasara a ser *madre*.

No quería seguir pareciendo una niña.

Yo te llamo Katya. Tú podrías llamarme August. Nunca me ha gustado mucho ese nombre. Sobre el papel suena bien, pero cuesta trabajo hacerla salir de los labios.

Pues otro, entonces. ¿Qué te parece *Ed*?

¿Ed? ¿De dónde sale eso?

No sé, digo, haciendo lo posible por imitar el característico acento londinense. Acabo de acordarme del bueno de Ed.

Katya deja escapar un leve gruñido sarcástico.

Lo siento, continúo. No puedo remediarlo. Nací con el gen de los chistes malos, y no puedo hacer nada para evitarlo.

Nunca te tomas nada en serio, ¿verdad?

Me lo tomo todo en serio, cariño. Sólo que finjo lo contrario.

August Brill, mi abuelo, al que ahora llaman Ed. ¿Cómo te llamaban cuando eras pequeño?

Augie, principalmente. Los días que me portaba bien me llamaban Augie, pero también me llamaban un montón de cosas más.

Es difícil imaginárselo. Tú de niño, quiero decir. Debías de ser un crío muy raro. Siempre leyendo libros, seguro.

Eso fue después. Hasta que cumplí los quince, lo único que me importaba era el béisbol. Solíamos jugar todo el tiempo, no parábamos hasta noviembre. Luego nos dedicábamos unos meses al fútbol americano, pero hacia finales de febrero empezábamos otra vez con el béisbol. La vieja pandilla de Washington Heights. Estábamos tan chalados que hasta nevando jugábamos.

¿Y qué me dices de las chicas? ¿Te acuerdas de cómo se llamaba tu primer gran amor?

Pues claro. Nunca se olvida una cosa así.

¿Quién era?

Virginia Blaine. Me enamoré de ella en segundo de instituto, y de pronto el béisbol dejó de importarme. Empecé a leer poesía, y a fumar, cuando me enamoré de

Virginia Blaine.

¿Y ella te correspondía?

Nunca lo supe de verdad. Parecía que estaba loca por mí y luego me daba de lado; así pasaron seis meses, y después se fue con otro. Me pareció el fin del mundo, mi primer desengaño amoroso.

Y entonces conociste a la abuela. Sólo tenías veinte años, ¿verdad? Eras más joven de lo que yo soy ahora.

Me estás haciendo un montón de preguntas...

Si no vas a terminar el libro, ¿de qué otro modo voy a enterarme de lo que quiero saber?

¿A qué viene ese repentino interés?

No es de ahora. Llevo mucho tiempo pensando en ello. Cuando hace un momento oí que estabas despierto, me dije, ahí está mi oportunidad, y bajé a llamar a tu puerta.

A rascar a mi puerta.

Muy bien, a rascar. Pero aquí estamos, tumbados en la oscuridad, y si no respondes a mis preguntas, no voy a dejar que veas más películas conmigo.

A propósito, se me ha ocurrido otro ejemplo para respaldar tu teoría.

Bueno. Pero ahora no hablamos de cine. Hablamos de ti.

No es una historia muy agradable, Katya. Contiene muchos episodios deprimentes.

Ya soy mayorcita, Ed. Soy capaz de encajar todos los golpes que repartas.

No estoy tan seguro.

Por lo que yo sé, el único episodio deprimente de que hablas es el hecho de que engañaste a tu mujer y la dejaste por otra. Lo siento, amigo, pero se trata de una práctica muy corriente por estos pagos, ¿no es así? ¿Crees que no lo puedo asimilar? Ya lo he hecho, con mi padre y mi madre.

¿Cuándo has hablado con él por última vez?

¿Con quién?

Con tu padre.

¿Con quién?

Vamos, Katya. Con tu padre, Richard Furman, el ex marido de tu madre, mi ex yerno. Habla un poco conmigo, cariño. Prometo contestar a tus preguntas, pero sólo dime cuándo has tenido noticias de tu padre por última vez.

Hará unas dos semanas, creo.

¿Quedasteis para veros en alguna parte?

Me invitó a ir a Chicago, pero le dije que no me apetecía mucho. Dijo que el mes que viene, cuando acabe el curso, podríamos pasar juntos un fin de semana en algún hotel de Nueva York y damos un atracón de buena comida. A lo mejor voy, pero aún no lo he decidido. A propósito, su mujer está embarazada. La guapita Suzie Tontita

está encinta.

¿Lo sabe tu madre?

Yo no se lo he dicho. Pensé que se llevaría un disgusto.

Al final acabará enterándose.

Lo sé. Pero parece que ya se ha recuperado un poco, y no quiero remover las cosas.

Eres durísima, chiquilla.

No, no soy dura. Soy una gran rosquilla rellena. Rezumando gelatina por los poros de la masa.

La cojo de la mano, y durante medio minuto o así nos quedamos mirando a la oscuridad sin decir palabra. Pienso que a lo mejor se queda dormida si no prosigo la conversación, pero un momento después de que se me ocurra esta idea Katya rompe el silencio haciéndome otra pregunta:

¿Cuándo la viste por primera vez?

El cuatro de abril de mil novecientos cincuenta y cinco; a las dos y media de la tarde.

¿En serio?

De verdad.

¿Dónde estabas tú?

En Broadway. En Broadway esquina con la calle Ciento cincuenta, yendo en dirección norte camino de la Biblioteca Butler. Sonia se dirigía a Juilliard, que entonces estaba cerca de Columbia, y venía hacia el centro. Debí de fijarme en ella a media manzana de distancia, probablemente porque llevaba un abrigo rojo: el rojo salta a la vista, sobre todo por la calle, entre ese monótono ambiente de piedra y ladrillos. De manera que me llama la atención el abrigo que viene hacia mí, y entonces veo que la persona que lo lleva es una chica bajita de pelo negro. Bastante prometedor a aquella distancia, pero aún demasiado lejos para estar seguro de nada. Eso es lo que pasa con los chicos, ya sabes. Siempre mirando a las chicas, siempre calibrándolas, siempre esperando encontrarse con esa belleza despampanante que corta el aliento y hace que el corazón deje de latir. Así que he visto el abrigo rojo, y me he fijado en que lo lleva una chica morena con el pelo corto que mide aproximadamente uno sesenta y cinco, y a continuación observo que mueve un poco la cabeza a un lado y a otro, como si fuera tarareando algo, y desde luego hay ritmo en sus pasos, cierta levedad en su forma de moverse, y digo para mis adentros: Esta chica es feliz, está contenta de vivir y andar por la calle en este fresco y soleado día de principios de primavera. Unos segundos después, su rostro empieza a cobrar una mayor definición, y veo que lleva los labios pintados de brillante carmín, y entonces, mientras la distancia entre ambos empieza a acortarse, asimilo dos importantes hechos a la vez. Primero: que sí va tarareando —un aria de Mozart, me parece, pero

no estoy seguro—, y no sólo en un murmullo, sino con voz de verdadera cantante. Segundo: que es sublimemente atractiva, incluso preciosa, quizá, y que el corazón está a punto de dejar de latirme. Ahora sólo está a metro y medio de distancia, y yo, que nunca me he parado a hablar por la calle con una chica que no conociera, que jamás en la vida he tenido la audacia de dirigirme en público a una guapa desconocida, de abrir la boca y decir hola, no dejo de sonreírle, y como en mi actitud no hay ni amenaza ni pizca de agresividad, ella deja de cantar, me sonrío a su vez, y me devuelve el saludo. Y ya está. Estoy muy nervioso para añadir nada más, de manera que sigo andando, igual que la guapa chica del abrigo rojo, pero al cabo de seis o siete pasos lamento mi falta de valentía y doy media vuelta, esperando que aún haya tiempo de entablar conversación, pero la muchacha camina muy deprisa y ya está fuera de mi alcance, y así, con los ojos clavados en su espalda, veo cómo cruza la calle y desaparece entre la multitud.

Frustrante, pero comprensible. No soporto que los hombres intenten ligar conmigo por la calle. Si hubieras actuado con más atrevimiento, Sonia probablemente te habría rechazado, y no habrías llegado a nada con ella.

Es una forma generosa de verlo. Cuando desapareció, creí que había echado a perder esa oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida.

¿Cuánto tiempo tardaste en volverla a ver?

Casi un mes. Los días se alargaban interminablemente, y no podía dejar de pensar en ella. De haber sabido que estudiaba en Juilliard, puede que hubiera dado con ella, pero no tenía ni idea. No era sino una bella aparición que me había mirado a los ojos durante unos segundos para esfumarse a continuación. Estaba convencido de que no la volvería a ver más. Los dioses me habían engañado, arrebatándome a la chica de la que estaba destinado a enamorarme, a la única persona que estaba en el mundo para dar sentido a mi vida, y la habían arrojado a otra dimensión: a un lugar inaccesible, a un sitio adonde nunca me permitirían entrar. Recuerdo que escribí un largo y ridículo poema sobre mundos paralelos, oportunidades perdidas, la trágica putada del destino. Veinte años, y ya me consideraba maldito.

Pero el destino estaba de tu lado.

El destino, la suerte, llámalo como quieras.

¿Dónde ocurrió?

En el metro. En la línea de la Séptima Avenida. Me dirigía al centro, era el veintisiete de abril de mil novecientos cincuenta y cinco, al anochecer. El vagón iba abarrotado de gente, pero el asiento contiguo al mío estaba vacío. Paramos en la calle Sesenta y seis, se abrieron las puertas, y entró ella. Como no había más asientos libres, se sentó a mi lado.

¿Se acordaba de ti?

Tenía un vago recuerdo. Le mencioné nuestro pequeño encuentro en Broadway a

principios de mes, y entonces le vino a la memoria. No teníamos mucho tiempo. Yo iba camino del Village para encontrarme con unos amigos, pero Sonia se bajaba en la calle Cuarenta y dos, de modo que sólo fuimos juntos durante tres paradas. Logramos presentarnos y darnos el número de teléfono. Me enteré de que estaba estudiando en Juilliard. Y también de que era francesa pero que había pasado los primeros doce años de su vida en Norteamérica. Su inglés era inmejorable, no tenía acento extranjero en absoluto. Cuando le dije algo en mi mediocre francés, comprobé que también hablaba esa lengua a la perfección. Nuestra conversación quizá duró siete minutos, diez todo lo más. Luego se apeó, y me di cuenta de que había sucedido algo monumental. Para mí, en cualquier caso. No podía adivinar lo que pensaba y sentía Sonia, pero al cabo de aquellos siete o diez minutos, supe que había encontrado a la mujer de mi vida.

Primera cita. Primer beso. Primer... , ya sabes qué.

La llamé a la tarde siguiente. Me temblaban las manos... Debí de coger y colgar el aparato tres o cuatro veces antes de armarme de valor para llamar. Un restaurante italiano del West Village, ya no me acuerdo de cómo se llamaba. Barato, no tenía mucho dinero, y aquélla era la primera vez —resulta difícil de creer—, la primera vez que invitaba a una chica a cenar. No me veo a mí mismo. No tengo idea de la clase de impresión que causé, pero sí la veo a ella, sentada frente a mí con una blusa blanca, sus ojos verdes, atentos, vigilantes, divertidos, y aquella soberbia boca suya de labios llenos, animados, sonrientes a menudo, y su voz queda, resonante, que le salía de las profundidades del diafragma, una voz sumamente excitante, según me pareció, entonces y siempre, y luego su risa, que era de un tono más agudo, casi chillona a veces, una risa que parecía surgirle de la garganta, e incluso del cráneo, y cuando algo le hacía gracia —estoy hablando de más adelante ahora, no de aquella noche—, le daba uno de aquellos ataques de risa, y empezaba a reírse tanto que se le saltaban las lágrimas.

Lo recuerdo. Nunca he conocido a alguien que se riera como ella. Cuando era pequeña, a veces me asustaba su risa. Le duraba tanto, que creía que no iba a parar nunca, que se iba a morir literalmente de risa. Luego se me quitó el miedo y me encantaba.

Así que allí estábamos, dos críos de veinte años en aquel restaurante de la calle Bank, Perry o la que fuera, la primera vez que salíamos juntos. Hablamos de un montón de cosas, la mayoría de las cuales he olvidado, pero recuerdo que me entusiasmé con lo que me contó de su familia, de sus orígenes. En comparación, mi historia particular parecía muy sosa, con mi padre vendedor de muebles y mi madre maestra de cuarto de primaria, los Brill del norte de Manhattan, que nunca habían ido a parte alguna ni hecho nada salvo trabajar para ganarse la vida. El padre de Sonia, catedrático de biología e investigador, era uno de los científicos más prestigiosos de

Europa. Alexandre Weil —pariente lejano del compositor—, nacido en Estrasburgo, judío (cosa que ya sabes), y por tanto afortunado cuando le ofrecieron trabajar en Princeton en mil novecientos treinta y cinco y tuvo el buen juicio de aceptarlo. Si la familia se hubiera quedado en Francia durante la guerra, ¿quién sabe lo que habría pasado? La madre de Sonia, Marie-Claude, había nacido en Lyon. Se me ha olvidado lo que hacía su padre, pero sus dos abuelos eran ministros protestantes, lo que significa que Sonia no era la típica chica francesa. Ningún católico a la vista, ni avemarías, ni visitas al confesionario. Marie-Claude conoció a Alexandre cuando ambos eran estudiantes en París, y el matrimonio se celebró en los primeros años veinte. Cuatro hijos en total: tres chicos y luego, cinco años después de que naciera el último, vino Sonia, la más pequeña de la cuadrilla, la princesita, que sólo tenía un mes de edad cuando la familia se marchó a América. No volvieron a París hasta mil novecientos cuarenta y siete. Habían dado a Alexandre un cargo importante en el Instituto Pasteur —su título era el de *directeur*, creo— y Sonia acabó yendo al Lycée Fénelon. Ya había decidido ser cantante y no quería terminar el *bac*, pero sus padres insistieron. Por eso fue a Juilliard en vez de al conservatorio en París. Se cabreó con sus padres por presionarla tanto, y más o menos acabó fugándose. Pero al final todo quedó perdonado, y para cuando la conocí, la paz reinaba entre los Weil. La familia me acogió bien. Creo que les emocionaba el hecho de que yo también viniese de una familia mixta —en mi caso de madre judía y padre episcopaliano— y así, de acuerdo con cierto código místico, no escrito, sobre clanes y lealtades tribales, se figuraron que Sonia y yo hacíamos buena pareja.

Vas muy deprisa. Vuelve a mil novecientos cincuenta y cinco. El primer beso. El momento en que te diste cuenta de que Sonia te quería.

Un recuerdo nítido, porque el contacto físico se produjo aquella misma noche, frente al portal de su casa. Vivía en la calle Ciento cuarenta y siete y compartía piso con otras dos chicas de Juilliard, y tras volver a la parte alta de la ciudad en el metro, la acompañé a su casa. Dos cortas calles, de la Ciento dieciséis a la Ciento catorce, pero durante esa breve trayectoria, casi al principio, tal vez al décimo o duodécimo paso que dimos, tu abuela me cogió del brazo, y el hechizo de aquel momento permanece en el corazón de tu abuelo hasta el día de hoy. Sonia dio el primer paso. No había nada abiertamente erótico en ello —simplemente la silenciosa declaración de que yo le gustaba, que había disfrutado pasando la velada conmigo, y que tenía la firme intención de verme otra vez—, pero aquel gesto significaba tanto..., y me hizo tan feliz que casi me caigo redondo al suelo. Luego el portal, la clásica escena de todo cortejo en ciernes. ¿Besar o no besar? ¿Saludar con la cabeza o estrecharse la mano? ¿Pasarle la punta de los dedos por la mejilla? ¿Estrechada entre los brazos? Tantas posibilidades, tan poco tiempo para decidir. ¿Cómo adivinar los deseos de otra persona, cómo entrar en los pensamientos de alguien a quien apenas se conoce? No

queda asustada comportándome con demasiado atrevimiento, pero tampoco deseaba que me tomara por un individuo tímido que no conocía sus sentimientos. La calle de en medio, entonces, que improvisé de la siguiente manera: le puse las manos en los hombros, me eché hacia delante, incliné la cabeza (porque era más baja que yo), y apreté mis labios contra los suyos: con fuerza. Nada de lengua, ni abrazo envolvente, sino un besazo puro y duro. Oí un quedo rumor en la garganta de Sonia, un grave murmullo, mmmm, después del cual se le cortó levemente la respiración, luego un descenso a otro registro y algo parecido a una risa ahogada. Me aparté de ella, vi que estaba sonriendo, y la rodeé con los brazos. Un instante después, correspondió a mi abrazo, y entonces me lancé y le di un beso de verdad, un beso a tornillo, un beso con lengua a aquella francesa que de pronto ya era la única persona que contaba para mí. Sólo uno, pero interminable, y después, sin querer que la situación se me escapara de las manos, le di las buenas noches y me encaminé a las escaleras.

Pas mal, mon ami.

Un beso para la eternidad.

Ahora necesito una clase de sociología. Estamos hablando de mil novecientos cincuenta y cinco, y por lo que me han dicho y he leído, los cincuenta no eran buena época para los jóvenes. Me refiero a los jóvenes y las relaciones sexuales. En la actualidad, los chavales empiezan a joder en su mayor parte en la adolescencia, y cuando cumplen los veinte, ya son profesionales, expertos en el asunto. Así que ahí estás tú, a los veinte años. La primera vez que sales con Sonia acaba de concluir con un besazo triunfal. Es evidente que estabais locos el uno por el otro. Pero la moral predominante de la época ordena: nada de relaciones sexuales antes de la boda, al menos si eres chica. No os casasteis hasta mil novecientos cincuenta y siete. No irás a decirme que os aguantasteis durante dos años, ¿verdad?

Por supuesto que no.

Qué alivio.

La cachondez es una constante humana, el motor que mueve al mundo, y hasta en aquellos tiempos, en la época oscurantista de mediados del siglo veinte, los estudiantes fallaban como conejos.

Vaya lenguaje, abuelo.

Creí que te gustaba.

Ahí está el problema, precisamente. Me gusta.

Por otro lado, no vaya pretender que no hubiera un montón de chicas que creyeran en el mito de la novia virgen, muchachas de clase media, las presuntas buenas chicas, pero tampoco debemos exagerar. La tocóloga que asistió a tu madre en el nacimiento de Miriam en mil novecientos sesenta llevaba casi veinte años ejerciendo la medicina. Después del parto, mientras suturaba la episiotomía de Sonia, me aseguró que iba a hacer un trabajo fantástico. Era una experta con la aguja, me

confió, porque tenía mucha práctica: coser a chicas antes de su noche de bodas, para que los maridos creyeran que se casaban con vírgenes.

Ojos que no ven...

Eso eran los cincuenta. Experiencias sexuales por todas partes, pero la gente cerraba los ojos y hacía como si no pasara nada. En Estados Unidos, al menos. En el caso de tu abuela y yo la diferencia consistía en que ella era francesa. Hay mucha hipocresía en la sociedad francesa, pero no en lo que respecta a la sexualidad. Sonia se trasladó a París a los doce años y se quedó allí hasta los diecinueve. Había recibido una educación mucho más avanzada que la mía, y estaba preparada para hacer cosas que a la mayoría de las americanas las habría hecho levantarse gritando de la cama.

¿Como cuáles?

Utiliza la imaginación, Katya.

No me vaya escandalizar, ¿sabes? Fui a Sarah Lawrence, ¿recuerdas? La capital sexual del mundo occidental. Me las conozco todas, créeme.

El cuerpo tiene un número limitado de orificios. Digamos que los exploramos todos.

En resumen, la abuela era buena en la cama.

Es una forma un tanto brusca de expresado, pero sí, era buena. Desinhibida, cómoda con su cuerpo, sensible a los avatares y variaciones de sus propios sentimientos. Cada vez que lo hacíamos, resultaba diferente de la anterior. El acto, insaciable y dramático un día, lento y lánguido al siguiente, siempre era una sorpresa, con sus inacabables matices...

Recuerdo sus manos, la suavidad de sus manos cuando me acariciaba.

Manos suaves, sí. Pero también fuertes. Sabias manos. Así es como las veía yo. Manos capaces de hablar.

¿Vivisteis juntos antes de casaros?

No, no, ni pensarlo. Debíamos andar siempre a escondidas. Aquello tenía su lado excitante, pero en general solía ser frustrante. Yo seguía viviendo con mis padres en Washington Heights, de manera que no tenía apartamento propio. Y Sonia había de contar con sus dos compañeras de piso. Íbamos allí siempre que ellas se marchaban, pero eso no ocurría tan a menudo como para que nos pareciera suficiente.

¿Y los hoteles?

Vedados. Aun cuando hubiéramos podido permitirnoslo, era muy peligroso. En Nueva York había leyes que prohibían que una pareja soltera estuviera en la misma habitación. Cada hotel tenía su detective —el poli de la casa— y si te pillaban, te metían en la cárcel.

Maravilloso.

¿Cómo hacer, entonces? Sonia había vivido en Princeton de niña, y aún tenía amigos allí. Había un matrimonio —los Gontorski, nunca los olvidaré—, un

catedrático de física y su mujer, refugiados de Polonia, que querían a Sonia y les importaba un pito las costumbres sexuales estadounidenses. Los fines de semana nos dejaban estar en su habitación de invitados. Y luego estaban los coitos al aire libre, la cópula en los campos y prados de las afueras de la ciudad cuando venía el buen tiempo. Un importante elemento de riesgo. Finalmente nos pillaron desnudos entre unos matorrales, y después de eso nos entró miedo y dejamos de jugar el tipo. Sin los Gontorski, habríamos estado perdidos.

¿Por qué no os casasteis? Justo entonces, mientras aún erais estudiantes.

La mili. En el momento en que me licenciara en la universidad me llamarían para el reconocimiento médico, y calculábamos que me pasaría dos años en el ejército. Cuando yo estaba en último de carrera, Sonia ya cantaba en plan profesional, ¿y qué pasaría si me destinaban a Alemania Occidental, a Groenlandia o Corea del Sur? No podría pedirle que viniera conmigo. No habría sido justo.

Pero nunca fuiste al ejército, ¿verdad? Si te casaste en mil novecientos cincuenta y siete, no puedes haber ido.

No pasé el reconocimiento. Un diagnóstico erróneo, según resultó; pero no importaba, era libre, y un mes después nos casamos. No teníamos mucho dinero, desde luego, pero la situación no era tan desesperada. Sonia había colgado sus estudios en Juilliard para emprender su carrera, y al terminar la universidad yo ya había publicado una docena de artículos y críticas. Nos fuimos de realquilados a un piso junto a la línea férrea, en Chelsea, donde pasamos sudando el caluroso verano de Nueva York, y luego al hermano mayor de Sonia, Patrice, ingeniero de caminos, le encargaron construir una presa en África y nos ofreció gratis su apartamento de París. Lo aceptamos al vuelo. En cuanto llegó su telegrama, empezamos a hacer las maletas.

No me interesa la cuestión inmobiliaria, y ya conozco vuestras respectivas carreras. Quiero que me hables de las cosas importantes. ¿Cómo era la abuela? ¿Qué impresión te daba estar casado con ella? ¿Os llevabais bien? ¿Os peleabais alguna vez? Lo más significativo, abuelo, no simplemente una retahíla de hechos superficiales.

De acuerdo, deja que cambie de marcha y piense un momento. ¿Cómo era Sonia? ¿Qué descubrí sobre ella después de casarnos que no supiera antes? Contradicciones. Complejidades. Sombras que fueron revelándose poco a poco con el paso del tiempo y me obligaron a reconsiderar quién era. La quería con locura, Katya, tienes que entenderlo, y no la estoy criticando por ser como era. Sólo que a medida que iba conociéndola mejor, llegué a comprender cuánto sufrimiento arrastraba en su interior. En muchos aspectos, tu abuela era una persona extraordinaria. Tierna, cariñosa, leal, indulgente, llena de ánimo, con una tremenda capacidad de afecto. Pero se distanciaba de cuando en cuando, a veces justo en plena conversación, y se quedaba mirando al espacio con aquella expresión soñadora en los ojos, y era como si ya no

me conociera. Al principio, creía que se quedaba absorta en sus pensamientos o sumida en algún recuerdo, pero cuando finalmente le preguntaba lo que se le pasaba por la cabeza en esos momentos, sonreía y contestaba: Nada. Era como si todo su ser se vaciara, y perdiera el contacto consigo misma y con el mundo. Toda su intuición y sus impulsos sobre las demás personas eran profundos, increíblemente hondos, pero su relación consigo misma era extrañamente superficial. Poseía un respetable intelecto, pero poco refinado en lo esencial, y le costaba trabajo no perder el hilo de las ideas, era incapaz de concentrarse mucho tiempo en algo. Salvo en su música, que era lo más importante de su vida. Tenía fe en su talento, pero al mismo tiempo conocía sus límites y se negaba a acometer obras que consideraba superiores a su capacidad de interpretación. Yo admiraba su honradez, pero también en eso había algo triste, como si se considerara mediocre, siempre a algunos puntos por debajo de la perfección. Por eso nunca se dedicó a la ópera. Lieder, participaciones en grupos corales, cantatas poco exigentes para una sola voz; pero nunca se atrevió a ir más allá. ¿Que si nos peleábamos? Pues claro que discutíamos. Como todos los matrimonios, pero cuando estábamos de malas nunca se mostraba violenta ni cruel. La mayoría de las veces, tengo que reconocerlo, sus críticas hacia mí daban en el clavo. Para ser francesa, resultó ser bastante mala cocinera, pero le gustaba comer bien, de manera que íbamos a restaurantes bastante a menudo. Como ama de casa era despreocupada, carecía absolutamente de interés por las posesiones materiales —lo digo como un cumplido—, y aunque era una mujer joven y guapa con un cuerpo precioso, no vestía muy bien. Le encantaba la ropa, pero por lo visto nunca escogía la más conveniente. Para ser franco, a veces me sentía solo a su lado, aislado en mi trabajo, porque me pasaba el tiempo leyendo y escribiendo sobre libros, y ella no leía mucho, y le resultaba difícil hablar de sus lecturas.

Estoy teniendo la impresión de que te llevaste un desengaño.

No, no estaba decepcionado. Ni por asomo. Dos recién casados van acomodándose poco a poco a sus puntos flacos, a las revelaciones de la intimidad. Con todo, fue una época feliz para mí, para los dos, sin quejas serias por ninguna de las partes, y cuando la presa en África se terminó, volvimos a Nueva York con Sonia embarazada de tres meses.

¿Dónde vivisteis?

Creía que no te interesaba la cuestión inmobiliaria.

Es verdad, no me interesa. Retiro la pregunta.

En diversos sitios a lo largo de los años. Pero cuando nació tu madre, teníamos un apartamento en la calle Ochenta y cuatro Oeste, casi esquina con Riverside Drive. Una de las calles de la ciudad más azotadas por el viento.

¿Qué clase de niña era?

Fácil y difícil. Gritaba y reía. Muy graciosa y un tremendo coñazo.

En otras palabras, una niña.

No. La niña de las niñas. Porque, al ser *nuestra*, era distinta de todas las niñas del mundo.

¿Cuánto tiempo tardó la abuela en volver a actuar?

Pidió una exención para no viajar durante un año, pero ya cantaba en Nueva York cuando Miriam apenas tenía tres meses. Ya sabes lo buena madre que era —tu propia madre ha debido decírtelo cientos de veces—, pero también tenía su trabajo. Eso era para lo que había nacido, y ni soñando se me habría ocurrido ponerle trabas. Pese a todo, la asaltaban dudas, sobre todo al principio. Un día, cuando Miriam tenía unos seis meses, entré en el dormitorio y me encontré con Sonia de rodillas junto a la cama, las manos juntas, la cabeza erguida, murmurando algo en francés. Para entonces yo hablaba bastante bien esa lengua, y entendí todo lo que decía. Para mi asombro, resultó que estaba rezando. Querido Dios, hazme una señal y di me lo que debo hacer con mi pequeña. Querido Dios, llena el vacío de mi interior y enséñame a querer, a ser indulgente, a entregarme a los demás. Hablaba como una niña pequeña, parecía una ingenua criatura, y he de decir que me sentí un poco desconcertado, pero también conmovido, profunda, hondamente conmovido. Tenía la impresión de que se había abierto una puerta, y me encontraba frente a una nueva Sonia, a una persona diferente de la que había conocido durante los últimos cinco años. Cuando se dio cuenta de que yo estaba en la habitación, se volvió y me dirigió una sonrisa avergonzada. Lo siento, me dijo, no quería que lo supieras. Me acerqué a la cama y me senté. No lo lamentos, le dije. Sólo estoy un poco confuso, eso es todo. Seguidamente tuvimos una larga charla, de una hora por lo menos, sentados uno al lado del otro en la cama, hablando de los misterios de su alma. Sonia me explicó que todo había empezado al final del embarazo, mediado el séptimo mes. Una tarde volvía andando a casa por la calle, cuando de pronto surgió en ella una sensación de júbilo, una inexplicable y desbordante alegría. Era como si el universo entero se precipitara en su interior, me dijo, y en aquel instante comprendió que todas las cosas estaban conectadas entre sí, que todo el mundo estaba mutuamente relacionado, y esa fuerza vinculante, ese poder que mantenía todo ya todos unidos, era Dios. Y ésa era la única palabra en que podía pensar. Dios. No un Dios judío o cristiano, no el Dios de las religiones, sino Dios como la presencia que anima cualquier vida. A partir de entonces empezó a hablar con él, prosiguió, convencida de que escuchaba todo lo que ella decía, y aquellos monólogos, aquellas oraciones, aquellas súplicas —como se quieran llamar— no dejaban de consolarla, siempre le devolvían el equilibrio. Era algo que ya duraba meses, pero no había querido contármelo porque tenía miedo de que me pareciera una estupidez. Como yo era mucho más inteligente, tan superior a ella en lo que se refería a cuestiones intelectuales —palabras textuales de ella, no mías—, tenía miedo de que me echara a reír de mi ignorante mujer si me decía que

había encontrado a Dios. No me reí. Impío como soy, no me reí. Sonia tenía su propio modo de pensar y su forma particular de hacer las cosas, ¿y quién era yo para burlarme de ella?

La traté durante toda mi vida, pero nunca me habló de Dios, ni una sola vez.

Porque dejó de creer. Cuando nuestro matrimonio se rompió, pensó que Dios la había abandonado. Eso fue hace mucho tiempo, ángel mío, mucho antes de que tú nacieras.

Pobre abuela.

Sí, pobre abuela.

Tengo una teoría sobre vuestro matrimonio. Mi madre y yo hemos hablado de ello, y ella se inclina a darme la razón, pero necesito confirmación, el testimonio irrefutable del propio interesado. ¿Qué me contestarías si te preguntara: Os divorciasteis la abuela y tú por culpa de su carrera?

Mi respuesta sería: Absurdo.

De acuerdo, no de su carrera en cuanto tal. El hecho de que viajara tanto.

Diría que te vas acercando; pero sólo como causa indirecta, como factor secundario.

Madre dice que no soportaba que la abuela se fuera de gira. Se descomponía, se echaba a llorar, gritaba, le suplicaba que no se marchara. Escenas de histeria..., de absoluta angustia..., separación tras separación...

Eso ocurrió un par de veces, pero yo no le daría demasiada importancia. Cuando Miriam era muy pequeña, digamos hasta los seis años, Sonia nunca estaba fuera más de una semana seguida. Mi madre venía a casa a cuidar de ella, y las cosas iban como una seda. Tu bisabuela tenía un don para los niños pequeños, adoraba a Miriam —que era su única nieta— y Miriam estaba impaciente por que apareciera. Ahora me viene todo a la memoria..., las divertidas ocurrencias que solía tener tu madre. A los tres o cuatro años, sentía fascinación por los pechos de su abuela. Eran bastante grandes, he de decir, porque mi madre se había convertido por entonces en una mujer bastante corpulenta. Sonia era menuda por arriba, con unos pechos breves, adolescentes, que sólo parecieron crecer cuando daba de mamar a Miriam, pero después de que destetaron a tu madre, se le quedaron aún más pequeños que antes del embarazo. Era un contraste muy acusado, y Miriam no tenía más remedio que notarlo. Mi madre tenía un pecho voluminoso, veinte veces mayor que el de Sonia. Un sábado por la mañana, Miriam y ella estaban sentadas en el sofá, viendo los dibujos animados. Pusieron el anuncio de una pizza, que terminaba con la frase: ¡Eso sí que es una pizza! Un momento después, tu madre se volvió hacia la mía, dio un buen mordisco en el pecho derecho de su abuela, y luego alzó la cabeza gritando: ¡Esto sí que es una pizza! Mi madre soltó una carcajada tan fuerte, que se le escapó un pedo, una ventosidad gigantesca, un verdadero trompetazo. Eso hizo que Miriam se riera de

forma tan desahogada, que se meó en las bragas. Se bajó de un salto del sofá y echó a correr por el cuarto de estar, gritando a pleno pulmón: ¡Pedo-pis, pedo-pis, *oui, oui, oui!*

Eso te lo acabas de inventar.

No, ocurrió de verdad, te lo juro. Te lo menciono únicamente para mostrarte que no todo era melancolía en casa cuando Sonia estaba fuera. Miriam no andaba alicaída como un desamparado Oliver Twist. En general se lo pasaba bien.

¿Y tú qué?

Yo me acostumbré a ello.

Eso suena a respuesta evasiva.

Hubo etapas distintas, periodos diferentes, cada uno con su propia textura. Al principio, Sonia era relativamente desconocida. Había cantado un poco en Nueva York antes de trasladarnos a París, pero tuvo que empezar de nuevo en Francia, y entonces, justo cuando las cosas parecían ponerse en marcha otra vez, volvimos a Estados Unidos, y otra vez debió partir de cero. Al final fue mejor para ella, porque acabó siendo tan conocida aquí como en Europa. Pero le llevó tiempo labrarse una reputación. El momento decisivo llegó en el sesenta y siete o sesenta y ocho, cuando firmó el contrato para grabar aquellos discos con Nonesuch, pero hasta ese momento no se ausentaba tan a menudo. Yo estaba dividido en dos. Por un lado, me alegraba por ella cada vez que firmaba para actuar en una ciudad distinta. Y por otro —igual que tu madre— no soportaba que se fuera. No tenía más remedio que hacerme a la idea. Eso no es evasión, sino un hecho.

Le eras fiel...

Totalmente.

¿Y cuándo empezaron los deslices?

Extravíos quizá sea una palabra más adecuada en este contexto.

O *andanzas*. En ese término hay una connotación espiritual que parece cuadrar.

De acuerdo, andanzas. En torno a mil novecientos setenta, supongo. Pero no había nada espiritual en ello. Sólo se trataba de sexualidad, impulso sexual pura y simplemente. Llegó el verano, y Sonia se marchó tres meses de gira por Europa — con tu madre, a propósito—, y allí me quedé yo solo, con apenas treinta y cinco años, las hormonas arremetiéndome a todo trapo, y sin mujer en Nueva York. Trabajaba mucho por el día, pero las noches estaban vacías, eran monótonas, anodinas. Empecé a salir con una pandilla de redactores deportivos, la mayoría buenos bebedores, a jugar al póquer hasta las tres de la mañana, a ir de bares, no porque alguno de ellos me cayera especialmente simpático, sino por hacer algo, y porque necesitaba compañía después de pasar solo toda la jornada. Una noche, después de otra sesión de abundante alcohol en un bar, volvía andando a casa desde el centro al Upper West Side, cuando vi a una prostituta parada en el portal de un edificio. Una chica muy

atractiva, según resultó, y yo iba lo bastante borracho como para aceptar su ofrecimiento de pasar un buen rato. ¿Te sorprende?

Un poco.

No pensaba entrar en detalles. Sólo darte una impresión general.

No importa. Es culpa mía. He convertido esto en La noche de la verdad en el castillo de la desesperación, y ahora que hemos empezado, qué más nos da ir hasta el final.

¿Adelante, entonces?

Sí, sigue contando la historia.

De manera que pasé un buen rato, que no fue tan bueno, pero al cabo de quince años de acostarme con la misma mujer encontré fascinante el contacto con otro cuerpo, tocar una piel distinta de la que conocía. Ése fue el descubrimiento de aquella noche. La novedad de estar con otra mujer.

¿Te sentiste culpable?

No. Lo consideré una experiencia. Me sirvió de lección, por así decir.

Así que mi teoría es cierta. Si la abuela se hubiera quedado en Nueva York, en casa, nunca habrías pagado a aquella chica para que se acostara contigo.

En ese caso concreto, sí. Pero en nuestro fracaso hubo más que infidelidad, mucho más que las ausencias de Sonia. He pensado en ello durante años, y la única explicación medio razonable que se me ha ocurrido alguna vez es que a mí me pasaba algo, había algo que no marchaba bien, un defecto en el mecanismo que lo fastidiaba todo. No estoy hablando de una flaqueza moral. Me refiero a mi mentalidad, a mi estructura intelectual. Ahora soy un poco mejor, creo yo, el problema pareció disminuir a medida que iba haciéndome mayor, pero en aquella época, a los treinta y cinco, treinta y ocho, cuarenta, iba por ahí con la sensación de que mi vida nunca me había pertenecido de verdad, de que siempre había estado ausente de mí mismo, de que jamás había tenido una personalidad real. Y al carecer de realidad, no comprendía el efecto que producía en los demás, el daño que podía causar, el dolor que podía infligir a las personas que me querían. Sonia era mi tierra firme, mi única conexión segura con el mundo. Estando con ella me sentía mejor de lo que era —más sano, más fuerte, más cuerdo—, y como empezamos a vivir juntos tan jóvenes, el defecto estuvo camuflado durante todos esos años, y por eso me consideraba igual que todo el mundo. Pero no lo era. En el momento en que empecé a apartarme de ella, la venda se desprendió de la herida, y a partir de entonces la hemorragia no se detuvo. Fui detrás de otras mujeres porque sentía que se me había escapado algo, y era preciso recuperar el tiempo perdido. Me refiero ahora a la sexualidad, únicamente a eso, pero no puedes engañar a tu mujer y comportarte de la forma en que yo lo hice y esperar que tu matrimonio siga como si nada. Me engañaba a mí mismo pensando que así sería.

No te odies tanto, abuelo. Te dejó volver con ella, ¿recuerdas?

Lo sé, pero todos aquellos años perdidos... Me pongo enfermo de pensar en ellos. Mis estúpidos escauceos y aventuras. ¿En qué quedaron? En unos cuantos estremecimientos mezquinos, nada de verdadera importancia; pero no hay duda de que allanaron el camino para lo que ocurrió después.

Oona McNally.

Sonia era tan confiada, y yo actuaba con tal discreción, que nuestra vida en común proseguía sin alteraciones de gran importancia. Ella no lo sabía, yo no se lo contaba, y ni por un momento pensé alguna vez en abandonada. Luego, en mil novecientos setenta y cuatro, escribí una crítica favorable sobre la primera novela de una joven escritora norteamericana. *Expectación*, de la ya mencionada O. M. Era un libro sorprendente, en mi opinión, muy original y escrito con gran maestría, un inicio convincente y prometedor. No sabía nada de la autora; sólo que tenía veintiséis años y vivía en Nueva York. Leí el libro en pruebas tipográficas, y como en los setenta las galeradas no traían foto de autor, ni siquiera conocía su aspecto. Unos cuatro meses después, asistí a una lectura de poemas en el Gotham Book Mart (sin Sonia, que se había quedado en casa con Miriam), y cuando concluyó la velada y todos empezamos a bajar las escaleras, alguien me cogió del brazo. Oona McNally. Quería agradecerme la espléndida crítica que había hecho de su novela. A eso se redujo todo, pero me impresionó tanto su apariencia —esbelta y sugestiva, rostro exquisito, el segundo advenimiento de Virginia Blaine— que la invité a salir y tomar una copa. ¿Cuántas veces había engañado a Sonia para entonces? Tres o cuatro ligues de una sola noche, y una miniaventura que apenas duró dos semanas. No era una lista verdaderamente escandalosa en comparación con la de ciertos hombres, pero suficiente para enseñarme que estaba preparado para aprovechar cualquier oportunidad que se presentara. Pero esa chica era diferente. Imposible acostarse con Oona McNally y decirle adiós a la mañana siguiente: te enamorabas de ella, querías que entrara a formar parte de tu vida. No voy a aburrirte con incidencias secundarias y de mal gusto. Las cenas clandestinas, las largas charlas en bares apartados, la lenta seducción mutua. No se lanzó a mis brazos enseguida. Tuve que ir tras ella, ganar su confianza, persuadirla de que era posible que un hombre amara a dos mujeres al mismo tiempo. Aún no tenía intención de dejar a Sonia, entiéndelo. Las quería a las dos. A la que era mi mujer desde hacía diecisiete años, mi compañera, la que habitaba en lo más hondo de mi corazón, la madre de mi única hija; y a aquella joven apasionada de profunda inteligencia, aquel nuevo sortilegio erótico, una mujer con quien finalmente podría compartir mi trabajo y hablar de libros e ideas. Empecé a parecer un personaje de novela del siglo diecinueve: matrimonio inquebrantable en un baúl, estimulante querida en otro, y yo, el gran ilusionista, plantado entre los dos, con la astucia y la habilidad de no abrirlos nunca al mismo tiempo. Durante unos meses logré que

aquello funcionara, y ya no era un simple mago, sino también un funámbulo, que hacía acrobacias a lo largo de la cuerda floja, pasando todos los días del éxtasis a la angustia, adquiriendo cada vez más certidumbre de que nunca me caería.

¿Y entonces?

Diciembre de mil novecientos setenta y cuatro, dos días después de Navidad.

Te caíste.

Me caí. Aquella noche Sonia dio un recital de Schubert en la calle Noventa y dos, y cuando volvió a casa me dijo que lo sabía.

¿Cómo se había enterado?

No me lo dijo. Pero los hechos eran ciertos, y no tenía sentido negarlos. Lo que mejor recuerdo de aquella conversación es lo serena que estaba; por lo menos hasta el final, hasta que dejó de hablar. No lloró ni gritó, no hizo una escena, no me dio puñetazos ni tiró cosas por la habitación. Tienes que escoger, me dijo. Estoy dispuesta a perdonarte, pero ahora mismo tienes que ir a ver a esa chica y romper con ella. No sé lo que nos pasará a nosotros, no sé si alguna vez volverá a ser lo mismo. En este momento es como si me hubieras dado una puñalada en el pecho y me hubieras arrancado el corazón. Me has matado, August. Tienes delante a una mujer muerta, y el único motivo por el que vaya hacer como si estuviera viva es porque Miriam necesita a su madre. Siempre te he querido, siempre he pensado que eras una espléndida persona, pero resulta que no eres más que otro mentiroso de mierda. ¿Cómo has podido hacerla, August...? Ahí es donde se le quebró la voz, y se llevó las manos a la cara y rompió a llorar. Me senté junto a ella en el sofá y le pasé el brazo por el hombro, pero ella me apartó. No me toques, me dijo. No te acerques a mí hasta que hayas hablado con esa chica. Si no vuelves esta noche, no te molestes en volver: nunca más.

¿Y volviste?

Me temo que no.

Esto se está poniendo bastante sombrío, ¿no?

Me callaré si quieres. Siempre podremos hablar de otra cosa.

No, sigue. Pero adelantemos los acontecimientos, ¿vale? No tienes que contarme lo de tu matrimonio con Oona. Sé que la querías, que fue una época tumultuosa, y que te dejó por ese pintor alemán. Klaus no sé qué.

Bremen.

Klaus Bremen. Sé lo difícil que fue para ti, que pasaste por una época verdaderamente mala.

La etapa alcohólica. Principalmente whisky escocés, de malta.

Y tampoco tienes que hablarme de tus problemas con mi madre. Ya me los ha contado ella. Están resueltos, así que no hay razón para insistir en ellos, ¿verdad?

Si tú lo dices.

Lo único que quiero es enterarme de cómo volvisteis juntos la abuela y tú.

Todo esto es por ella, ¿verdad?

Así ha de ser. Es la única que ya no está aquí.

Nueve años separados. Pero nunca me puse en contra de ella. Remordimiento y pesar, desprecio de mí mismo, el corrosivo veneno de la incertidumbre, ésas fueron las cosas que socavaron mis años con Oona. Sonia estaba demasiado arraigada en mí, incluso después del divorcio seguía formando parte de mí, hablándome en mi cabeza: la ausente omnipresente, como a veces la llamaba yo. Estábamos en contacto, desde luego, teníamos que estado por Miriam, la organización de la custodia compartida, los acuerdos de fin de semana, las vacaciones de verano, las celebraciones del instituto y la universidad, y a medida que nos íbamos acomodando a las nuevas circunstancias, noté que el resentimiento que me guardaba se iba convirtiendo poco a poco en una especie de compasión. Pobre August, el campeón de los tontos. Estuvo con otros hombres. Ni que decir tiene, *n'est-ce pas*? Sólo tenía cuarenta años cuando la abandoné, seguía radiante, la misma chica luminosa que siempre había sido, y uno de sus líos se convirtió en algo realmente serio, según creo, aunque tu madre probablemente sabe de eso más que yo. Cuando Oona se largó tan fresca con su pintor alemán, me quedé destrozado. Tu discreta referencia a una *mala época* ni siquiera empieza a describir lo horrorosa que fue. No voy a profundizar ahora en aquellos días, te lo prometo, pero incluso entonces, en un periodo en el que me encontraba absolutamente solo, nunca se me ocurrió tratar de acercarme a Sonia. Eso era en mil novecientos ochenta y uno. En el ochenta y dos, un par de meses antes de la boda de tus padres, me escribió una carta. No sobre nosotros, sino acerca de tu madre, preocupada porque Miriam fuese demasiado joven y se precipitara en su matrimonio, de que fuese a caer en el mismo error que nosotros cometimos a los veinte años. Muy profética, desde luego, pero tu abuela siempre tuvo olfato para esas cosas. Le contesté, escribiéndole que probablemente tenía razón, pero aun en el caso de que así fuera, no había nada que nosotros pudiéramos hacer. No se puede interferir en los sentimientos de los demás, y menos aún en los de los propios hijos, y lo cierto es que los chavales no aprenden nada de los errores de sus padres. Hemos de dejados solos y permitir que traten de resolver sus problemas y cometan sus propios errores. Ésa fue mi respuesta, y luego concluí la carta con una observación bastante trillada: Lo único que puedo hacer es confiar en que haya suerte. El día de la boda, Sonia se acercó a mí y me dijo: Espero que haya suerte. Si tuviera que precisar el momento en que empezó nuestra reconciliación, me inclinaría por ése, el instante en que tu abuela me dirigió aquellas palabras. Era un día importante para ambos —la boda de nuestra hija—, y había mucha emoción en el ambiente —felicidad, angustia, nostalgia, toda una gama de sentimientos—, y ninguno de los dos tenía ánimo para guardar rencor al otro. Yo aún estaba hecho un trapo en aquellos momentos, en absoluto recuperado del

desastre de Oona, pero Sonia también estaba pasando por un mal momento. A principios de aquel año se había retirado de cantar, y como después me enteré por tu madre (Sonia nunca me hizo partícipe de los secretos de su vida privada), acababa de romper con un hombre. Así que, encima de todo lo demás, aquel día andábamos los dos de capa caída, y el vernos nos servía en cierto modo de consuelo. Dos veteranos que habían combatido en la misma guerra viendo a su hija marchar hacia su propia contienda particular. Bailamos juntos, hablamos de los viejos tiempos, y durante unos momentos incluso nos cogimos de la mano. Luego terminó la fiesta, y cada cual se fue a su casa, pero recuerdo que cuando volví a Nueva York pensé que haber estado con ella aquel día era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. No fue fruto de una decisión consciente, pero un mes después me desperté una mañana y sentí la necesidad de volver a verla. No, más que eso. Quería conquistarla otra vez. Sabía que mis probabilidades eran más bien nulas, pero también que no tenía más remedio que intentarlo. De modo que la llamé.

¿Así, por las buenas? ¿Simplemente cogiste el teléfono y la llamaste?

No sin estar atemorizado. No sin un nudo en la garganta y otro en el estómago. Era la repetición exacta de la primera vez que la llamé: veintisiete años antes. Volvía a los veinte años: un muchacho perdidamente enamorado que hacía acopio de valor para llamar a la chica de sus sueños y pedirle que saliera con él. Debí de quedarme con la vista fija en el teléfono durante diez minutos, pero cuando al fin marqué el número, Sonia no estaba en casa. El contestador empezó a funcionar, y me puse tan nervioso al oír su voz que colgué inmediatamente. Tranquilízate, dije para mis adentros, te estás portando como un idiota, así que volví a marcar y dejé un mensaje. Nada complicado. Sólo que quería hablar con ella de una cosa, que esperaba que estuviera bien, y que me quedaría en casa todo el día.

¿Te devolvió la llamada o tuviste que intentarlo otra vez?

Llamó. Pero eso no quería decir nada. Sonia no tenía idea de lo que pasaba. Por lo que ella sabía, podría haberse tratado de Miriam, o de algún asunto práctico, trivial. En cualquier caso, habló con voz tranquila, un tanto reservada, pero sin aspereza. Le dije que había estado pensando en ella y quería saber cómo estaba. Pues por ahí ando, contestó, o algo parecido. Me alegré de verte en la fiesta, le dije. Sí, contestó, fue un día extraordinario, se lo había pasado estupendamente. Y así estuvimos, para arriba y para abajo, tanteando un poco el terreno, corteses y cautelosos, sin atrevemos a decir demasiado. Entonces le solté la pregunta: ¿quería cenar conmigo una noche esa misma semana? ¿Cenar? Cuando repitió la palabra, percibí la incredulidad en su voz. Entonces hubo una larga pausa, y luego me dijo que no estaba segura, que tenía que pensarlo. No insistí. Lo importante era no pasarse. La conocía muy bien, y si empezaba a apurarla, lo más probable era que diese marcha atrás. Y así lo dejamos. Le recomendé que se cuidara y le dije adiós.

No fue un comienzo muy prometedor.

No. Pero podía haber sido peor. No había rechazado la invitación, simplemente no sabía si aceptarla o no. Media hora después, volvió a sonar el teléfono. Pues claro que iré a cenar contigo, dijo Sonia. Se disculpó por haber dudado, pero la había pillado desprevenida, y se había puesto muy nerviosa. De manera que salimos a cenar, y aquél fue el comienzo de una larga y delicada danza, un minueto de deseo, miedo y claudicación que duró más de dieciocho meses. Todo ese tiempo tardamos en empezar a vivir juntos, pero aun cuando nuestra unión duró otros veintiún años, Sonia se negó a casarse de nuevo conmigo. No sé si estabas enterada. Tu abuela y yo vivimos amancebados hasta el día en que murió. El matrimonio nos trajo mala suerte, me dijo. Ya lo intentamos una vez, y mira lo que nos pasó, así que ¿por qué no probamos otra cosa? Tras luchar tanto por recuperarla, estaba encantado de acatar sus normas. Todos los años le proponía matrimonio en el día de su aniversario, pero aquellas declaraciones no eran más que mensajes cifrados, la señal de que podía fiarse otra vez de mí, de que podía seguir confiando en mí por siempre jamás. Había muchas cosas que no entendía de ella, muchos aspectos que ella no comprendía de sí misma. Aquel segundo cortejo fue un asunto peliagudo, un hombre intentando conquistar a su ex mujer, y ella haciéndose la interesante, sin ceder un ápice, sin saber lo que quería, oscilando entre la tentación y la repulsión hasta que finalmente cedió. Tardamos medio año en irnos a la cama. La primera vez que hicimos el amor, al acabar le dio uno de sus demenciales ataques de risa, y le duró tanto que llegué a asustarme. La segunda vez que nos acostamos, lloró, y estuvo más de una hora sollozando sobre la almohada. Tantas cosas habían cambiado en ella. Su voz había perdido el indefinible timbre que la caracterizaba, aquel latido frágil y cristalino de sentimiento irrefrenable, la divinidad oculta que hablaba a través de ella: todo eso había desaparecido, y ella lo sabía, pero abandonar su carrera había sido un golpe difícil, y aún estaba tratando de encajarlo. Ahora se dedicaba a la enseñanza, dando clases particulares en su casa, y muchos días no mostraba el menor interés en verme. Y otros me llamaba en un acceso de desesperación: Ven ahora mismo, tengo que verte. Éramos amantes de nuevo, y probablemente estábamos más unidos que la primera vez, pero ella insistía en que cada uno llevara su vida por su lado. Yo deseaba más, pero Sonia no cedía. Por ahí no pasaba, pero entonces, al cabo de año y medio, ocurrió algo y todo cambió de repente.

¿Qué fue?

Tú.

¿Yo? ¿Qué quieres decir?

Que naciste tú. Tu abuela y yo cogimos el tren hasta New Haven, y allí nos quedamos hasta que tu madre dio a luz. No pretendo exagerar ni ponerme demasiado sentimental, pero cuando Sonia te tuvo en brazos por primera vez, me lanzó una

mirada, y al observar su rostro —ahora vacilo, buscando las palabras adecuadas—, vi que su cara... estaba iluminada. Le corrían lágrimas por las mejillas. Sonreía, sonreía y se reía a carcajadas, y parecía como si estuviera llena de luz. Unas horas más tarde, ya de vuelta en el hotel, nos quedamos un rato a oscuras en la cama. Me cogió la mano y me dijo: Quiero que vengas a vivir conmigo, August. En cuanto volvamos a Nueva York, quiero que te vengas a casa y te quedes conmigo para siempre.

Fue obra mía.

Sí, tuya. Tú fuiste quien volvió a unimos a los dos.

Bueno, por lo menos he conseguido algo en la vida. Lástima que sólo tuviera cinco minutos de edad y no supiera lo que estaba haciendo.

La primera de muchas y grandes hazañas, y de muchas más que han de venir.

¿Por qué es tan horrible la vida, abuelo?

Porque lo es, simplemente. Porque es así.

Toda esa mala época con la abuela y contigo. Todos esos tiempos difíciles con mi madre y mi padre. Pero al menos vosotros os queríais y tuvisteis vuestra segunda oportunidad. Por lo menos mi madre quería a mi padre lo bastante como para casarse con él. Yo nunca he querido a nadie.

Pero ¿qué estás diciendo?

Intenté querer a Titus, pero no pude. Él me quería, pero yo no podía corresponderle. ¿Por qué crees que entró en aquella estúpida empresa y se marchó?

Para ganar dinero. Iba a invertir un año y ganar cerca de cien mil dólares. Eso es un montón de pasta para un chaval de veinticuatro años. Tuve una larga charla con él antes de que se fuera. Sabía que corría un riesgo, pero creyó que valía la pena.

Se marchó por culpa mía. ¿Es que no lo entiendes? Le dije que no quería verlo más, así que se marchó y lo mataron. Murió por mi culpa.

No puedes pensar algo así. Murió porque tuvo la mala suerte de encontrarse allí en aquel preciso momento.

Y se fue por mí.

Tú no tuviste nada que ver en eso. Deja de castigarte, Katya. Ya ha pasado tiempo suficiente.

No puedo evitarlo.

Llevas nueve meses aquí metida, y no te está sirviendo de nada. Me parece que ya es hora de cambiar.

Yo no quiero que cambie nada.

¿Piensas volver a la escuela en otoño?

De vez en cuando. No sé si estoy preparada.

Todavía faltan cuatro meses para que empiece el curso.

Lo sé. Pero si quiero volver, tengo que decirlo la semana que viene.

Pues dilo. Si al final no te apetece, siempre podrás cambiar de parecer en el

último momento.

Ya veremos.

Entretanto, tenemos que cambiar completamente las cosas por aquí. ¿Te interesa la idea de hacer un viaje?

¿Adónde iríamos?

A donde más te apeteciera, durante el tiempo que quisieras.

¿Y qué hacemos con Madre? No podemos dejarla sola.

Termina las clases el mes que viene. Podemos ir los tres juntos.

Pero está trabajando en su libro. Quiere acabarlo este verano.

Puede ir escribiendo por la carretera.

¿La carretera? Tú no puedes ir en coche por ahí. Te dolería mucho la pierna.

Estaba pensando en algo parecido a una caravana. No tengo la menor idea de lo que cuestan esas cosas, pero dispongo de un buen montón de dinero en el banco. Lo que saqué por la venta del apartamento de Nueva York. Seguro que me da para comprar una. Si no nueva, al menos de segunda mano.

Pero ¿qué estás diciendo? ¿Que nos pasemos todo el verano viajando los tres en una caravana?

Exactamente. Mientras Miriam trabaja en su libro, nosotros dos nos dedicamos a investigar.

¿Y qué queremos descubrir?

No sé. Cualquier cosa. La mejor hamburguesa de Estados Unidos. Elaboramos una lista de los mejores restaurantes de hamburguesas del país y luego los recorremos uno a uno y los puntuamos según un complejo baremo de criterios. Sabor, jugosidad, tamaño, calidad del pan, y así sucesivamente.

Si comes hamburguesas todos los días, lo más probable es que te dé un ataque al corazón.

Pescado, entonces. Buscaremos el mejor local de pescado en Alaska.

Me estás tomando el pelo, ¿no?

Yo no me dedico a eso. Los hombres mayores sin mucho pelo no hacen eso. Va en contra de nuestra religión.

En una caravana estaríamos muy amontonados. Y, además, te olvidas de algo importante.

¿El qué?

Roncas.

Ah. Sí, es verdad. De acuerdo, descartamos la caravana. ¿Qué te parece ir a París? Podrías ver a tus primos, practicar el francés, y ver la vida desde otra perspectiva.

No, gracias. Prefiero quedarme aquí a ver películas.

Se están convirtiendo en una droga, ¿sabes? Creo que deberíamos reducir la dosis, incluso dejarlo por un tiempo, quizá.

No puedo hacer eso. Me hacen falta las imágenes. Necesito distraerme viendo otras cosas.

¿Otras cosas? No te entiendo. ¿En vez de cuáles?

No seas tan burro.

Sé que soy torpe, pero es que no lo comprendo.

Titus.

Pero ese vídeo sólo lo hemos visto una vez; hace más de nueve meses.

¿Y lo has olvidado?

No, claro que no. Pienso en él veinte veces al día.

A eso me refiero. Si no lo hubiera visto, todo sería diferente. La gente se va a la guerra, y a veces muere. Recibes un telegrama o una llamada de teléfono, y te dicen que han matado a tu hijo, tu marido o tu antiguo novio. Pero no ves cómo ha pasado. Creas unas imágenes en tu mente, pero sigues sin conocer los hechos. Aun cuando te lo cuente alguien que estuvo allí, lo que te queda son palabras, y las palabras son vagas, están sujetas a interpretación. Nosotros lo vimos. Presenciamos su asesinato, y a menos que borre ese vídeo con otras imágenes, no podré ver otra cosa en la vida. No logro quitármelo de la cabeza.

Nunca podrás librarte de ello. Tienes que asumirlo, Katya. Acéptalo, y trata de empezar a vivir de nuevo.

Hago lo que puedo.

No has movido un músculo en casi un año. Hay otras distracciones aparte de pasarse el día viendo películas. Trabajar, por ejemplo. Un proyecto, algo a lo que puedas hincar el diente.

¿Como qué?

No te rías de mí, pero después de ver tantas películas contigo, se me ha ocurrido que quizá deberías escribir una tuya.

No soy escritora. No sé inventar historias.

¿Qué crees que he estado haciendo yo esta noche?

No sé. Pensar. Recordar.

Lo menos posible. Lo de pensar y recordar me va mejor durante el día. Principalmente, me he contado una historia a mí mismo. Eso es lo que hago cuando no puedo dormir. Me quedo tumbado en la oscuridad y me cuento historias. Ya debo tener unas cuantas docenas. Podríamos convertirlas en películas. Escribir, crear en cooperación. En vez de mirar las imágenes de otros, ¿por qué no crear las nuestras?

¿Qué clase de historias?

De todo tipo. Farsas, tragedias, adaptaciones de libros que me han gustado, dramas históricos, cualquier clase de fábula que llegues a imaginar. Pero si aceptas mi propuesta, creo que deberíamos empezar con una comedia.

No me da mucho por reír últimamente.

Exacto. Por eso es por lo que debemos empezar con algo ligero: cualquier pamplina sin importancia, algo intrascendente, lo más frívolo y entretenido posible. Si nos ponemos a hacerla de verdad, podríamos divertirnos mucho.

¿Quién quiere divertirse?

Pues yo. Y tú también, cariño. Nos hemos convertido en un par de lamentables inadaptados, tú y yo, y lo que te propongo es una cura, un remedio para sacudir la tristeza.

Me pongo a contar una historia que bosquejé la semana pasada —las románticas aventuras de Punto y Raya, una camarera regordeta y un canoso cocinero de comida rápida que trabajan en un pequeño restaurante de Nueva York—, pero cuando no llevo ni cinco minutos, Katya se queda dormida, y nuestra conversación llega a su fin. Escucho su respiración, lenta y regular, contento de que finalmente haya conseguido quedarse roque, y me pregunto qué hora será. Las cuatro muy pasadas, probablemente, puede que las cinco. Una hora o así para el amanecer, ese incomprendible momento en que la oscuridad empieza a diluirse y el verderón que vive en un árbol junto a mi ventana emite el primer gorjeo del día. Mientras medito sobre las diversas cosas que me ha dicho Katya, mis pensamientos van derivando despacio hacia Titus, y al cabo de poco ya estoy de nuevo inmerso en su historia, reviviendo el desastre que he estado toda la noche tratando de evitar.

Katya se culpa por lo sucedido, vinculándose falsamente a la cadena de causa y efecto que a la postre condujo a su asesinato. No hay que caer en la tentación de pensar de ese modo, pero si sucumbo a su imperfecta lógica, entonces Sonia y yo también seríamos responsables, porque en primer lugar fuimos quienes le presentamos a Titus. Comida de Acción de Gracias de hace cinco años, justo después del divorcio de sus padres. Miriam y ella vinieron en coche a Nueva York para pasar con nosotros el largo fin de semana, y el jueves Sonia y yo hicimos pavo para doce personas. Entre los invitados se contaban Titus y sus padres, David Small y Elizabeth Blackman, pintores los dos, viejos amigos nuestros. Titus, de diecinueve años, y Katya, de dieciocho, parecieron hacer buenas migas. ¿Murió verdaderamente por haberse enamorado de nuestra nieta? De seguirse esa idea hasta el final, fácilmente podría achacarse la culpa a sus padres. Si David y Liz no se hubieran conocido, Titus no habría nacido.

Era un chico inteligente, pensaba yo, un muchacho de gran corazón, indisciplinado, de pelo rojizo y alborotado, largas piernas y pies grandes. Lo conocí cuando tenía cuatro años, y como Sonia y yo íbamos a su casa con bastante frecuencia a ver a sus padres, él se sentía cómodo en nuestra compañía, y nos trataba no ya como amigos de la familia sino como sus tíos postizos. Me caía bien porque leía libros, un chaval raro, ávido de literatura, y cuando empezó a escribir relatos

breves a los quince años, me los enviaba pidiéndome que le hiciera observaciones. No eran muy buenos, pero me emocionaba el hecho de que se dirigiera a mí en busca de consejo, y al cabo de un tiempo empezó a venir a nuestro apartamento una vez al mes para hablar de sus últimos esfuerzos. Yo le sugería libros, y aunque le costara los leía con diligencia y una especie de entusiasmo voraz y disperso. Su trabajo fue mejorando un poco con el tiempo, pero cada mes era diferente, con la visible huella del escritor que hubiera estado leyendo en aquel momento: rasgo común en los principiantes, signo de evolución. Destellos de talento empezaron a relucir entre su compleja y recargada prosa, pero era muy pronto para saber si tenía madera de auténtica promesa. En el último año de instituto, cuando anunció que quería quedarse en la ciudad y estudiar en la Universidad de Columbia, le escribí una carta de recomendación. No sé si aquella carta tuvo algo que ver, pero mi alma mater lo aceptó, y sus visitas mensuales continuaron.

Fue en segundo de carrera cuando asistió a la comida de Acción de Gracias y conoció a Katya. Pensé que formaban una extraña y atractiva pareja. El desmadejado y sonriente Titus, siempre agitando los brazos, y la menuda hija de mi hija, morena y bien formada. Sarah Lawrence estaba en Bronxville, sólo a un breve trayecto en tren de la ciudad, y Katya venía a casa bastante a menudo, prácticamente todos los fines de semana, en realidad, escapando de la vida en la residencia de estudiantes para disfrutar de una cama confortable en casa de sus abuelos y de las salidas nocturnas en Nueva York. Ahora dice que no quería a Titus, pero durante todos los años que estuvieron juntos celebramos centenares de cenas en casa, casi siempre nosotros cuatro, y nunca noté nada sino afecto entre ellos. A lo mejor estaba ciego. Quizá di por hechas demasiadas cosas, pero salvo por algún esporádico desacuerdo intelectual y una ruptura que duró menos de un mes, me daba la impresión de que formaban una pareja feliz y con futuro. Cuando venía a verme él solo, Titus nunca hizo alusión a desavenencia alguna con Katya, y como era una persona locuaz, un chico que decía todo lo que se le pasaba por la cabeza, si Katya lo había dejado, seguro que me lo habría mencionado. O quizá no. Podría ser que no lo conociera tan bien como creía.

Cuando empezó a hablar de irse a trabajar a Irak, sus padres entraron en una espiral de pánico. David, habitualmente el más amable y tolerante de los hombres, se puso a gritar a su hijo y a decirle que padecía algún trastorno patológico, que era un vulgar diletante, un loco suicida. Liz se echó a llorar, se metió en la cama, y empezó a atiborrarse de tranquilizantes en fuertes dosis. Eso fue en febrero del año pasado. Sonia había muerto en noviembre, y yo andaba horriblemente mal por entonces, bebiendo hasta sumirme todas las noches en el olvido, incapaz de todo contacto humano, enloquecido de dolor, pero David estaba tan angustiado, que me llamó de todas formas para pedirme que hablara con el chico a ver si le hacía entrar en razón. No pude negarme. Conocía a Titus desde mucho tiempo atrás, y el caso era que yo

también estaba preocupado por él. De modo que recobré la compostura e hice lo que pude: que no fue nada, nada en absoluto.

Había perdido el contacto con Titus desde que Sonia cayó enferma, y me dio la impresión de que había cambiado en aquellos meses. El optimista bobalicón y parlanchín se había vuelto huraño, casi agresivo, y desde el principio supe que mis palabras no tendrían efecto alguno sobre él. Por otro lado, no creo que le molestara el hecho de verme, y cuando habló de Sonia y de su muerte, había verdadera compasión en su voz. Le di las gracias por sus palabras, serví dos vasos de whisky escocés solo, y luego lo conduje a la sala de estar, donde habíamos mantenido tantas conversaciones en el pasado.

No voy a sentarme aquí a discutir contigo, empecé a decirle. Sólo que estoy un poco confuso, y me gustaría que me aclararas algunas cosas. ¿De acuerdo?

Vale, contestó Titus. No hay problema.

La guerra ya dura casi tres años, proseguí. Cuando empezó la invasión, me dijiste que estabas en contra. *Horrorizado*, creo que fue la palabra que empleaste. Afirmaste que era una guerra artificial, amañada, el más grave error político de la historia de Estados Unidos. ¿Estoy en lo cierto, o es que te he confundido con otro?

No te equivocas. Eso es exactamente lo que pensaba.

Hace mucho que no nos vemos, pero la última vez que estuviste aquí, recuerdo que dijiste que habría que meter a Bush en la cárcel; junto con Cheney, Rumsfeld, y toda la pandilla de delincuentes fascistas que dirigían el país. ¿Cuándo fue eso? ¿Hace ocho meses? ¿Diez?

La primavera pasada. Abril o mayo, no me acuerdo.

¿Has cambiado de parecer desde entonces?

No.

¿En absoluto?

Ni un ápice.

Entonces, ¿por qué coño quieres marcharte a Irak? ¿Por qué tomar parte en una guerra que odias?

No voy para ayudar a Estados Unidos. Sino por mi propio interés.

Dinero. ¿Es eso? Titus Small, mercenario del mundo.

No soy un mercenario. Los mercenarios llevan armas y matan gente. Yo voy a conducir un camión, nada más. A transportar suministros de un sitio a otro. Sábanas y toallas, jabón, chocolatinas, ropa para lavar. Es un trabajo de mierda, pero la paga es enorme. BRK: así se llama la empresa. Firmas por un año, y te vienes con noventa o cien mil dólares en el bolsillo.

Pero estarás apoyando algo a lo que te opones. ¿Cómo puedes justificar eso ante ti mismo?

Yo no lo veo así. Para mí, no es una decisión moral. Se trata de aprender algo, de

empezar una nueva especie de educación. Sé lo horrible y peligroso que es, pero por eso precisamente quiero ir. Cuanto más horroroso, mejor.

Eso no tiene sentido.

Toda la vida he querido ser escritor. Tú lo sabes, August. Hace años que te vengo enseñando mis desastrosos cuentecillos, y tú has sido lo bastante amable para leerlos y brindarme tus comentarios. Me has animado, y te lo agradezco mucho, pero los dos sabemos que no se me da bien. Mis textos son áridos, pesados y aburridos. Chorradas. Cada palabra que he escrito hasta ahora no es más que mierda. Ya hace casi dos años que salí de la universidad, y me paso el día sentado en un despacho, contestando al teléfono en una agencia literaria. ¿Qué clase de vida es ésa? Tan monótona, tan segura, que ya no puedo soportarla más, joder. *No sé nada, August. No he hecho nada.* Por eso me voy. Para experimentar algo que no tiene nada que ver conmigo. Para estar en este podrido mundo y descubrir lo que se siente formando parte de la historia.

El marcharte a la guerra no va a convertirte en escritor. Estás pensando como un colegial, Titus. En el mejor de los casos, volverás con la cabeza llena de recuerdos insoportables. Y en el peor, no volverás.

Soy consciente de que hay riesgo. Pero tengo que asumirlo. He de cambiar mi vida; *ya mismo.*

Dos semanas después de esa conversación, me subí a un Toyota Corolla alquilado y me dirigí a Vermont a pasar una temporada con Miriam. El viaje acabó con el accidente que dio con mis huesos en el hospital, y cuando recibí el alta, Titus ya se había marchado a Irak. No tuve ocasión de decirle adiós ni de desearle buena suerte ni suplicarle por última vez que reconsiderase su decisión. Qué disparates tan románticos..., cuánta estupidez infantil..., pero el chico se desesperó al ver arruinadas sus ambiciones, y reconociendo que no estaba dotado para lo que siempre había querido hacer, decidió escapar en un impulsivo intento de redimirse ante sus propios ojos.

A principios de abril me fui a vivir con Miriam. Tres meses después, Katya me llamó por teléfono desde Nueva York. Pon la televisión, dijo entre sollozos, y allí estaba Titus, en el telediario de la noche, sentado en una silla en una habitación indeterminada con paredes de bloques de hormigón ligero, y rodeado por cuatro encapuchados con rifles en la mano. La calidad del vídeo era pobre, y resultaba difícil interpretar la expresión del rostro de Titus. Parecía más aturdido que aterrorizado, o esa impresión me dio, pero por lo visto había recibido una paliza, porque distinguí vagamente una especie de magulladura en su frente. No había sonido, pero mientras discurrían las imágenes el presentador leía su texto ya preparado, que decía más o menos lo siguiente: *Un neoyorquino de veinticuatro años, Titus Small, conductor de camión de la empresa de servicios BRK, fue secuestrado esta mañana de camino a*

Bagdad. Sus captores, que aún no se han identificado con ninguna organización terrorista conocida, piden diez millones de dólares por su liberación así como el cese inmediato de todas las actividades de la BRK en Irak. Han anunciado que ejecutarán a su prisionero si no se cumplen sus exigencias en un plazo de setenta y dos horas. George Reynolds, portavoz de la BRK, ha afirmado que su empresa está haciendo todo lo que está en su mano para garantizar la seguridad del señor Small.

Katya vino al día siguiente a casa de su madre, y dos noches después conectamos su ordenador portátil y vimos el segundo y último vídeo filmado por los secuestradores, uno que sólo podía verse en Internet. Ya sabíamos que Titus estaba muerto. La BRK había hecho una considerable oferta por su liberación, pero como era de esperar (¿por qué pensar lo impensable cuando hay ganancias de por medio?), se habían negado a interrumpir sus operaciones en Irak. La degollina se llevó a cabo según lo prometido, exactamente setenta y dos horas después de que arrancaran a Titus de su camión y lo arrojaran a aquella habitación con paredes de bloques de hormigón ligero. Continúo sin entender por qué nos sentimos impulsados los tres a ver la cinta: como si fuera una obligación, una misión sagrada. Los tres sabíamos que iba a obsesionarnos durante lo que nos quedara de vida, y sin embargo creímos que debíamos estar con Titus, mantener los ojos abiertos ante aquel horror, absorberlo con el aire y guardarlo muy dentro: con nosotros, esa muerte solitaria y miserable; con nosotros, la crueldad que conoció en esos últimos momentos; con nosotros y con nadie más, para no abandonarlo en la implacable oscuridad que se lo había tragado.

Por suerte, no hay sonido.

Afortunadamente, le han puesto una capucha que le tapa la cabeza.

Está sentado en una silla con las manos atadas a la espalda, inmóvil, sin hacer esfuerzo alguno por liberarse. Los cuatro hombres del vídeo anterior están a su alrededor, tres de ellos empuñando rifles, el cuarto con una especie de hacha en la mano derecha. Sin señal ni gesto alguno de los otros, el cuarto hombre abate de pronto la cuchilla sobre el cuello de Titus. El muchacho hace un movimiento espasmódico hacia la derecha, la parte superior de su cuerpo se retuerce, y entonces empieza a rezumar sangre por debajo de la capucha. Otro hachazo, esta vez por detrás. La cabeza de Titus cae hacia delante, y ahora la sangre se derrama por todo su cuerpo. Más golpes: por delante y por detrás, a derecha e izquierda, la pálida cuchilla dando tajos más allá del momento de la muerte.

Uno de los hombres deja el rifle y sujeta firmemente la cabeza de Titus con ambas manos para mantenerla derecha mientras el del hacha prosigue su labor. Ambos están cubiertos de sangre.

Cuando la cabeza se separa finalmente del tronco, el verdugo suelta el hacha, que cae al suelo. El otro quita la capucha a la cabeza de Titus, y luego un tercero agarra

bien sus largos cabellos pelirrojos y acerca la cabeza a la cámara. Chorrea sangre por todos lados. Titus ya no es enteramente humano. Ha pasado a ser la idea de una persona, de una persona que no es tal, un objeto muerto y sangrante: *une nature morte*.

El hombre que sujeta la cabeza se aleja de la cámara, y el cuarto se aproxima con un cuchillo. Uno después de otro, procediendo con gran rapidez y precisión, saca los ojos al chico.

La cámara sigue filmando unos segundos más, y luego la pantalla se funde en negro.

Imposible saber cuánto ha durado. Quince minutos. Mil años.

Oigo el tictac del despertador en el suelo. Por primera vez desde hace horas, cierro los ojos, preguntándome si no sería posible dormir después de todo. Katya se remueve, deja escapar un leve gemido, y se pone luego de costado. Pienso en pasarle la mano por la espalda, hacerle una caricia, pero desecho enseguida la idea. Dormir es un lujo poco frecuente en esta casa, no quiero correr el riesgo de molestarla. Cielo, mundo, estrellas invisibles. Veo las manos de Sonia en el teclado. Está tocando algo de Haydn, pero no oigo nada, las notas no emiten sonido alguno, y luego ella se vuelve en el taburete y Miriam acude corriendo a sus brazos, Miriam a los tres años, una imagen del pasado remoto, quizá real, puede que imaginada, apenas noto ya la diferencia. Lo real y lo imaginado son una sola cosa. Los pensamientos son reales, incluso las ideas de cosas irreales. Estrellas invisibles, cielo invisible. El sonido de mi aliento, la respiración de Katya. Oraciones antes de acostarse, los ritos de la infancia, la gravedad infantil. *Si muero antes de despertar*. Qué deprisa va todo. Ayer un niño, hoy un anciano, y desde entonces hasta ahora, ¿cuántos latidos del corazón, cuántas respiraciones, cuántas palabras dichas y escuchadas? Que me toque alguien. Que me pongan la mano en la cara y me hablen...

No estoy seguro, pero creo que me he quedado dormido durante un rato. No más de unos minutos, quizá sólo unos segundos, pero de pronto algo ha interrumpido mi sueño, un ruido, me parece, sí, varios sonidos en realidad, como si llamaran, unos golpes leves y continuos en la puerta, y entonces abro los ojos y digo a Miriam que entre. Al abrirse la puerta, veo su rostro con cierta claridad, y comprendo que ya no es de noche, que hemos llegado al punto álgido del amanecer. Dentro de mi habitación el mundo ya es gris. Miriam ya se ha vestido (vaqueros y un amplio jersey blanco), y en cuanto cierra la puerta al entrar, el verderón emite su primer canto del día.

Qué alivio, musita, mirando a Katya dormida. Acabo de ir a su habitación, y

cuando he visto que no estaba en la cama, me he asustado un poco.

Ha bajado hace unas horas, le contesto en un susurro. Otra noche sin dormir, así que nos hemos quedado charlando en la cama, a oscuras.

Miriam se acerca a la cama, me da un beso en la mejilla, y se sienta a mi lado.

¿Tienes hambre?, me pregunta.

Un poco.

Entonces voy a poner el café.

No, quédate aquí, charlando un poco conmigo. Hay algo que necesito saber.

¿Sobre qué?

Katya y Titus. Me ha dicho que rompió con él antes de que se marchara. ¿Es verdad? Por lo visto cree que se marchó por su culpa.

Tenías tantas cosas en la cabeza, que no quería molestarte con eso. El cáncer de mamá..., todos aquellos meses..., y luego el accidente de coche. Pero sí, lo dejaron.

¿Cuándo?

Déjame pensar... Cumpliste los setenta en febrero, en febrero de dos mil cinco. Mamá ya estaba enferma por entonces. Fue sólo unos meses después. A finales de primavera o principios de verano.

Pero Titus no se marchó hasta febrero del año siguiente, en dos mil seis.

Ocho o nueve meses después de que rompieran.

Así que Katya está equivocada. No se marchó a Irak por culpa de ella.

Se está castigando a sí misma. De eso se trata. Quiere implicarse en lo que le pasó a él, pero en realidad no tuvo nada que ver. Tú hablaste con él antes de que se marchara. Te expuso sus motivos.

Y ni siquiera mencionó a Katya. Ni una sola vez.

¿Lo ves?

Me siento un poco mejor. Y algo peor, también.

Ya se está recuperando. Me lo huelo. Poquito a poco. El próximo paso es convencerla de que vuelva a la escuela.

Dice que lo está pensando.

Cosa que era imposible hace dos meses.

Cojo a Miriam de la mano y le digo:

Casi se me olvida. Anoche leí otro poco de tu libro...

¿Y?

Creo que lo has pillado. Ya no hay dudas, ¿eh? Estás haciendo un trabajo de primera.

¿Estás seguro?

He contado muchas trolas en mis tiempos, pero nunca he mentido sobre libros.

Miriam sonrío, consciente de las doscientas cincuenta y nueve secretas referencias que se esconden en esa observación, y le devuelvo la sonrisa.

Sigue sonriendo, la animo. Estás preciosa cuando sonríes.

¿Sólo cuando sonrío?

Todo el tiempo. Cada momento del día.

Otra de tus bolas, pero me la trago.

Me da una palmadita en la mejilla y me pregunta:

¿Café y tostadas?

No; hoy, no. Me parece que esta mañana deberíamos salir los tres. Huevos revueltos con panceta ahumada, tostadas en pan de barra, tortitas, todo lo que nos echen.

Desayuno campesino.

Eso es, un desayuno de labrador.

Te traeré la muleta, dice ella, levantándose e inclinándose hacia la percha que hay en la pared junto a mi cama.

La sigo un momento con los ojos, y le digo entonces:

Rose Hawthorne no era gran cosa como poeta, ¿verdad?

No. Bastante horrorosa, en realidad.

Pero hay un verso..., uno grandioso. Creo que es de lo mejor que he leído nunca.

¿Cuál?, me pregunta, volviéndose hacia mí.

Mientras el peregrino mundo sigue girando.

Miriam esboza otra gran sonrisa.

Lo sabía, afirma. Cuando estaba copiando la cita, me dije: Esto le va a gustar. Podrían haberlo escrito para él.

El peregrino mundo sigue girando, Miriam.

Muleta en mano, vuelve junto a la cama y se sienta a mi lado.

Sí, papá, me dice, estudiando a su hija con una sombra de preocupación en la mirada, el peregrino mundo sigue girando.



PAUL AUSTER (Newark, 1947) está considerado como uno de los más grandes autores norteamericanos contemporáneos. Estudió en Columbia y tras licenciarse en literatura se instaló en París, donde trabajó como traductor hasta su vuelta a Estados Unidos en 1974. Establecido en Brooklyn desde entonces, Auster se dedicó a la literatura tras el éxito conseguido por sus novelas *Ciudad de cristal*, *Fantasma* y *La habitación cerrada*.

Auster combina temas cercanos a la filosofía y al existencialismo con tramas en ocasiones cercanas al realismo mágico con resultados que le han llevado a conseguir numerosos éxitos, como *El país de las últimas cosas*, *El palacio de la luna* o *Leviatán*, entre otros.

Además, Auster siempre ha sentido una especial predilección por el mundo del cine, siendo el autor de guiones como *La música del azar*, *Smoke*, *Blue in the Face*, *Lulu en el puente* o *La vida interior de Martin Frost*, entre otros, algunos de los cuales han sido dirigidos por él.

A lo largo de su carrera literaria, Paul Auster ha recibido numerosos galardones, entre los que habría que destacar el Premio Médicis, la Orden de las Artes y las Letras de Francia o el Príncipe de Asturias de las Letras.